

**UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLIVAR
SEDE-ECUADOR**

**Área de Estudios Globales
Programa de Maestría en Estudios Latinoamericanos
Mención Diáspora Afroandina**

**Representaciones internas y externas de barrios negro(as) en Quito y Cali
Dos estudios de caso en Carapungo y El Retiro**

Jose Antonio Caicedo Ortiz

**Quito-Ecuador
2006**

Al presentar esta tesis como uno de los requisitos previos, para la obtención del título de magíster de la Universidad Andina Simón Bolívar, autorizo al centro de información de la Universidad para que haga de este trabajo un documento disponible para su lectura según las normas de la institución.

Estoy de acuerdo en que se realice cualquier copia de esta tesis dentro de las regulaciones de la universidad, siempre y cuando esta reproducción no suponga una ganancia económica potencial.

Sin perjuicio de ejercer mi derecho de autora, autorizo, a la Universidad Andina Simón Bolívar, la publicación de la tesis, o de parte de ella, por una sola vez dentro de los treinta meses después de su aprobación.

**Jose Antonio Caicedo Ortiz
Popayán-Colombia
Diciembre .de 2006**

**UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLIVAR
SEDE-ECUADOR**

**Programa de Maestría en Estudios Latinoamericanos
Mención Diáspora Afroandina**

**Tutor de tesis
Adolfo Alban Achinte**

**Representaciones internas y externas de barrios negro(as) en Quito y Cali
Dos estudios de caso en Carapungo y El Retiro**

Jose Antonio Caicedo Ortiz

**Quito-Ecuador
2006**

TABLA DE CONTENIDO

Introducción	5
Capítulo I. Aproximaciones Conceptuales	14
1. Referentes Conceptuales.....	14
1.1.2. <i>El enfoque de las representaciones desde la diferencia racial</i>	15
1.2.3. <i>Aproximación conceptual a la categoría del territorio</i>	21
Capítulo II. La formación de barrios de migrantes negro(as) en Cali y Quito. Breve reseña histórica	26
2.1. <i>Barrios de migrantes negro(as) en Quito o “mundos de la negritud”</i>	27
2.1.2. <i>Aguablanca: una concentración negra de migrantes en Cali</i>	37
Capítulo III. Los barrios negros en Quito y Cali y sus representaciones externas	49
3.1. <i>Aguablanca y El Retiro: imágenes del crimen y del folclor desde una representación externa</i>	49
3.1.2. <i>Barrio de la negritud en Quito, territorios anónimos en la ciudad o ¿la cara oculta de las representaciones?</i>	63
Capítulo IV. Representaciones internas desde los relatos de los migrantes negro(as)	74
4.1. <i>El Retiro: subvirtiendo desde adentro lo que es construido desde afuera</i>	74
4.2. <i>Carapungo: representaciones del territorio racial, cultural y familiar</i>	87
Capítulo V. Raza, migrantes y territorio urbano. A manera de conclusiones	102
Bibliografía	119
Anexos	131

INTRODUCCION

La presencia paulatina de migrantes negro(as) en las grandes ciudades y capitales latinoamericanas ha producido una realidad que amerita ser comprendida en sus múltiples dimensiones, puesto que la llegada de esta población a raíz de los cambios socioeconómicos de nuestros países en los últimos cincuenta años, no solo transformó la configuración espacial urbana, sino que introdujo un nuevo actor social que entró a problematizar el escenario urbano, con base a sus características raciales y culturales y por sus lugares de origen, constituyéndose en un hecho significativo en las ciudades contemporáneas.

En ese sentido, los procesos crecientes de urbanización llevó a que las ciudades latinoamericanas se convirtieran desde hace más de medio siglo en espacios receptores de “gentes de afuera,” situación que complejizó las prácticas sociales en los centros urbanos, donde gran parte de la población que se movilizó a las ciudades por diferentes motivos, provino de lugares caracterizados por una alta concentración de población negra, quienes por medio de sus desplazamientos tuvieron una participación directa en los procesos de urbanización. De este modo, las ciudades se han visto abocadas a situaciones de fragmentación, segmentación, reterritorialización y construcción de identidades múltiples que han determinado nuevas dinámicas en los modos de habitar y representar las ciudades en su globalidad y los espacios urbanos concretos donde la gente vive su cotidianidad.

Una de las consecuencias de la urbanización de las principales urbes latinoamericanas ha sido la formación de zonas catalogados como periféricas y marginales, lo cual ha terminado produciendo imaginarios sociales, donde una de sus principales

características ha sido la representación de estos sectores como espacios del peligro, del espectáculo folclórico, la desorganización social y otra serie de imágenes construidas sobre ellos hasta el punto de haberse constituido en territorios estigmatizados.

En esa medida, pensar las zonas periféricas en el contexto de la urbanización, conlleva necesariamente a considerar los modos como son imaginadas de acuerdo a las experiencias vividas en ellas y por variables sociodemográficas, raciales, de clase, de género y culturales que indican que la ciudad es un conglomerado social dividido geográfica y simbólicamente, en razón de estas adscripciones. Una de las poblaciones que se ha visto mayormente involucrada en dinámicas de concentración de zonas periféricas son los migrantes negro(as), tanto en Colombia¹ como en el Ecuador², lo

¹ Entre las investigaciones que en Colombia han indagado los procesos migratorios de la población negra de la región Pacífica y caucana a ciudades como Cali, se destacan cuatro, las cuales responden a cuatro disciplinas específicas. En primer lugar, resulta relevante el trabajo pionero del antropólogo Peter Wade, quien se concentró en las dinámicas de reconfiguración cultural e identitarias de migrantes negros en la ciudad de Medellín. Básicamente, el estudio de Wade, se concentró en el análisis de los procesos identitarios de la población negra chocona en este centro urbano, focalizando su análisis en las dinámicas de producción y “reproducción” de prácticas identitarias y sus modos de adecuación en el contexto urbano. Una segunda perspectiva de corte histórico se ha ocupado de rastrear los flujos migratorios de la población negra del Pacífico centro-sur colombiano, destacando las etapas de las oleadas migratorias a partir de los años cuarenta. En este estudio se inscribe el trabajo del historiador Santiago Arboleda, quien analizó tres corrientes migratorias de población negra nariñense hacia Cali entre los años cuarenta y la década del ochenta, resaltando los aspectos causales y los efectos en la transformación cultural y económica de los migrantes nariñenses en esta ciudad. En el tercer enfoque se ubican las investigaciones del proyecto CIDSE de la Universidad del Valle y el Instituto Francés IRD, las cuales fueron compiladas en el libro *Gente negra en Colombia. Dinámicas sociopolíticas en Cali y el Pacífico*. Básicamente, estos trabajos se concentran, por un lado, en la observación de procesos sociales en el orden de lo individual y lo colectivo, constatando información cuantitativa con trabajos de corte etnográfico, y de otro lado, en la observación de la organización social y movilidad educativa, laboral y familiar desde la dimensión racial a partir de análisis sociodemográficos en periodos de tiempo determinado. El trabajo de Adolfo Alban sobre migrantes caucanos, específicamente de la región del Patía hacia Cali, en el contexto de la modernización implementada por la industrialización azucarera y los impactos culturales y recomposición de hábitos en Cali, es el cuarto trabajo identificable.

² Para el caso del Ecuador, la literatura sobre esta problemática es casi nula. Algunos documentos de organizaciones o de instituciones alcanzan a describir parte de los procesos migratorios de la población negra esmeraldeña y choteña. Lo que más se acerca a una producción investigativa es el diagnóstico sobre la situación actual de la población afroecuatoriana auspiciada por el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y el informe sociodemográfico de la CEPAL, que en base a los resultados del censo del 2001, analiza el estado actual de las poblaciones negras e indígenas en el Ecuador. Como es de suponer, los estudios, tanto en Colombia, como en el Ecuador presentan límites, los cuales tiene que ver con la lógica misma de la investigación, donde no es posible abarcar todas las esferas que componen el ámbito de lo social o sencillamente porque los estudios responden a intereses metodológicos, teóricos y epistémicos particulares, que al fin de cuenta, no es más que la elección de posicionamientos políticos. Teniendo presente estos dos posibles criterios de selección, entre las dimensiones de análisis que estos trabajos no

cual ha demarcado al interior de las ciudades procesos de racialización del espacio, debido a los vaivenes generados por la apropiación de la vivienda urbana, que ha determinado la formación de estas zonas con una alta concentración de población migrante. Precisamente, estos territorios urbanos *-los barrios-* de concentración de población negra, han cargado con el peso simbólico del estigma por parte de grupos sociales, instituciones y medios de comunicación, a través de representaciones estereotipadas que reproducen imágenes históricamente asociadas a los grupos y a los espacios de gente negra, tal como han sido las imágenes del crimen y visiones folclorizadas que enfatizan en una supuesta “naturalidad ontológica” sobre los modos de ser negro(a) y vivir las experiencias de negritud en los contextos donde se asientan estas poblaciones.

De ahí, que al relacionar raza, migrantes y territorio he analizado las representaciones que sobre estos barrios periféricos se construyen interna y externamente, es decir, cómo son percibidos desde afuera, concretamente por los medios de comunicación (prensa) y cómo son representados por los propios migrantes negro(as) que habitan en ellos. Esta doble representación sobre los barrios de migrantes negro(as) constituye el “objeto” de estudio del presente trabajo. No se trata de comprender la ciudad como una totalidad, sino por el contrario, entender situaciones que pasan en ella, tal como son las dinámicas socioculturales de los barrios de concentración negra, a partir del ámbito de las prácticas representacionales. Así mismo, cabe anotar que he colocado énfasis en las representaciones “homogéneas”, más que en las diferentes representaciones que los

abordan se destacan las miradas sobre estrategias de los migrantes en los usos de espacios sociales, familiares y públicos, la falta de trayectorias simultáneas de migrantes negros y migrantes no negros, la relación entre migrantes y ciudad como espacio de producción simbólica, así como las formas de presentar y los usos y representaciones de los espacios urbanos, entre otros.

mismos pobladores negro(as) elaboran sobre sus territorios, pues se intentó analizar como desde el interior de estos espacios se contrastan las representaciones externas.³

Metodología

El sustento metodológico priorizó la experiencia de vida de las personas entrevistadas. En ese sentido, es preciso hacer dos salvedades al respecto. En primer lugar se trabajó con la categoría de raza y no de etnia, porque partí del criterio de la autoidentificación de las personas, quienes se definieron como negro(as), más que pertenecientes a un grupo étnico y porque considero que la raza sigue siendo útil como categoría de análisis sobre las relaciones sociales de poder que funcionan hasta la actualidad, aún, reconociendo que sus significados han variado con el tiempo. Por lo tanto, opte por esta categoría siguiendo los parámetros de autoidentificación de la población entrevistada y no la categoría de etnicidad, construida por los antropólogos para denominar a este tipo de población y explicar sus prácticas socioculturales, lo cual no indica que se haya trabajado cuestiones culturales, pero sin considerarlas dentro de la categoría étnica⁴.

En ese sentido, la categoría racial ha sido abordada desde la perspectiva de Aníbal Quijano (1999), precisamente para consolidar la idea de que la construcción racial como orden clasificatorio de las relaciones sociales no constituye en hecho del pasado, sino

³ Es claro que en estos espacios no se construyen representaciones homogéneas, puesto que las identidades de clase, raciales, culturales, generacionales, de género y regionales, implican una diversidad de percepciones, aún sobre el mismo barrio. No obstante, mi interés ha sido trabajar las representaciones como disputas por el significado, por las cuales es posible subvertir las imágenes que desde fuera de los barrios, concretamente, las que se producen por medio de los informes de prensa, estereotipan a gentes y lugares. Siendo consciente de que esto limita el trabajo, en términos de su riqueza analítica, el objetivo han sido las presentaciones internas que permiten contrastar las representaciones externas.

⁴ Siguiendo a Peter Wade (1997), asumo que raza y etnicidad no deben ser categorías analíticas separadas radicalmente, pues ambos se refieren a formas de identificación que siempre funcionan en la interacción con otros, es decir, son referentes de identidad de personas y grupos, pero sus significados son diferentes, pues las identificaciones raciales utilizan distinciones físicas que desde la época colonial se han convertido en objeto de manipulación ideológica, construidas durante siglos de explotación, mientras que las identificaciones étnicas hacen alusión a diferencias culturales entre grupos. Si bien, la condición racial de un sujeto, ya sea individual o colectivo no se construye por fuera de pautas culturales, el hecho de reemplazar raza por etnicidad, tampoco ayuda a comprender las relaciones de dominación y poder que siguen funcionando bajo esquemas ideológicos en base a la raza.

que por el contrario sigue anclado en los discursos, representaciones y prácticas sociales como expresión de la *colonialidad del poder*. Así mismo, me he apoyado en Peter Wade (1997) en su concepto de *regionalización de la raza*, y *el orden racial/espacial* de Jaen Rahier (1999), por el cual se entiende que las identidades nacionales son leídas dentro de un discurso racializado del territorio nacional que articula raza, cultura y territorio regional.

En segundo lugar, aunque el estudio ha sido desarrollado en dos barrios representados como periféricos en el imaginario social en las ciudades de Quito y Cali, al igual que en el mundo académico y en las instituciones del Estado y entidades no gubernamentales, tales como son El Retiro en la primera y el sector de Carapungo en la segunda, tiene el carácter de *estudio de casos* y no un ejercicio comparativo, pues metodológicamente no se pueden comparar contextos “radicalmente” diferentes⁵ como son Cali y Quito. Esto no exime de que se hayan analizado algunos contrastes y diferencias, sin embargo, el interés consistió en privilegiar los elementos transversales que atraviesan “experiencias de negritud” de estas poblaciones en los dos contextos y que me han permitido evidenciar empíricamente la reproducción de la colonialidad, a través de las prácticas representacionales que se construyen sobre gentes negras y sus territorios habitados.

⁵ Hago esta aseveración porque considero que me enfrente a dos ciudades que en términos culturales, geográficos, poblacionales, dinámicas económicas y políticas presentan diferencias sustanciales. Para indicar solamente tres aspectos: 1) mientras que en Cali las migraciones de población negra se han desarrollado desde los años cuarenta, la cual la convierte en la segunda ciudad con mayor población negra en Colombia, después de Cartagena, la ciudad de Quito experimenta procesos migratorios de población negra más recientes, concretamente desde los años ochenta, siendo la tercera ciudad con mayor población negra en Ecuador, después de Esmeraldas y Guayaquil, 2) en Quito hay diferencias regionales marcadas entre Sierra y Costa, por lo que los migrantes choteños y los esmeraldeños no son ajenos a estos contrastes geográficos y culturales, situación que no se presenta con tanta intensidad en Cali, mayormente poblada por migrantes de la Costa Pacífica. Finalmente, los barrios donde se concentra la población negra migrante en Cali son objeto de una constante mirada pública en los medios, debido a sus dinámicas conflictivas, distinto a lo que pasa en Quito, donde los barrios de población negra no están constantemente en el ojo de los medios. Sin embargo, en ambas ciudades los negro(as) migrantes se han apropiado de territorios catalogados como zonas periféricas y son visibilizados como protagonistas de la ciudad en base a representaciones estereotipadas.

Por consiguiente, para el análisis de las representaciones que se construyen sobre lugares y personas negras en Cali y Quito, acudí a las herramientas que brinda el diseño documental, rastreando en la prensa como se reproducen visiones negativas sobre la población negra en ambas ciudades. En Cali se trabajó en base al Diario *El País*, principal medio escrito que circula en la ciudad, mientras que en Quito, los Diarios *El Comercio* y *hoy* fueron las fuentes utilizadas. Concretamente trabajé periodos de tiempo específicos⁶, con el fin de inferir a partir de los textos e imágenes periodísticas las representaciones externas elaboradas sobre los pobladores negro(as) en los dos contextos.

Cabe mencionar que existe una diferencia sustancial entre ambas ciudades, pues mientras en Cali los barrios del Distrito de Aguablanca son objeto de una amplia información en los medios de comunicación, en Quito, los barrios donde vive una gran proporción de población negra no son registrados permanentemente. Lo que existe son informes sobre población negra que dan cuenta de actividades delictivas, folclóricas y deportivas. De ahí, que he tomado estos textos con la intención de inferir los tipos de imágenes y representaciones que se producen en Quito sobre la población negra y algunos barrios que han sido esporádicamente registrados en la prensa. De tal modo que estos textos tan solo sirvieron de referencia, pues en el caso de la capital ecuatoriana, el objetivo central fue entender como son revertidas estas representaciones por los propios

⁶ Para el caso de Cali, he recurrido a informes de prensa producidos en el 2004, en el marco de la ejecución de los programas “desaprendizaje de la violencia” y la implementación de las “Casas de Justicia”, desarrollados dentro de los programas sociales que realizó la Alcaldía de Cali con prestamos del BID. En ese año se produjeron 59 artículos que brindaban información exclusiva sobre el Distrito de Aguablanca, de los cuales 48 hacían alusión a problemáticas de violencia y expresiones artísticas, mientras que solo 11 se referían a temas de organizaciones, actividades productivas, etc. En el caso de Quito he trabajado artículos producidos dentro de un hecho coyuntural que fue el asesinato de una joven negra de 17 años a manos de dos hombres mestizos en febrero de 1996. Este hecho suscitó un debate público sobre la discriminación racial en la ciudad, generando reflexiones periodísticas en la prensa. No obstante, también he trabajado con artículos producidos en otros momentos.

pobladores.

Por su parte, para el análisis de las representaciones internas, los relatos de las personas que habitan en los barrios constituyeron la fuente exclusiva. Se dialogó con migrantes negro(as) de segunda generación, es decir, aquellos que llegaron con los segundos flujos migratorios, debido a que en ellos reposan las experiencias de su estancia en las ciudades, las trayectorias recorridas y las memorias del poblamiento de los barrios; de tal forma que el acercamiento a ellos y a sus lugares me permitió sumergirme en su mundo cotidiano, con el fin de indagar el sentido producido sobre sus espacios. Básicamente, los sujetos con los que se dialogó son personas provenientes de varias zonas de población negra que tienen más de 20 años viviendo en estas ciudades. Sin pretensión de que sean voces representativas, aquí aparecen las percepciones de la gente del común que habita en espacios donde se concentra una significativa población negra migrante tanto en Cali como en Quito.

Lo que se pretendió fue analizar las representaciones que estos migrantes hacen de sus espacios, vistos negativamente desde afuera, pero pocas veces vistos desde la experiencia de quienes los habitan. De ahí que enfatice en los relatos de la gente, con el fin de contrastar las representaciones externas, sobre la base de las experiencias internas de los propios habitantes. Así mismo, los relatos han sido trabajados con la intención de colocarlos en diálogo en los dos contextos como experiencias de negritud analizadas a través de las representaciones, focalizándome en sus aspectos transversales, más que en sus diferencias, lo cual no quiere decir que se hayan equiparado las prácticas sociales de uno y otro lugar.

Por consiguiente, el estudio se compone de cuatro partes. En la primera se trabajó los referentes conceptuales, adoptando la perspectiva de las representaciones sociales desde la diferencia racial y una aproximación conceptual a la categoría del territorio desde la geografía cultural, en tanto el territorio constituye una de las categorías centrales del estudio.

En el segundo apéndice se bosqueja un recorrido histórico sobre el proceso de formación de los barrios de concentración de migrantes negro(as) en las dos ciudades estudiadas. Con ello he pretendido historiar la presencia de la gente negra en Cali y en Quito, en tanto, las representaciones no se producen por fuera del tiempo ni del espacio y por el contrario, entiendo que son producciones enmarcadas en la historia. En el tercer capítulo analizo las representaciones que en las ciudades en mención son elaborados sobre estos espacios, tomando de referencia artículos de prensa, tal como se indicó en la metodología.

En el capítulo cuatro he analizado las representaciones y autorepresentaciones que los migrantes negro(as) habitantes de los barrios El Retiro en Cali y Carapungo en Quito construyen sobre los territorios que ocupan. Se trata de entender más que todo las dinámicas de representación y no las relaciones identitarias o relaciones de poder que se presentan en ellos. No obstante, hice alusión a los usos de los espacios, develando algunas tensiones internas y las dinámicas de mediación que articulan el barrio al espacio amplio de la ciudad y cómo es vivido por los habitantes desde la dimensión simbólica del territorio barrial. Finalmente, a manera de conclusiones presenté un análisis que articula la globalidad del trabajo.

Espero con ello abrir un camino que permita indagar los mundos de la negritud en los espacios urbanos a partir de los que las personas perciben, imaginan y representan sobre sus propios contornos. Se trata de un trabajo exploratorio que tiene el carácter de insinuación para motivar posibles rutas investigativas que permitan “demostrar” empíricamente la presencia de la experiencia de la colonialidad como un patrón de poder que sigue vigente, aun después de cinco siglos de su configuración en los diferentes lugares donde hoy tiene presencia las experiencias de la diáspora africana y sus descendientes.

CAPITULO I

APROXIMACIONES CONCEPTUALES

1. Referentes conceptuales

Las dinámicas de representación de territorios urbanos por parte de migrantes deben considerarse en el contexto de sociedades fragmentadas, donde las formas de significar objetos, lugares, eventos y a los mismos grupos sociales se mueve en una pluralidad de sentidos y cruces simbólicos que demarcan situaciones particulares de experimentar la realidad. Por lo tanto, los referentes conceptuales que guían este trabajo han sido articulados de tal manera que operen en términos relacionales, lo cual indica que las nociones de *representación y territorio urbano* adquieren sentido solo en su intrínseca asociación.

La primera, entendida desde la concepción constructivista como una producción de carácter social que no se reduce a ser reflejo de la realidad, sino que implica una organización significativa, es decir, una forma de conocimiento elaborado socialmente y compartido por un grupo o sector social, con el fin práctico de construir una visión común sobre la realidad en base a un lugar de enunciación específico. (Hall, 2001). De otro lado, representación, en tanto actividad organizadora del sentido por parte de los actores inmersos en diferentes dinámicas sociales, se articula a la noción de territorio, concebido como un espacio apropiado por los sujetos que lo habitan (Jiménez, 2000). A partir de estas dos nociones pretendo analizar las representaciones que los migrantes negros construyen sobre sus barrios en las ciudades. Por consiguiente, lo que he intentado mostrar es que las prácticas identitarias y usos del espacio se construyen dentro de las representaciones que los sujetos elaboran como productores de sentido sobre su(s) mundo(s) vivido(s).

1.1.2. El enfoque de las representaciones desde la diferencia racial

El enfoque constructivista de las representaciones indica que la realidad es construida por los sujetos dentro de contextos sociales específicos, con el fin de comunicar sentidos con su entorno y con los otros. En su acepción más general, las representaciones se centran en los procesos mediante los cuales los sujetos producen significados sobre sus prácticas, usando el lenguaje, los signos, los discursos y las imágenes como medios para expresar conceptos socialmente aceptados, inscritos, -la mayoría de casos- en relaciones sociales jerarquizadas que estructuran relaciones de poder. Tres enfoques pueden ser identificados en esta línea, a saber: el semiótico, la perspectiva del discurso de Michel Foucault y la corriente de los estudios culturales representada en la figura de Stuart Hall⁷. Aunque es necesario aclarar que estas tres visiones están muy relacionadas, y que si bien conservan planteamientos particulares respecto a los medios por el cual se construyen las representaciones, su foco de análisis transversal es el análisis del sentido que los sujetos sociales producen sobre objetos, prácticas, lugares o discursos.

En ese orden de ideas, los desarrollos provenientes de la corriente de los estudios culturales, concretamente, los análisis de Stuart Hall, son sugerentes para comprender las representaciones sociales en base a la diferencia, en lo que ha sido su análisis constitutivo de las representaciones sobre la diferencia racial. Si bien Hall introduce la variable de la raza en el análisis de las representaciones, es necesario mencionar que sus planteamientos se nutren de la corriente semiótica y de la perspectiva discursiva de Foucault, al adoptar, por un lado, el análisis de los signos visuales como texto para interpretar las representaciones racializadas, y de otro lado, al concebir las

⁷ Debido a que mi enfoque se apoya en la perspectiva de la diferencia racial me centro en esta parte solo en la acepción de Stuart Hall. Un análisis detallado de estas tres corrientes se encuentra en (Hall, 1997.)

representaciones como fuentes de conocimiento a modo de discursos que legitiman y cuestionan el ejercicio del poder.

Por consiguiente, la variante de Hall sobre las representaciones inserta la dimensión identitaria, puesto que los procesos de construcción del sentido implican una forma de significación sobre las cosas y los objetos para determinados grupos en contextos específicos y desde un lugar particular, por lo que “las prácticas de representación siempre implican posiciones desde las cuales hablamos o escribimos: son posiciones de enunciación” (Hall, 1999: 131.) Así, la representación de la diferencia involucra la dimensión de la identidad racial y cultural en la práctica representacional, puesto que introduce las formas como lo “*otro*” es representado a partir de una diferencia racial históricamente marcada. Al analizar los diversos mecanismos de representación, principalmente las imágenes, Hall se pregunta por el transcurrir histórico de las representaciones sobre la diferencia racial, indagando si estas han cambiado los repertorios de representación o si por el contrario permanecen intactos en las sociedades contemporáneas⁸.

Por consiguiente, Hall entiende que las representaciones constituyen un concepto y una práctica, insertadas como mecanismos constitutivos en el funcionamiento del circuito cultural, en la medida que al ser prácticas significativas orientan las relaciones de la vida cotidiana, donde las construcciones de sentidos están influenciados por las formas

⁸ Analiza las teorías de prácticas de representación conocidas como *estereotipos*, por medio de imágenes visuales, mostrando como funciona una representación estereotipada de la diferencia racial. Su visión de las representaciones tiene un sentido eminentemente político, dado que plantea estrategias de intervención en el campo de las representaciones, en tanto operan como *disputas por el significado*, con el fin de transformar las representaciones negativas alrededor de la raza.

como la *otredad* ha sido marcada históricamente a partir de estereotipos que refuerzan las ideologías de racialización⁹. Al respecto afirma que:

El estereotipo como práctica significativa es central a la representación de la diferencia racial...Los estereotipos se apropian de una cuantas características “sencillas, vividas, memorables, fácilmente percibidas y ampliamente reconocidas acerca de una persona, reducen todo acerca de una persona a esos rasgos, los exageran y simplifican y los fijan sin cambio o desarrollo hasta la eternidad...El estereotipo reduce, esencializa, naturaliza y fija la diferencia”. Segundo, el estereotipo despliega una estrategia de “hendimiento”. Divide lo normal y lo aceptable de lo anormal y de lo inaceptable. Entonces excluye o expulsa todo lo que no encaja, que es diferente...El tercer punto es que el estereotipo tiende a ocurrir donde existen grandes desigualdades de poder. El poder es usualmente dirigido en contra del grupo subordinado o excluido...En breve, el estereotipo es lo que Foucault llamó una especie de juego “poder/conocimiento”. Clasifica a la gente de acuerdo con una norma y construye al excluido como otro” (Hall, 1998: 27-28).

De ahí que las formas de representación funcionen dentro de un *régimen de representación*¹⁰ de la diferencia racial, por medio de prácticas conocidas como los

⁹ La perspectiva adoptada por Hall para abordar las representaciones contemporáneas sobre la raza, sigue en cierta medida el análisis semiótico de Barthes, al leer las imágenes como *mitos*, mostrando como en el ejercicio de representar siempre hay una intención por fijar un sentido único a las imágenes, a pesar de que estas tengan muchas posibilidades para significarla. La pregunta central, dice Hall, no es por si los significados que atribuimos a las imágenes son correctos o incorrectos, sino cual es el significado que la representación de la imagen intenta privilegiar. En la lectura de las imágenes, hay un mito, el cual incluye dos facetas: una denotativa, es decir, la imagen en si que puede ser un evento, un personaje, etc, y un aspecto connotativo, que es el mensaje o el significado que se intenta privilegiar a través de la imagen. En el caso de la representación de la diferencia racial hay que analizar como ésta ha sido marcada para significar algo, un sentido que regularmente se fundamenta en el estereotipo, entendido como una práctica significativa que congela en el tiempo el significado sobre la raza, al ubicarlo por fuera de cualquier dimensión cronológica y espacial.

¹⁰ Hall, considera que las imágenes estereotipadas que sirven de fuente para las representaciones racializadas siempre son elaboradas sobre la base de imágenes precedentes. Así por ejemplo, la representación estereotipada de los negros tiene sus antecedentes en tres momentos históricos: la esclavitud, el imperialismo y los procesos migratorios posteriores a la segunda guerra mundial. En todos esos momentos se ha mantenido imágenes estereotipadas de los negros, las cuales son reafirmadas sucesivamente, es lo que denomina su intertextualidad, por lo cual, se erige como un régimen de representación racializado e históricamente constituido. Así, la diferencia racial ha sido marcada en base a tres acontecimientos, manteniéndose hasta la actualidad. Pero este régimen de representación funciona en dos planos. Por un lado, en el plano de lo simbólico, pues lo que es real es también construido por la fantasía sobre la otredad, así la realidad es percibida por la forma como el que ejerce la esterotipación imagina al estereotipado, es una producción visual por medio de las prácticas de representación, el otro ámbito es lo que no se expresa, ni se verbaliza pero es imaginado, pero no se puede mostrar, así el significado profundo funciona con lo real y lo imaginado, sobre todo cuando alude al estereotipo sexual.

estereotipos, con sus efectos esencializantes, naturalizantes y reduccionistas, de modo que el estereotipo en tanto práctica significativa es crucial en el ejercicio de la representación de la diferencia racial. De esta manera, introduce la cuestión del poder, en el sentido atribuido por Foucault, debido a que la representación estereotipada implica un poder al construir algo o a alguien en base a pertenencias culturales asociadas a diferencias construidas históricamente¹¹. De tal forma que las imágenes adquieren significado en contextos particulares, pero en relación con otras imágenes que han sido representadas en otro momento y contexto particular, que sin embargo se mantienen como prácticas representacionales similares en contextos y tiempos diferentes que son repetidas con imágenes y textos distintos.

Por lo tanto, la corriente teórica de las representaciones sociales trabajada por Stuart Hall nos brinda un cuerpo analítico para entender las formas mediante las cuales los grupos reconstruyen sentidos sobre su realidad. Como he anotado, las corrientes constructivistas enfatizan el papel de los sujetos en la producción de significados, de acuerdo a determinados contextos sociales. Particularmente, esta acepción constituye un referente central para comprender cómo son construidos imaginariamente lugares, sujetos y grupos sociales en base a diferencias étnico-raciales, de género, clase o por distintos atributos que los definen como grupos subordinados o excluidos de acuerdo a normas establecidas por los grupos dominantes; del mismo modo que nos permiten ver cómo estos mismos grupos construyen visiones de mundo que orientan y dan sentido a sus prácticas. Es así como la perspectiva de las representaciones elaborada por Stuart Hall considera las diferentes formas en que se organiza el sentido por parte de sujetos

¹¹ Si bien una categoría como el territorio no entra en esta conceptualización, puede ser articulada en este análisis, debido a que el espacio también puede ser representado como una diferencia racial-cultural.

individuales y colectivos inmersos en diferentes dinámicas sociales materiales y simbólicas.

Si partimos de la diferencia racial, entendida como una construcción histórica que demarca relaciones de poder prefijadas a partir de atributos fenotípicos y culturales, entonces es preciso indicar como *la categoría racial* ha configurado una *imagen representacional fija* sobre los hombres y mujeres negros(as), por la cual, éstos han sido y siguen siendo identificados a partir de estereotipos reproducidos para nombrar a los grupos que han sido marcados como *los otros*, en comparación a los grupos blancos-mestizos, los cuales siguen anclados en las prácticas, los discursos y las representaciones individuales y colectivas¹². Es en esta línea que las representaciones sociales nos ayudan a comprender las construcciones estereotipadas que se elaboran y se aceptan socialmente sobre la diferencia racial de los negro(as) en el conjunto de sociedades históricamente racistas como la caleña y la quiteña¹³.

Sin embargo, estos análisis han colocado la atención sobre los mecanismos por los cuales “las minorías” han sido representadas, dejando de lado cómo esos mismos grupos se autorepresentan y las representaciones que construyen sobre los *otros* no negro(as) y sus lugares. Por lo tanto, lo que propongo es analizar las representaciones que los sujetos construyen en base a sus experiencias en el espacio concreto y las formas en que experimentan sus prácticas sociales, es decir, busco indagar cuáles son los sentidos que dan a sus territorios urbanos, dado que éstos están ligados a la significación que adquieren los lugares cuando son habitados y apropiados por grupos específicos, como

¹² En términos del territorio, el régimen de representación puede operar en la medida que se ha construido un orden espacial racializado que funciona como orden social.

¹³ Análisis sobre las dinámicas de discriminación racial en Quito se pueden encontrar en los estudios de Carlos De la Torre (2002) y Rahier (1999), Sánchez (2004) y en Cali, Urrea, Quintín, Barbary (2004).

es el caso de las zonas habitadas por migrantes negro(as) en las ciudades mencionadas. De este modo, las representaciones responden a las formas como las prácticas y relaciones sociales, en tanto que prácticas significantes organizan y orientan acciones sociales y que implican a los actores migrantes en tanto intérpretes o creadores de significados a partir de sus contextos concretos.

Al considerar las representaciones que este colectivo elabora sobre sus espacios urbanos, nos enfrentamos a dinámicas “particulares” de experimentar los contornos que habitan en las ciudades de recepción. No se trata de exponer un “esencialismo cultural”, al indicar que las representaciones que construyen los negro(as) migrantes presentan rasgos radicalmente diferentes respecto a otros grupos raciales y culturales, puesto que es evidente que en las ciudades los cruces simbólicos determinados por los procesos globales en que se inscriben, conlleva a que tantos negro(as) como no negro(as), migrantes como personas originarias de las ciudades compartan sentidos y prácticas a través de sus experiencias en espacios públicos, imágenes y consumos, tal como lo proponen las perspectivas de la comunicación¹⁴.

Sin embargo, también es claro que los rasgos fenotípicos no solo demarcan diferencias físicas, sino que llevan tras de sí una historia y aspectos culturales que no pasan desapercibidos cuando se trata de vivenciar contextos, donde la mayoría de la población no es negra, y máxime cuando le articulamos variables como la procedencia y el espacio territorial, lo cual complejiza la experiencia de significar un mundo donde el sujeto se siente perteneciente por el hecho de haberlo apropiado.

¹⁴ Un análisis sugerente sobre la construcción de identidades bajo procesos de mediación se puede ver en: (Barbero, 1987).

Por consiguiente, al analizar los relatos de los migrantes negro(as) para identificar las representaciones que construyen sobre sus territorios habitados en las ciudades, es preciso entender estas construcciones en base a sus pertenencias raciales, culturales y a su condición de migrantes. Es ahí donde las representaciones adquieren sentido como experiencias de significación desde la diferencia, las cuales les permite construir una visión de mundo como expresión de una lucha por el significado, a partir de universos simbólicos en los que participa el sentido de identidad cultural, racial e histórica, en el espacio-tiempo inmerso en las representaciones (Guerrero, 2002).

1.1.3. Aproximación conceptual a la categoría de territorio urbano

El espacio es una categoría de análisis que debe ser conceptualizada para la comprensión de las prácticas sociales y los usos que los sujetos desarrollan en su interior. En buena parte del análisis social, el espacio ha sido concebido como una categoría muerta, apolítica y destemporalizada, por lo cual se le ha negado su valor conceptual como producción social (Oslender, 2000)¹⁵. Sin embargo, esta categoría connota dinámicas sociales inscritas en relaciones de poder que se manifiestan en la distribución geográfica, en las fronteras que lo delimitan y en el sentido atribuido a cada lugar, de acuerdo a su ubicación en el conjunto social. Apoyándome en la geografía cultural, la cual articula el ámbito físico-material del espacio con los aspectos simbólicos, identitarias y culturales entiendo el territorio como un lugar de sentido que solo adquiere significado en la doble dimensión de su uso, esto es, en su apropiación material y simbólica.

¹⁵ El autor se refiere específicamente a los análisis sobre los movimientos sociales.

Al respecto Giménez (2000), establece una distinción conceptual entre territorio y espacio, afirmando que en la primera noción se hace referencia al espacio apropiado y valorizado simbólicamente y/o instrumentalmente por los grupos humanos, mientras que la segunda indica la materia prima del territorio, es decir, la realidad física y geográfica que preexiste a todo conocimiento o a toda práctica del lugar¹⁶. De tal modo que mientras el territorio es el espacio simbolizado o el lugar practicado, de acuerdo a la distinción establecida por Michel de Certeau (1996), el espacio es lo que está dado de antemano, es la expresión física del territorio que solo adquiere sentido cuando es apropiado u ocupado por diferentes grupos humanos que le otorgan sentido en base a prácticas culturales y significados que producen en él.

Esta distinción nos permite comprender que el territorio es una producción social que debe ser interpretada en la doble correspondencia que lo caracteriza, es decir, en su apropiación instrumental y simbólica, debido a que sobre todo territorio recae un uso instrumental-práctico y un uso cultural simbólico. En él se cumplen funciones utilitarias pero también se generan expresiones de sentido que se manifiestan en las formas cómo se significa o se lo representa, de ahí que el territorio sea conceptualizado como *geosimbolo* (Giménez, Ídem) para indicar su doble dimensión. Retomando al mismo autor:

¹⁶ Esta distinción de la analítica del espacio puede ser identificada en otros autores, que si bien se ubican en otras disciplinas y perspectivas diferentes convergen en distinguir entre una dimensión propiamente física y una dimensión de producción social. Así, Michel de Certeau distingue entre lugar como lo fijo, lo dado, donde impera el orden, mientras que el espacio alude a lo fluido, al lugar donde se ejercen las prácticas del espacio, los cruces, los movimientos, de ahí que considere que “el espacio es un lugar practicado”. En otro plano, Auge (1992) distingue entre lugar como espacio de la identidad, de la memoria, el lugar simbolizado, en contraposición al no lugar, como espacio del tránsito funcional, no generador de identidad, ni de historia, Oslender (2000), apoyándose en Agnew, diferencia entre espacio y lugar otorgándole a este último tres dimensiones: *la localidad* donde se definen los marcos morales formales e informales que expresan las relaciones cotidianas, *la locación*, que define propiamente el espacio geográfico, físico y natural y *el sentido de lugar* donde se manifiesta la experiencia subjetiva orientada por la mediación del lugar concreto.

...como organización del espacio, se puede decir que el territorio responde, en primera instancia, a las necesidades económicas, sociales y políticas de cada sociedad, y bajo este aspecto, su producción está sustentada por las relaciones sociales que lo atraviesan; pero su función no se reduce a esta dimensión instrumental: el territorio es también objeto de operaciones simbólicas y una especie de pantalla sobre la que los actores sociales (individuales y colectivos) proyectan sus concepciones del mundo. Por eso el territorio puede ser considerado como zona de refugio, como medio de subsistencia, como fuente de recursos, como área geopolíticamente estratégica, como circunscripción político-administrativa, etc.; pero también como paisaje, como belleza natural, como entorno ecológico privilegiado, como objeto de apego afectivo, como tierra natal, como lugar de inscripción de un pasado histórico y de una memoria colectiva y, en fin, como “geosímbolo” (Giménez, Ídem: 93).

De este modo, cada sujeto individual o colectivo vive el territorio en la intrínseca superposición de lugares: casa/barrio/ciudad/región/país/mundo, por lo cual se desarrolla la representación psicológica del territorio que hace que sea vivido a partir de dos experiencias: como territorios próximos o lugares de identidad que son espacios de sociabilidad, de solidaridad, de sentido, donde se expresan las vivencias cotidianas y los territorios abstractos que representan los espacios del poder, de la jerarquía administrativa y de frontera, los cuales remiten a usos más funcionales que culturales, pues están más lejos de las vivencias cotidianas y de la representación subjetiva del espacio habitado rutinariamente.

De tal modo que la categoría de territorio es central para comprender una forma de organización social, dado que la fragmentación geográfica es al mismo tiempo una fragmentación material y cultural que expresa relaciones de poder inherente a la formación urbana. De ahí, que el espacio concebido como un territorio geosimbólico permite comprender las prácticas y usos del espacio que sus ocupantes desarrollan como territorialidades, por las cuales se expresan las prácticas del espacio y las identidades

construidas dentro de la representación del mismo. Precisamente, es el uso cultural y la representación simbólica del territorio lo que determina la centralidad del espacio como lugar de sentido.

Por lo tanto, el interés por las representaciones de los territorios urbanos por parte de migrantes negro(as), se orienta en razón de los procesos crecientes de urbanización, producto de oleadas migratorias y fenómenos de desplazamiento que generaron la formación de barrios de migrantes imaginados dentro del “discurso experto” como zonas periféricas. Si se considera que la realidad urbana da paso a la formación de territorios próximos o lo que algunos autores llaman *barrios étnicos*¹⁷ que responden a patrones de asentamiento y cohesión, dado que la elección de habitarlos responde a decisiones donde conviven co-raciales, paisanos, familiares, con lo cual se presenta una densidad mayor de ese grupo, en el caso de los migrantes negro(as) que se concentran en las zonas periféricas de las ciudades mencionadas, es posible identificar este tipo de formaciones. Por lo tanto:

El espacio, uno de los ejes sobre el que se construye las identidades permite un lugar de abordaje posible de esta realidad mil veces fragmentada, y a la vez acechada por la retórica de la globalización. El espacio urbano en particular se me ocurre especialmente por la forma evidente en que conjuga la estabilidad con el cambio: habitar un espacio es

¹⁷ Básicamente esta denominación obedece al modelo clásico de la Escuela de Chicago del Distrito Étnico. Sin embargo, este concepto debe ser tomado críticamente, pues en los contextos estudiados no existe propiamente concentraciones barriales que puedan caracterizarse como étnicos, en el sentido de que no habita un solo grupo cultural. Así mismo, por cuestiones concretas he adoptado la categoría racial, más que la étnica para ver como estos barrios adquieren una cohesión simbólica, debido a que sus habitantes se identifican como negro(a)s, más que un grupo étnico específico, lo cual no indica que las cuestiones culturales y las reivindicaciones de su lugar de procedencia no estén presentes. Por lo tanto hablaríamos de *barrios raciales y culturales*, lo cual tampoco alude a la idea de guetto. En el caso de Quito este concepto se acerca más, en la medida que los pobladores llegan a los barrios donde vive población negra buscando compartir con los “suyos” de la misma raza y de su lugar de origen con el fin de encontrar un refugio en una ciudad abiertamente racista, en Cali, es un poco diferente, en tanto los barrios negros han sido constituidos por falta de otros lugares para habitar, sin embargo la gente encuentra en ellos una cierta pertenencia por la historia que hay detrás de ellos y por el tipo de gente que los ha poblado.

habitar un sentido, es construir su representación y es vivir según también esa representación (Martini, 1994: 223).

En ese sentido, el barrio, en tanto territorio específico dentro del espacio urbano de la ciudad, debe ser entendido como un lugar de apropiación, pero dentro de las dinámicas de mediaciones¹⁸ socioculturales en las cuales se encuentra inmerso, en la medida que articula las vivencias de las personas que lo habitan con las dinámicas “externas” de la ciudad. De esta manera, el barrio en tanto territorio urbano habitado por amplias proporciones de población negra, que en el caso de ciudades como Cali y Quito son productos de las migraciones y la urbanización, es concebido como un territorio apropiado y espacio de mediación que articula representaciones racializadas externas e internas, considerando sus características raciales, culturales y por la procedencia del lugar de quienes lo habitan. Por lo tanto, mientras a través de las representaciones que los migrantes negro(as) elaboran sobre el territorio urbano barrial podemos comprender las prácticas identitarias, por medio del territorio, en la acepción indicada, identificaré los usos que hacen de él, es decir, intento comprender las prácticas de representación donde se expresan las vivencias de lo físico, o las vivencias del territorio, entendiendo que “la imagen de un espacio es, pues, cultural” (Fuentes, 2000: 5).

¹⁸ Una perspectiva interesante para comprender las dinámicas internas de los barrios como espacios de mediación es la trabajada por Jesús Martín Barbero, para entender que el barrio es un espacio no solo geográfico, sino cultural, donde hay mediaciones que lo vinculan a la ciudad, no solo en calidad de subordinado, sino considerando que en su interior la gente también produce estrategias para sobrellevar el poder, en tanto no hay un poder absoluto que someta al barrio, como tampoco hay una resistencia radical que se enfrente a él, sino que es una mediación, vivida entre diferentes dinámicas que circulan, tanto para resistir al poder, como para aprovechar sus intersticios. Por lo que el barrio es “generador de procesos de reconocimiento como “lugar” de constitución de las identidades” (Barbero, 1987:217). De ahí que para entender las representaciones que sobre los barrios se construyen, es necesario identificar los usos a los que está sujeto, en tanto lugar en que se producen las prácticas y sentidos, pues las representaciones son producidas dentro de los usos del espacio. Aunque este enfoque no ha sido trabajado en este trabajo, me he apoyado en algunos elementos que serán referenciados en su respectivo momento.

CAPITULO 2.

LA FORMACIÓN DE BARRIOS DE CONCENTRACIÓN NEGRA EN CALI Y QUITO: BREVE RESEÑA HISTORICA

Los procesos migratorios en el continente latinoamericano se han desarrollado en el contexto de la urbanización experimentada en la región de manera tendencial a partir de 1950, a raíz de las dinámicas “modernizadoras” que explicaron la inserción contemporánea de nuestros países en los mercados internacionales. Así, las principales ciudades se transformaron rápidamente en espacios atrayentes para amplios contingentes de población que se movilizó con la expectativa de encontrar “mejores opciones de vida” en las urbes. Sin embargo, este acelerado proceso tuvo su punto más alto a finales de los sesenta y se incrementó en los años setenta y ochenta en el marco de la intensificación de los procesos de “modernización” capitalista. Fue en esta década cuando se evidenció un proceso generalizado de urbanización en Latinoamérica como consecuencia del crecimiento económico en muchos países de la región, lo cual incidió significativamente en la reconfiguración de la organización territorial urbana, generando nuevas dinámicas de apropiación y usos de los espacios, así como nuevas formas de relaciones de producción capitalista que requirió de mano de obra migrante.

Básicamente, los procesos de “modernización” capitalista y su correlato, la denominada industrialización, influyeron profundamente en la urbanización, transformando la configuración del territorio social urbano y generando nuevas dinámicas sociales, culturales, económicas y políticas que dieron paso a la formación de culturas populares urbanas. De tal manera, que la urbanización puede ser caracterizado como un patrón estructural de transformación política y económica en el continente, pues si bien, las

dinámicas históricas de urbanización han tomado rumbos diferentes en cada país, debido a sus realidades específicas, es claro también, que estos procesos se han desarrollado en el contexto de una dinámica global regional, fundamentada por los cambios introducidos por la “modernización” capitalista.

Por consiguiente, al develar los procesos migratorios de población negra hacia ciudades como Cali y Quito, sobresale la necesidad de ubicarlos en condiciones históricas más globales, como quiera que es en el marco del “capitalismo industrial” que las ciudades latinoamericanas han ido adquiriendo importancia como centros estratégicos de concentración del capital, particularmente en los últimos treinta años, donde las migraciones internas han jugado un papel relevante para su crecimiento económico. Por lo tanto, en este capítulo bosquejo los procesos de urbanización de estas dos ciudades en el marco de la dinámica migratoria de poblaciones negras, resaltando los aspectos generales y sin profundizar demasiado en las especificidades de cada contexto.

2.1. Barrios de migrantes negros en Quito o “mundos de la negritud”

La presencia de la gente negra en Quito data desde los tiempos de su fundación en 1537, cuando los esclavos fueron introducidos a los centros que empezaban a poblarse en condición de trabajadores domésticos, artesanos y como mano de obra. (Savoia, 1988). En 1840, un censo realizado en Quito registró 1.902 personas negras de un total de 23.170, correspondiente al 8.2% del total de la población. (Castro, 1988). No obstante, el aumento vertiginoso de población negra en esta ciudad se presentó a partir de las oleadas migratorias contemporáneas,¹⁹ en el marco de la “industrialización”

¹⁹ De acuerdo a datos estadísticos del censo de 2001, la distribución poblacional del Ecuador abarca a 12.156.608 habitantes, distribuidos en diferentes grupos étnico-raciales a lo largo y ancho del territorio. El mayor porcentaje corresponde al grupo mestizo con un 77.4% de la población, seguido del grupo étnico-racial blanco con el 10.46%, mientras que los indígenas alcanzan el 6.83% de habitantes. La

económica que llevó al desplazamiento “voluntario” de población campesina y de ciudades intermedias a ciudades como Quito y Guayaquil principalmente, por lo que la realidad afrourbana en el Ecuador ha emergido como una de los hechos más significativos de los últimos treinta años. En la actualidad, los mayores porcentajes de población negra se concentra en sus tres principales provincias: Guayas, Esmeraldas y Pichincha con porcentajes de 35.9%, 25.4% y 13.0% respectivamente, abarcando casi la mitad de su población en sus tres principales ciudades, a saber: Guayaquil (26.0%), Esmeraldas (11.6%) y Quito (9.5%)²⁰. Estos datos indican que el 68.7% de la población negra ecuatoriana vive en centros urbanos o cabeceras cantónales, cifra que representa a más de 414.738 afros viviendo en las ciudades de Guayaquil, Esmeraldas y Quito. (Sánchez, 2004).

Después de los años setenta del pasado siglo, las migraciones negras se incrementaron de manera regular, particularmente por los movimientos poblacionales de personas provenientes del Valle de la Cuenca del Chota-Mira²¹, quienes migraron a raíz de la falta de tierras y atraídos por el sueño de la “modernización”. Básicamente, el deseo de

población negra representa el 4.97%, lo que corresponde a 604.009 personas que tienen presencia en este país. Los afroecuatorianos se encuentran distribuidos en casi todas las zonas del territorio nacional, sin embargo, por cuestiones propias a los procesos de configuración histórica, los mayores núcleos poblacionales se identifican en la cuenca del Chota-Mira y en la provincia de Esmeraldas. Los datos estadísticos han sido extraídos de tres informes sociodemográficos: 1) Diagnostico de la Problemática Afroecuatoriana y Propuestas de Acciones Prioritarias. BID (2004), CEPAL (2005) y Sánchez, (2005). Los datos tomados de cada uno de ellos se citaran respectivamente.

²⁰ BID (2004).

²¹ Aunque este trabajo no se inscribe en una perspectiva histórica, es necesario indicar que el caso de la población choteña, desde la época colonial la tierra y la familia han constituido las bases identitarias culturales, que al mismo tiempo habían consolidado la estructura productiva para la subsistencia, sin embargo a partir de los años sesenta con la reforma agraria que dio como resultado la abolición definitivamente de la hacienda y la figura del patrón, se les otorgó a las poblaciones negras choteñas las peores tierras para el cultivo, transformando no solo la identidad de los choteños, sino que también se diluyó el modelo de integración familiar históricamente desarrollado durante la hacienda jesuita, perjudicando las condiciones económicas sostenidas en base al cultivo de la tierra. De tal modo que la pérdida de la tierra ha sido uno de los factores causales que más ha influido en los procesos migratorios hacia las ciudades, especialmente de la población joven, aumentando los índices de pobreza debido a que se convierten en desempleados o adquieren empleos precarios y mal remunerados, afectando además el crecimiento demográfico en sus lugares de origen. Ver. Bouisson (1997), Tardie (2000) y Coronel (1991).

encontrar trabajos que no se hallaban en el campo por la pérdida paulatina de sus tierras, que ni la reforma agraria de 1964 logró otorgarles, la población choteña ha sido uno de los grupos que más ha migrado hacia Quito de forma masiva; migraciones que además han sido facilitadas por la cercanía geográfica del Valle respecto a la capital del país. Este proceso migratorio se consolidó a partir de los años ochenta y noventa con migrantes provenientes de la costa y del Valle del Chota-Mira que no han cesado en sus búsquedas de “oportunidades” en la ciudad²².

En el caso de la población esmeraldeña, los flujos migratorios han tenido como destino principalmente a la región de Guayas, concretamente, la ciudad de Guayaquil; pues tradicionalmente la población negra de la zona de Esmeraldas se ha dirigido hacia esta provincia “debido a que entre Esmeraldas y Guayas han existido diversos intercambios poblacionales, sobre todo, por la demanda de mano de obra por parte de las plantaciones de la cuenca del río Guayas” (CEPAL, Ídem: 55). No obstante, las corrientes migratorias hacia la provincia de Pichincha no han sido menos importantes, pero la población proveniente de las provincias de Carchi e Imbabura ha sido más significativa.

De tal manera que la presencia de mayor gente negra en la ciudad de Quito es la consecuencia irreversible del proceso de “industrialización” y urbanización, dado que estos migrantes, también fueron atraídos por la ilusión de progreso asociados a los centros urbanos, lo que dejó como consecuencia una amplia presencia de población

²² El diagnóstico sociodemográfico de la población indígena y afroecuatoriana a partir del censo del 2001 elaborado por la CEPAL, indica que “la población migrante de la cuenca del Chota-Mira presentan rasgos reversibles, con periodos de corta duración, motivadas por la demanda de fuerza de trabajo en la provincias de Imbabura y Pichincha”. (Guerrero, Citado por CEPAL, 2005). De este modo se confirma la tendencia histórica que demarca una trayectoria migratoria de los choteños hacia la provincia de Pichincha, teniendo a la ciudad de Quito como principal centro receptor, lo cual no quiere decir que se dirijan a otras zonas, sin embargo el hecho de ser la capital, además de tener familiares ya instalados en esta ciudad constituyen valores agregados a la hora de elegirla como destino final.

negra, que al igual que muchos otros grupos étnico-raciales, han contribuido con su trabajo para su crecimiento. Sin embargo, es necesario resaltar las difíciles condiciones y situaciones que tienen que enfrentar lo(as) migrantes negro(as) en una ciudad como Quito que conserva una mentalidad colonial que se manifiesta en prácticas de discriminación racial, tanto en la vida cotidiana como en las esferas institucionales²³.

Una de las características generales de lo(as) migrantes en las zonas urbanas tiene que ver con el hecho de que se enfrentan a situaciones adversas, donde la búsqueda de vivienda se convierte en una de las principales prioridades. Para estos migrantes, la vivienda constituye un hecho vital, por eso, ante la indiferencia de las autoridades municipales buscan un espacio para habitar sin esperar a que el municipio les resuelva esa necesidad apremiante, por lo cual optan por construir hogares en sitios ilegales, contrabandeando los servicios públicos, construyendo sus casas con materiales poco consistentes y posesionándose en terrenos baldíos en condiciones de hacinamiento. Este es la característica típica de los barrios de invasiones que son espacios donde la población negra migrante ha tenido un significativo protagonismo, como quiera que muchos de ello(as) participaron en los procesos de toma de tierras como expresión de lucha por conquistar territorios urbanos donde habitar y crear comunidad.

²³ De acuerdo a datos sociodemográficos del censo del 2001, la ciudad de Quito ocupa el tercer lugar en cuanto a población negra residente con un 9.5% después de Guayaquil y Esmeraldas con un porcentaje de 26.0% y 11.6% respectivamente. Pero la población negra tiene muchas dificultades para acceder a trabajos calificados, formación educativa y calificación técnica y profesional. Los afroecuatorianos presentan un indicador de NBI superior al 70.6% frente al 61.3% del promedio nacional. En la provincia de Pichincha se estima que existen 40.704 afros pobres sobre un total de 78.621, correspondiente a un 47.8%. En Quito existen 20.549 afros en el rango de población económicamente activa, de los cuales el 26% ocupan trabajos poco calificados, 19.6% al sector de servicios y el 20% a labores de artesanías, oficial y operarios. Solo un 2.3% ha logrado vincularse al sector ejecutivo y tan solo el 3.6% desarrolla actividades laborales en el campo profesional e intelectual. De otro lado, al tomar un indicador como la educación, se observa que de los 44.278 afroecuatorianos que residen en Quito, 39.750, correspondiente al 89.7% registraron algún nivel educativo. De estos, el 46.8% tiene un nivel básico, el 32.8% nivel secundario y solo un 9.4% posee nivel superior. (Sánchez, 2005). Estos datos socioeconómicos reflejan la estructura racializada de la ciudad, pues expresan patrones discriminatorios de corte estructural que se reafirman en las vivencias cotidianas y representaciones estereotipadas frente a la población negra.

Ante la presencia de vastos contingentes poblacionales a raíz de las migraciones, la vivienda apareció como una demanda prioritaria, por lo que las zonas ubicadas por fuera del perímetro urbano comenzaron a ser ocupadas. Esta situación aún no ha sido resuelta totalmente para la población negra y para muchos sectores de estratos populares, lo que ha dejado como consecuencia una conflictividad social que no estaba prevista, producida dentro de la dinámica estructural del “crecimiento económico” y la “modernización”. Uno de los efectos directos de esta dinámica ha sido la formación de zonas de segregación espacial por medio de la relación configurada entre zonas céntricas y zonas periféricas²⁴.

La formación de zonas periféricas o asentamientos urbanos desprovistos de condiciones aptas para vivir se inscribe en el contexto de la “industrialización” y la urbanización de la ciudad, por la cual se formaron territorios carentes de servicios públicos, zonas verdes y con poca infraestructura que empezaron a ser ocupados por “*gentes de afuera*,” y pobres de la ciudad, situación que configuró un nuevo paisaje urbano, dividiendo la ciudad en dos polos opuestos, solo relacionados por la dinámica funcional del modelo económico que articula las periferias en base a la mano de obra que los sectores pobres desplazan a las zonas donde se asientan las industrias, las actividades comerciales o las zonas donde se desarrollan prácticas de economía informal. (Carrión, 1983).

En la ciudad de Quito la tendencia urbanizadora produjo cambios en la estructura del espacio físico y sociocultural. Siguiendo los planteamientos de Fernando Carrión

²⁴ Este tipo de formación espacial se desarrolló con ritmos diferenciados que respondían a las momentos específicos de la dinámica económica, los cuales fueron determinando la configuración del espacio social urbano, aunque manteniendo un patrón dominante, basado en la articulación de las zonas céntricas con las zonas periféricas de la ciudad. (Carrión, 2001).

(1987), la transformación urbana de Quito se dio por medio de dos procesos básicos: *la renovación y la expansión*. A través de estos dos procesos se generó la forma de organización irregular y dispersa que fue dando paso a la conformación de los barrios periféricos, originada en el uso de la tierra y la relación hegemónica centro-periferia como expresión de la segregación espacial. Esta división inserta en la dinámica productiva de la ciudad, particularmente en los años setenta con la división técnica, social y territorial del trabajo estructuró el campo de contradicciones sociales sobre la base de la formación de zonas con pobladores migrantes que se asentaron en espacios que con el paso del tiempo adquirieron la imagen de zonas periféricas en la ciudad, distanciados del centro y del norte, que en los últimos años fue ganando imagen como zona “añiñada²⁵”.

Lo que se evidencia es un proceso de cambio que obedeció a los lineamientos del capital privado, producto de la dinámica global del capitalismo en la cual la ciudad se encontraba inmersa. Así se crearon cambios no solo materiales, sino ideológicos, produciendo un imaginario de una ciudad fragmentada en dos mundos separados. *Ciudad moderna /ciudad antigua, ciudad histórica / ciudad sin historia, ciudad legal / ciudad ilegal*, (Carrión, Ídem), lo cual generó la representación de las dos Quitos: la del norte, que responde a la primera cara de la representación, esto es, la ciudad moderna, histórica, legal y la del sur, que acopio la segunda cara de este imaginario, es decir, la antigua, ahistórica e ilegal.

Pero hay que mencionar que este imaginario de ciudad no da cuenta de las complejidades que se presentan en sus dos “polos opuestos”, pues si bien, la ciudad está

²⁵ Zonas pertenecientes a los estratos económicos altos.

dividida simbólica y materialmente, estos espacios no constituyen unidades homogéneas. Sucede entonces que, “el imaginario del “norte” deja de lado muchos lugares del mapa real de la ciudad, como Atacucho, La Pulida o la Bota, que son barrios populares. Y el del sur olvida la existencia en el mapa de barrios como Chiriacu o Chilibulo” (Aguirre, Kingman y Carrión, 2005: 50), lo cual indica que el centro y la periferia es un modelo rígido, que si bien ha explicado el comportamiento urbano, no funciona así en la realidad concreta, en la medida que en los espacios denominados centrales también hay periferias, al igual que en las periferias existen lugares que han emergido como centralidades.

No obstante, al tomar el modelo centro-periferia desde el punto de vista descriptivo y no tanto explicativo, es posible entender que los barrios marginales y periféricos que emergieron en la ciudad, tuvieron en la ocupación de tierras ilegales de los municipios una de las expresiones de movilidad y acción social más significativas en Quito, dando paso a la configuración de barrios populares, donde la participación de la población negra migrante jugó un papel sobresaliente, en la medida que muchos de ello(as) establecieron alianzas con partidos políticos, organizaciones barriales y comités pro-vivienda para la legalización de los terrenos ocupados.

Sin embargo, otros tantos fueron producto de la vivienda de interés social llevada a cabo por el municipio, lo cual no impidió que fueran también imaginados como periferias. Los migrantes negro(as) estuvieron inmersos en estas dinámicas de expansión y a través de diferentes estrategias como las redes familiares, clientelares y de invasión lograron asentarse en barrios del norte y del sur, configurando una distribución espacial asociada a problemáticas de exclusión, segregación,

estigmatización de sus barrios e invisibilización. En la actualidad estos barrios son representados como “barrios de negros,”²⁶ marginales y periféricos a pesar de que en la mayoría de ellos el peso poblacional de las personas mestizas es más alto. Retomando a Aguirre, Kingman y Carrión, tenemos que:

En la ciudad se crearon barrios en donde habita mucha gente de la Costa. Espacios exclusivamente de la negritud, como África Mía, Carapungo, Carcelen, La Bota, La Ferroviaria, Atacucho, Santa Anita, La Roldós, La Pisuli, Santa Bárbara, Chillogallo, Comité del Pueblo y San Carlos. El Quito de la negritud es un mundo aparte. La población afroquiteña es de 100 mil habitantes y la mayoría desempeña los trabajos más humildes: empleada domésticas, cargadores, guardias de seguridad, mensajeros, o está en el sector informal. En sus historias de vida sobresalen aquellas que dan cuenta del racismo: las mujeres son estigmatizadas como prostitutas y los hombres como ladrones” (Ibdem: 51)

Tal como ha sido reseñado por (Minda, citado por Sánchez 2003), los asentamientos de población negra en Quito empiezan a configurarse a partir de los años setenta con la característica de ser territorios marginales, ubicados en los extremos de la ciudad, los cuales fueron adquiriendo condiciones saludables con la instalación de servicios públicos, zonas verdes y dotadas de infraestructura apta para la convivencia. Sin embargo una vez realizada la invasión la gente negra no tenía los recursos suficientes para legalizar la tierra por lo que se veían obligados abandonar los terrenos invadidos.

²⁶Cuando se habla de asentamientos negros, no se debe pensar que estos espacios están poblados exclusivamente por pobladores negro(as). Realmente en Quito no se puede hablar de barrios negros, en la medida que la mayoría de ellos son espacios mixtos en términos étnico-raciales. Un recorrido etnográfico por los barrios donde tiene gran presencia la población negra confirma que en estas zonas presentan una mezcla racial y cultural muy rica. Sin embargo hay que anotar que es posible identificar en los mismos barrios espacios de “territorialización negra”, tales como discotecas, sitios de encuentro, como es el caso de los bailaderos donde acude población negra en su gran mayoría. Este es el caso del barrio Carapungo.

Así, un alto porcentaje de población negra se concentró en los barrios periféricos que se formaron dentro del proceso de migración y urbanización, dando paso a la configuración de zonas mixtas, donde la característica ha sido la participación de población migrante negra con otros núcleos poblacionales étnico-raciales y de sectores populares pobres, quienes se asentaron en estos barrios en condición de “invasores” de tierras de propiedad privada que luego fueron legalizadas con la intervención de mutualistas, políticos de partidos tradicionales y sectores de izquierda o en otros casos fueron entregados por la modalidad de vivienda social por parte del municipio. Muchos migrantes negro(as) han terminado habitando estos espacios, debido a que en ellos se han ido asentando paisanos, familiares y amigos, dando paso a la formación de barrios con una significativa presencia de gente negra migrante y sus descendientes que han nacido en la ciudad.

Si bien, existe población negra dispersa por diversos barrios de la ciudad, son El comité del Pueblo 1 y 2, la Bota, Carcelen Bajo, La Roldós, Pisulí y Carapungo, los barrios donde más se concentra esta población (Ver anexo 1). De hecho, son los más referenciados como zonas donde esta población se encuentra recreando sus prácticas culturales, habitando las vicisitudes de la sobrevivencia, pero al mismo tiempo dinamizándolos en base a recursos culturales que demarcan relaciones identitarias como los bailaderos, grupos artísticos y otra serie de expresiones que se presentan en los barrios de “cultura negra.”

Aunque estos barrios no son precisamente espacios exclusivos de concentración de población negra, dado que conviven con otros grupos raciales, sí son representados como “mundos de la negritud”, debido a que hay amplias concentraciones de familias

negras en ellos. Es en esos espacios donde la gente negra en Quito vive dinámicas culturales, crea estrategias económicas solidarias familiares y construye territorialidades, lo cual hace que estos barrios sean proyectados en el imaginario de la ciudad como espacios que forma parte del Quito de la negritud. Uno de esos barrios es Carapungo o “Puerta de Cuero” en el original Kichua, ubicado en la actual parroquia de Calderón que se creó el 9 de Agosto de 1897 por ordenanza municipal. (Ver anexo 2).

La parroquia se integró a la ciudad de Quito a través del proceso de conurbación (Carrión, 1987), mediante el cual la ciudad en su dinámica de expansión metropolitana absorbió los pueblos cercanos. A partir de los años setenta del siglo XX, en el marco de las dinámicas migratorias y el boom petrolero, la ciudad de Quito empezó a ejercer influencia sobre la parroquia, provocando un cambio en la estructura agraria, situación que llevó a que las grandes haciendas comenzaran a parcelarse en pequeñas fincas, entregando lotes a los pobladores que llegaban de diversas zonas del país. Su integración definitivamente al conjunto metropolitano se presentó con la construcción de la carretera Panamericana.

De ahí, que con la expansión urbana, los grandes propietarios de Calderón vieron la oportunidad de reducir la tierra agrícola para capitalizarla, llevando a que amplios contingentes de migrantes pobres se dirigieran a ocupar estos terrenos. A comienzos de los ochenta, Calderón se convirtió en la opción para tener un lugar donde vivir, debido a los bajos costos de arrendamiento. El Estado por medio del Banco Ecuatoriano de la Vivienda, aprovechó esta coyuntura y escogió a Calderón como zona propicia para ensayar políticas de vivienda social. Así, se construyó la actual ciudadela Carapungo. (Espinoza, 2005). A partir de los noventa, Calderón se articuló al sistema metropolitano

en el marco de la oferta y la demanda de suelos urbanizables, donde muchos terrenos fueron objeto de tráfico de tierras, otros fueron apropiados por medio de invasiones hasta formar conjuntos residenciales.

En la actualidad viven en Calderón 84.873 personas aproximadamente, según datos del censo del 91 extraídos por Espinoza, dentro de las cuales existen 300 familias negras de origen migrante (Sánchez, 2005), provenientes del Valle del Chota principalmente y en menor grado afroesmeraldeños. Es un barrio otorgado mediante la modalidad de vivienda de interés social, la cual fue aprovechada por muchos migrantes que desde los años ochenta han venido asentándose en este sector, hasta convertirlo en uno de los lugares con una significativa concentración de migrantes negro(as) en la ciudad.

2.1.2. Aguablanca: una concentración negra de migrantes en Cali.

Los procesos de transformación socioeconómica de los últimos cincuenta años en Colombia, generaron un tipo de cambio en la distribución poblacional, donde la tendencia urbanizadora fue uno de los atenuantes más significativos. De un total de 43.035.394 millones de habitantes en el país, según estimativos del DANE en el 2001, la población negra representan el 18.6%, correspondiente a 7.990.049, datos que corroboran la fuerte presencia urbana de la población afrocolombiana. En la actualidad, el 18.6% de la población negra se ubica en las ciudades, porcentaje que indica que 5.714.334 millones habitan alguna ciudad, mientras que la población de las zonas rurales es significativamente baja con 2.275.710 habitantes. Solo en la ciudad de Cali viven 900 mil personas negro(as).²⁷

²⁷ La población negra en Colombia se encuentra distribuida en casi todo el país, manteniendo una presencia histórica a lo largo y ancho del territorio nacional. Pero debido a los procesos de configuración histórica son cuatro las regiones donde se ha concentrado los mayores porcentajes de población afrocolombiana. En su orden, “la región del Litoral Pacífico, que incluye las cuencas de los ríos San Juan,

Aunque la población negra en Cali ha estado presente desde el siglo XVII en calidad de esclavizados domésticos en las haciendas que abastecían a los centros mineros, (Zuluaga 1986, Romero, 1995, Colmenares, 1975), es evidente que su presencia en esta ciudad se incrementó ostensiblemente en el contexto de los procesos de industrialización y urbanización contemporáneos que atrajo a vastos contingentes de migrantes, dentro de los que se incluyen poblaciones negras que procedían de los departamentos del Cauca y de la Costa Pacífica²⁸.

Mientras en Quito, las migraciones de población negra se presentaron con mayor intensidad en los últimos treinta años, en el contexto del “boom petrolero”, en Cali las dinámicas migratorias de gente negra comenzaron a partir de los años cincuenta, promovidas por la industrialización del sector azucarero, dentro del cual mucha gente negra se insertó como corteros y en las demás actividades derivadas de los ingenios. Así, la urbanización en Cali se desarrolló con mayor énfasis en el marco de una económica regional, que tuvo en la modernización agraria, principalmente por la tecnificación de la industria azucarera²⁹ un factor determinante para la atracción de

el Atrato y el Uraba chocoano-antioqueño, hasta la región de Esmeraldas en el Ecuador, seguida de la región del Valle geográfico nortecaucano y el sur del Valle del Cauca, luego las áreas ribereñas del Bajo medio Magdalena y del bajo Cauca y finalmente el Litoral Atlántico y las zonas cenagosas de los principales ríos que desembocan en el mar Caribe”. (Urrea, Barbary, Viafara y Ramírez 2004: 71-72). Los datos estadísticos han sido extraídos de los mismos autores.

²⁸ En ese sentido, los procesos migratorios de la población negra en Cali siguen el argumento planteado que atribuye a las dinámicas industrializadoras un factor causal explicativo para su movilidad espacial. Tal como ha sido analizado por varios autores, (Vásquez, 2001, Ocampo, 1985, Bejarano, 1985) en Colombia, este proceso se presentó a partir de los años treinta, pero con pautas específicamente significativas en los cincuenta y la década de los setenta. Aunque siguiendo patrones diferentes, tanto cronológica, como sociológicamente, respecto a Quito, el factor causal sustantivo se mantuvo, esto es, la necesidad de los migrantes por obtener recursos económicos en las ciudades, motivados por la fantasía de la modernización asociada al crecimiento de los centros urbanos.

²⁹ El desarrollo de la industria azucarera fue favorecida por varias coyunturas. En primer lugar, la de la Segunda Guerra Mundial, donde aumentó el consumo interno, un segundo momento fue la barrera comercial impuesta por Estados Unidos a Cuba, por lo cual crecieron las exportaciones y finalmente la desaparición de los ingenios azúcares de la Costa Atlántica que llevó al aumento de las áreas cultivables, incorporando mayores hectáreas de tierras, en detrimento de la diversidad de cultivos y la posesión de tierras de pequeños y medianos cultivadores. Ver (Arboleda, 1998, Bejarano, 1985, Vásquez, 2004).

población negra migrante proveniente del departamento del Cauca,³⁰ Buenaventura, Chocó y luego del Pacífico Nariñense después de la década del setenta.

De este modo, el desarrollo de la industria azucarera vallecaucana significó una de las principales razones para la llegada de población negra hacia esta región³¹. Este proceso se intensificó en los años setenta cuando el azúcar alcanzó el monopolio de los cultivos en la región en abierto proceso de capitalización de la producción agropecuaria. (Arboleda, 1998). Sumado a esta coyuntura, los antecedentes de la violencia con la característica de que la estructura en la tenencia de la tierra se concentraba en pocas manos, dejó como efecto directo migraciones campesinas, con el atenuante de que muchos desplazamientos desde los años cincuenta se habían generado por la expulsión de pequeños parceleros hacia centros urbanos.

De este modo, los años cincuenta significaron el despegue definitivo de urbanización con población negra proveniente del Pacífico colombiano y del norte del Cauca. Fue en este período que se presentaron las más altas tasas de crecimiento demográfico, donde el área ocupada se extendió vertiginosamente, por lo que el desarrollo urbano de Cali estuvo íntimamente relacionado con las dinámicas migratorias, dado que la ilusión

³⁰ Adolfo Alban analizando las migraciones de negros patianos al Valle del Cauca menciona que: “Hacia la década de los 50’s llegaron al Patía contratistas provenientes de los ingenios azucareros del Sur del Valle del Cauca, en la búsqueda de mano de obra que pudiera satisfacer las demandas de una industria pujante y en expansión. Estos personajes hicieron de puente entre los patianos acostumbrados a prácticas culturales agropecuarias y mineras y el proceso de industrialización del campo que estaba propiciando el desarrollo de pueblos y ciudades. Hecho que hacía posible a los patianos encontrar la posibilidad de salir a “aventurar” (Alban, 1999: 31).

³¹ Tres actividades productivas impulsaron este proceso: en primer lugar la acelerada transformación de la producción agraria por la vía de la industria azucarera a finales de la primera mitad del siglo XX, cuando esta actividad económica se convirtió en el principal sector productivo de la economía regional, en segundo lugar, la dinámica cafetera, que tuvo una fuerte incidencia en la industrialización de la ciudad, dado que alrededor de su estructura productiva (producción, transporte, trilla y exportación) se generó una serie de actividades complementarias ubicadas en Cali, lo cual le dio un rol protagónico en la generación de nuevos empleos y un tercer aspecto, que fue la construcción del Puerto de Buenaventura, que articuló la ciudad de Cali a la economía mundial. (Arboleda, *Ibidem*, Vásquez, *Ibidem*).

progresista de la ciudad atrajo a vastos contingentes de población.³² Una de las necesidades más apremiantes para los migrantes fue encontrar un lugar para vivir, después de los varios recorridos que tuvieron que realizar en la ciudad. En esta dinámica se formó una de las mayores concentraciones de población negra en Cali como lo es el Distrito de Aguablanca.

Por consiguiente, recordar la historia que ha dado como resultado la actual distribución socio-espacial de Cali, implica resaltar la disputa por la apropiación de la tierra como uno de los principales conflictos dentro de su tendencia urbanizadora. Interesa en este apartado destacar la formación del Distrito de Aguablanca, dado que es el sector de mayor concentración de población negra migrante en Cali³³. La configuración de los barrios llamados periféricos o marginales en esta ciudad es el

³² Fue en este contexto donde se desarrollaron las migraciones de la población negra del Pacífico y de la región del Cauca. El historiador Santiago Arboleda (Ibidem) identifica tres etapas migratorias de la población negra nariñense de la Costa Pacífica hacia Cali entre 1960 y 1980: la primera a mediados del 50 y mediados del sesenta, donde las principales causas fueron las dinámicas de violencia con la implementación de los cultivos de caña de azúcar, por lo cual los migrantes llegaron a la ciudad en busca de opciones laborales: esta etapa se caracterizó por movimientos del campo a los centros urbanos regionales de carácter temporal. Básicamente, el principal lugar de destino era Buenaventura que ofrecía un pequeño mercado laboral que rápidamente se agotó y dio paso al papel protagónico de Cali como ciudad receptora. La segunda fase a partir de los setenta, cuando las migraciones se hacían directamente a los centros principales, donde la principal característica fue la disposición del migrante de salir de su lugar de origen debido a que ya había tenido una preparación psicológica-vivencial para adaptarse mejor a la urbe, con retornos relativamente constantes, que oscilaban en un promedio de diez años y básicamente estos llegaban a zonas de invasiones para solucionar los problemas de vivienda y la tercera fase a finales de los setenta, la cual dependió de la anterior y que tuvo como hito histórico el maremoto del año 79 en Tumaco, hasta mediados de los ochenta. La migración se dirigió directamente hacia Aguablanca, pues ya había familias asentadas, por lo que los retornos eran más esporádicos. Fue en esta década, la de los setenta cuando se aceleró la migración de población negra proveniente del Pacífico-Sur, pues dentro de los recién llegados venían los padres, abuelos y familiares mayores, lo que permitió reconfigurar algunas pautas culturales, que como en cualquier situación de migración tuvieron que entrar en procesos de negociación, hibridación y tensión con las prácticas que impone la ciudad.

³³ Este hecho se confirma al observar diferentes indicadores socioeconómicos. Por ejemplo, mirando la vivienda, tal como lo muestra Barbary (2004), en términos globales la concentración residencial es proporcional al color de la piel. Así, “los barrios populares del oriente, donde vive la mitad de la población total de Cali, reúnen un 74% de población negra, 52% de población mulata, pero solo un 49% de población mestiza y un 47% de población blanca; por el contrario, los barrios de clase media y alta (19% del total de la población) alojan a un 24% de blancos, un 19% de mestizos, un 18.5% de mulatos, pero solo un 7.5% de negros”. (Pág. 182). Esto muestra que la concentración residencial en la ciudad va de la mano con las características fenotípicas de las personas, resaltando que entre más negro(a) se es, mayor concentración residencial en los barrios del oriente, es decir, los barrios que conforman el Distrito de Aguablanca.

producto de luchas sociales llevadas a cabo por los sectores populares, *-includidos migrantes negro(as) provenientes de varias zonas-* dada la necesidad de habitar un lugar en ella. La tierra concebida no solo como espacio físico, sino como lugar cultural, simbólico y material alcanzó la noción de derecho, en tanto fue disputada por muchos pobladores a los terratenientes agrarios. De este modo, la tensión entre sectores de la élite caleña y los llegados a la ciudad, generó la actual formación espacial caleña, redundando en la disputa por las tierras rurales en propiedad de las élites vallecaucanas ubicadas en los linderos del perímetro urbano, lo cual significó la base del conflicto social que desde los años cincuenta enfrentó a estos sectores.

De tal modo que el proceso de poblamiento en Cali, concretamente la formación de los barrios del Distrito Aguablanca, se inscribe en la dinámica global del cambio económico, cultural y político producido por la industrialización de la ciudad, donde una de las características fundamentales ha sido su expansión física, debido a que la atracción de gente de otras partes hizo que la necesidad de vivienda llevara a los migrantes a ocupar terrenos por medio de diferentes modalidades. Siguiendo a Arboleda se puede decir que:

Más que la expansión puramente geográfica, el desarrollo urbanizador hay que mirarlo mejor como una concentración de procesos histórico-sociales que provocan el crecimiento urbano, llamando la atención sobre las formas de poblamiento y los modos de ocupación del suelo en diferentes periodos; en la estructuras de propiedad y el uso que del espacio hacen sus habitantes: En última instancia, una indagación acerca de estos aspectos cobraría significado si se rastrean las razones estructurales que hacen posible el desbordamiento continuo de todos los límites (los perímetros urbanos legalmente establecidos) fenómeno concomitante con el proceso de urbanización de Cali (Ibidem: 69-70).

Por lo tanto, el proceso de urbanización en Cali tiene su punto de inicio en los años cuarenta, alcanzando su mayor desarrollo entre el cincuenta y la década del setenta, precisamente cuando el crecimiento demográfico, a raíz de las migraciones había logrado estabilizarse (Arboleda, 1998, Urrea y Murillo, 1999, Vásquez, 2001). A finales de los años cuarenta en el contexto de la industrialización, las migraciones habían contribuido significativamente al crecimiento demográfico y su consecuente urbanización. La atracción de pobladores rurales y de ciudades intermedias hacia las ciudades de mayor concentración de recursos económicos que llegaron en busca del sueño -no siempre cristalizado- de vivir mejor en ellas atrajo un nuevo sujeto histórico, el migrante(s), donde la falta de un espacio para habitar constituyó una de las principales demandas sociales. Ante la falta de vivienda gran parte de los “buscadores de territorios urbanos” se dirigieron hacia la zona del oriente a poblar terrenos de cultivos rurales, en zonas cenagosas e inundables, conocidas como ejidos³⁴.

Posterior a 1950 con el fortalecimiento del sector terciario de la economía, en el marco de la industrialización se dio el cambio de la estructura ocupacional, dejando como consecuencia el crecimiento demográfico y los cambios en la estructura poblacional. La expansión urbana fue un resultado directo y casi automático, pues la atracción de pobladores migrantes que no lograron insertarse en la estructura ocupacional dejó a mucha gente sin recursos para acceder a los bienes de consumo y sin posibilidades de obtener vivienda. De este modo, la demanda por la vivienda significó la producción de conflictos sociales, donde la formación de barrios populares en las zonas ejidales hizo que se ampliara el perímetro urbano. Así, la segregación socioespacial tomó su forma como expresión popular y obrera con fuerte participación de pobladores migrantes.

³⁴ Se conocía como ejidos a las tierras cenagosas e inundables que se ubicaban en las afueras del perímetro urbano, caracterizadas porque su uso era básicamente agrícola.

Con el desarrollo urbano, las zonas céntricas comenzaron a adquirir un nuevo sentido, como suelos comerciales y financieros, espacios recreativos e institucionales y lugares de concentración de las industrias. No hay que olvidar que los primeros migrantes que llegaron a la ciudad se ubicaron en las zonas del centro en casas de inquilinato. Por medio de las redes sociales que servían como canales de comunicación sobre lo que pasaba en la ciudad y en los pueblos de origen se fue dando paso a un conocimiento sobre como vivir en este nuevo espacio. Fue a través de estos canales y los vínculos de líderes barriales con políticos de los partidos tradicionales que se fue adquiriendo la información sobre los suelos deshabitados, esto es, sobre los ejidos ubicados por fuera del perímetro urbano legal, por lo cual las personas comenzaron a desplazarse del centro a las periferias, a medida que los espacios céntricos se convertían en zonas industriales, comerciales e institucionales.

Una vez saturado y densificado el casco urbano, la ciudad se expande horizontalmente y se ocupa la periferia con distintos programas y tipos de urbanización legal e ilegal dependientes de la categoría social de los usuarios. Social y políticamente entran en pugna los antiguos residentes y los migrantes, como manifestación física se acentúa la segregación socioespacial y la desigualdad en la prestación y dotación de servicios públicos y equipamientos comunales: El Estado responde a la creciente demanda de techo y de servicios con programas oficiales de vivienda orientados fundamentalmente a los estratos de bajos ingresos, la empresa privada por su parte desarrolla planes atractivos para las clases media y alta, construyéndose los barrios periféricos para pobres. (Aprille y Mosquera, 1984: 45)

En consecuencia, debido a que el centro empezó a ser ocupado para el uso comercial y financiero del espacio, los pobladores se desplazaron hacia los extremos: las clases medias altas al norte y populares al sur -populares pero no marginales-, mientras que los

sectores pobres se dirigieron al sur oriente.³⁵ Precisamente, es a partir de los años setenta cuando se dio paso a la formación de la zona de mayor concentración de pobladores negro(as) migrantes: El Distrito de Aguablanca.

El Distrito es un amplio sector geográfico-cultural compuesto por población de origen migrante (negro(as), mestizo(as) y blanco(as)) de varias procedencias y ciudadanos pobres, ubicado al sur oriente de la ciudad, su tamaño poblacional alcanza 380.000 habitantes en 1998, compuesto de 39 barrios, correspondientes a las comunas 13,14 y 15. La mayoría de sus barrios se ubican en los estratos 1, 2 y 3. (Rojas, 1999). (Ver anexo 3). El proceso de poblamiento de este sector se desarrolló en la lógica estructural de la urbanización que mantuvo la tendencia a expandir los límites espaciales legalmente constituidos, en el contexto histórico de dinámicas nacionales, regionales y locales de procesos migratorios, urbanización y apropiación de suelos, con la intermediación de partidos políticos tradicionales y sectores de izquierda que recogieron el clamor de los pobladores por la vivienda y se erigieron como sus representantes ante los organismos municipales y las elites vallecaucanas propietarias de las tierras ocupadas. De ahí que:

³⁵ Básicamente, este tipo de poblamiento sigue el modelo clásico de *centro-periferia*. Es similar al utilizado por Carrión (1997) en Quito para analizar la configuración espacial-residencial en esta ciudad. Al adoptar este modelo para explicar el comportamiento de la organización territorial urbano, se manifiesta la importancia que adquirió el suelo en su versión de arrendamiento. Así, el tránsito de tierra agraria a urbana (constitución) y su conversión posterior en suelo urbano (habilitación) hizo que la tierra adquiriera precios más elevados en determinadas zonas, particularmente en las zonas de renovación, donde la readecuación de las zonas céntricas llevó a las clases históricamente pudientes a desplazarse a zonas cercanas donde el uso del suelo adquirió un valor comercial y financiero mientras que la expansión se desarrolló en las zonas periféricas pobladas por gente con escasos recursos. Así, las tierras del centro histórico que paulatinamente se devaluaron con la llegada de pobladores pobres en calidad de inquilinos, adquirieron precios intermedios, contrario a las tierras del norte que empezaron a tener precios más elevados, a diferencia de las tierras en la periferia con precios bajos, lo cual llevó a la concentración poblacional de estos terrenos, con valores de renta menos costosos pero también menos aptos para vivir. De este modo, el crecimiento urbano se orientó hacia el centro y el nororiental. Por lo tanto, mientras el centro se vio abocado a procesos de renovación, la periferia a procesos de expansión.

El proceso de poblamiento masivo de Aguablanca se produce entre 1977 y 1995, los primeros grupos eran habitantes de la ciudad de entonces, obreros y trabajadores asalariados en búsqueda de vivienda y un lugar propio en la ciudad, posteriormente llegaron nuevas oleadas de las mismas regiones de procedencia de la región a la extensa zona pantanosa e indudable (Rojas, *Ibidem*: 24).

En los años cuarenta las tierras que estaban en control de las élites vallecaucanas se convirtieron en objeto de disputa y negociación, en la medida que el crecimiento demográfico, su consecuente urbanización y la tenencia monopólico de éste recurso en los alrededores de la cabecera municipal fueron los factores que incidieron en la decisión de los migrantes para dirigirse hacia el oriente a poblar. (Urrea y Murillo, 1999). Debido a la urbanización, los terrenos rurales fueron adquiriendo valor comercial como suelos urbanos por lo cual los propietarios aprovecharon la demanda de tierras, debido a su conversión en valor de uso, para rentarlas como suelos urbanos con mayor valor de renta³⁶.

Sin embargo, el proceso de poblamiento del Distrito de Aguablanca alcanzó su mayor magnitud a partir de 1970, cuando la población migrante provenía en su gran mayoría de la Costa Pacífica nariñense (Tumaco y sus zonas rurales). Concretamente, en esta etapa las migraciones llegaron directamente a esta zona, donde la principal modalidad de poblamiento fueron las invasiones³⁷. En este mismo período el poblamiento hacia el oriente presentó su mayor magnitud, llevando a la formación de barrios populares en las comunas 7,10,11,12 y 16 que fueron las más características de población negra y

³⁶ Es necesario destacar que a medida que se expandía la ciudad, los sectores populares requerían de vivienda, situación que fue aprovechada por líderes políticos de partidos tradicionales y organizaciones de izquierda, quienes se apropiaron de la reivindicación popular ayudándoles en los procesos de movilización y organización popular.

³⁷ Tres modalidades de poblamiento han sido identificadas en la formación de los barrios del Distrito, a saber; 1) la venta de lotes por urbanizadores piratas o legales, 2) las reubicaciones de zonas con deficiencias para habitarlas y 3) las invasiones de terrenos ejidos. Esta última constituye la forma de poblamiento más utilizada en el Distrito de Aguablanca. Ver: (Arboleda, 1998, Urrea y Murillo, 1999 y Rojas, 1999).

mestiza pobre, procedente de diferentes regiones del Pacífico, pero principalmente de la costa nariñense. Según Urrea y Murillo (Ibdem) la población migrante provenía principalmente de Buenaventura y del departamento del Chocó, de centro y del sur del Valle del Cauca y en menor proporción de la costa pacífica sur. Los asentamientos se constituyeron en base a las redes familiares y dinámicas de paisanaje³⁸.

Las invasiones se hicieron en terrenos que pertenecían a grupos privados, quienes dedicaban esas tierras al cultivo agropecuario en zonas adyacentes a caños y lagunas, tierras inundables y ejidales. Así, “los terrenos negociados con intervención de la administración municipal y del antiguo ICT³⁹ y luego INVICALI fueron el resultado de la presión popular que bajo el potencial riesgo de invadir terrenos hizo que los propietarios y familias representativas de las elites caleñas prefiriesen negociar sus terrenos ante la avalancha irreversible de nuevos pobladores”⁴⁰.

Por lo tanto, las invasiones con fuerte impacto en los setenta contaron con la participación de la población negra, donde la recuperación de ejidos llevó a la formación de organizaciones populares, dinámicas de titulación de suelos de propiedad y procesos de invasión con pobladores negro(as) migrantes, originarios del departamento del Valle del Cauca y paisas⁴¹ pobres, quienes se movilizaron en pro de la

³⁸ La dinámica de urbanización al oriente no se dio por casualidad, sino porque los migrantes poseían información sobre ellas, pues no hay que olvidar que las redes de comunicación (familiares y de paisanaje principalmente) entre los migrantes y vallunos circulaban en espacios de trabajo, fiestas, etc., por lo cual, se fue expandiendo el conocimiento sobre estas tierras en las afueras de la ciudad.

³⁹ Instituto de Crédito Territorial. Entidad encargada de regular la vivienda en el departamento del Valle, reemplazado por INVICALI.

⁴⁰ Pero como era de suponer, la negociación por parte de los terratenientes llevó a que se les reconociese la valorización de los predios que ya tenían una alta demanda urbana, así fuese para los más pobres, es decir, trataron por todos los medios de cobrar la renta urbana apoyados en la municipalidad y los partidos políticos tradicionales (Urrea y Murillo, Ídem).

⁴¹ Pertenecientes a la región cafetera de Colombia, especialmente se les denomina a los habitantes de Medellín.

consecución de vivienda. Tal como lo afirma Arboleda (Ibdem), esta invasión fue popular y obrera y es la base de la segregación socioespacial de la ciudad de Cali.

De este modo, al crecer el número de hogares, proliferaron las invasiones debido a la demanda de espacio urbano; fue en este contexto que nacieron los barrios negros⁴² en Cali, ubicados al nororiente de la ciudad, una ciudad que creció bajo la compleja dinámica social de los movimientos poblacionales, de la concentración urbana impulsada por la ilusión modernizadora que catapultó a las ciudades como centros del desarrollo económico y un lugar de conquista para lograr un mejor vivir. Así surgieron los barrios populares de alta concentración negra en El Distrito de Aguablanca de Cali, dentro de los cuales se encuentra el barrio El Retiro⁴³, ubicado en la Comuna 15, fundado dentro de la dinámica de poblamiento de lo que se conoce como invasiones, pues en el año de 1972 la mayoría de habitantes ocupaban la orilla de un caño de aguas residuales conocida como Cinta Larga. (Ver anexo 4).

En 1980 fue sometido a un proceso de reubicación, debido a la presión que los habitantes hicieron a las entidades municipales por mejores condiciones de vivienda, lo cual llevo a INVICALI a agilizar el proceso, entregando lotes de 15m por 5m a un costo de \$7.000 que los pobladores empezaron a pagar por cuotas. Actualmente esta conformado por cerca de 800 a 1000 viviendas (Urrea y Murillo, 1999). Su población es

⁴² Lo cual no alude a asentamientos donde solo convive población negra, pues realmente en Cali no hay barrios conformados solo por población afro. Hago alusión al hecho de que son espacios constituidos con un fuerte peso demográfico de gente negra migrante, quines han recreado y reconstituido pautas culturales traídas de sus diferentes regiones de origen que se han mezclado con las dinámicas urbanas.

⁴³ En los últimos cinco años, el Barrio El Retiro ha sido objeto de programas institucionales, tendientes a regular el conflicto. En el 2001 se llevó a cabo un programa de pacto entre pandillas. No obstante, la realidad del barrio no ha cambiado mucho desde entonces. Ver. (El Pais, Marzo 13 de 2004). En el 2004 siguieron las intervenciones a través del programa llamado “Desaprendizaje de la Violencia” desarrollado con recursos del Banco Interamericano de Desarrollo (BID). Ver (El Pais, Marzo 7 de 2004 y Octubre 24 de 2004).

en un 90%, negra de origen migrante, proveniente de la Costa Pacífica y catalogado como uno de los lugares más peligrosos de la ciudad. Imagen expresada tanto por los pobladores de los barrios del resto de la ciudad, como por los que viven a lo largo y ancho de esta zona. Es precisamente, en este barrio donde se realizó el trabajo de campo, con el fin de indagar las representaciones que los migrantes negros tienen de su territorio urbano conquistado a más de veinte años de su origen.

Tal como he registrado, la segregación espacial, tanto en Quito como en Cali se ha producido en el contexto del cambio social generado por la modernización capitalista, donde la población negra migrante jugó un papel relevante. ¿Cómo son vistos estos barrios hoy? ¿Cuáles son las dinámicas internas que se presentan en ellos? ¿Cómo son representados por sus habitantes y por aquellos que solo conocen de ellos a través de informaciones casuales? En el siguiente capítulo intento responder estos interrogantes al analizar las representaciones que sobre estos barrios se construyen desde afuera y desde adentro. Si se considera que el sentido es producido por los actores en relación a las prácticas que desarrollan en sus espacios concretos, interesa enfatizar en el análisis de las representaciones que construyen los migrantes negro(as) en estos territorios urbanos.

CAPITULO 3

LOS BARRIOS NEGROS EN CALI Y QUITO Y SUS REPRESENTACIONES EXTERNAS

3.1. Aguablanca y El Retiro: imágenes del crimen y del folclor desde una representación externa:

Difícilmente uno pueda dar con una configuración urbana que haya sido (y aun sea) la depositaria de tantas (la mayoría de las veces malas) representaciones, de tantas esperanzas en el pasado y de tantos miedos en el presente

Javier Auyero⁴⁴

El epígrafe que inicia este apartado refiere a contextos geográficamente distantes como son los guettos norteamericanos y las Villas Miseria en Argentina. Aunque obedecen a otras latitudes y son producto de realidades históricas distintas, me atrevo a decir que hay un factor convergente que une la lejanía de estos espacios de la diferencia y algunos barrios de alta concentración de población negra en Cali. Este aspecto común gira en torno a su representación como escenarios del crimen, el conflicto y la cultura en su versión folclorizada.⁴⁵ Básicamente, me centraré en dos imágenes producidas sobre el Distrito de Aguablanca, dentro del cual se ubica el barrio El Retiro: en primer lugar se lo imagina como un contexto peligroso, habitado por jóvenes delincuentes, quienes serían los encargados de generar los conflictos en su interior, debido al enfrentamiento entre pandillas que se disputan territorios internos, siendo catalogados como espacios del miedo. Imagen comúnmente expresada en las esferas institucionales, en los medios

⁴⁴ Prologo, "Introducción. Claves para pensar la marginación" En: "Parias Urbanos", Wacquant (2001)

⁴⁵ Las características son más viables entre los guettos estadounidenses y los barrios de Cali, debido a la relación raza y espacio; sin embargo, el hecho de ser representados como lugares de la "desorganización social" es un elemento transversal que los une a pesar de sus distancias.

de comunicación y en la cotidianidad, creando la idea en el resto de la ciudad de que El Distrito de Aguablanca en su conjunto es un sector de negros,⁴⁶ por lo cual, las expresiones de violencia estarían asociadas a factores congénitos por el tipo de gente que lo habita.

En segundo lugar, cuando se emiten mensajes que pretenden mostrar los rasgos positivos sobre estos lugares se acude a representaciones folclorizadas que terminan reproduciendo imágenes estereotipadas. Así, la raza y el espacio cultural estructuran dos categorías que sostienen una representación de El Distrito como un sector de negros violentos, delincuentes, pandilleros y un territorio de la riqueza cultural, pero desprovista de cualquier intento por entenderla en sus potencialidades político-organizativa. Aunque la categoría de negros no sea mencionada, sobre todo en los medios de comunicación por las implicaciones políticas que esto generaría, es evidente que la representación racializada del espacio esta incrustada en el imaginario de la ciudad.

Particularmente, el escenario de violencia constituye un hecho por el cual El Retiro es conocido, tanto en el sector del Distrito de Aguablanca del que forma parte como zona marginalizada, lo cual lo ha marcado como una “periferia dentro de la periferia” y por supuesto en el resto de la ciudad, imagen difundida especialmente por los medios de comunicación, sobre todo en épocas de aguda tensión, llevando a que estas imágenes se hayan interiorizado en el imaginario social y aún en sus propios habitantes, quienes no dudan en caracterizar el sector como un lugar peligroso. Cuando las situaciones de

⁴⁶ Este tipo de representación niega la diversidad racial y cultural existente en el Distrito, pues a pesar de lo señalado en el capítulo anterior, dentro de su composición demográfica hay un número significativo de mestizos, paisas, y otros grupos, y sin embargo se lo ve como lugar de negros. Ver Barbary (2004), Arboleda (1998), Urrea y Quintín (2004).

conflicto son constantes en algunos barrios del Distrito, el despliegue periodístico es abrumador, al punto que se pretende indagar por una “cultura de la violencia”, tal como aparece en un titular del diario más importante de Cali.

“Hay una cultura belicista”

Seguridad. Entre enero y febrero hubo 186 asesinatos en Aguablanca; El País analiza: “Iremos ajustando las medidas de seguridad, porque de lo contrario vamos a reventar la ciudad”, dijo la Subsecretaria de Policía y Justicia. En diez años han matado 500 estudiantes de un colegio, afirma profesor. “Hay relajamiento moral en la sociedad”, sostiene un fiscal. (marzo 14 de 2004)⁴⁷

Sin pretender desconocer que los informes dan cuenta de una realidad vivida por las personas, es tanto el peso ideológico del discurso de la oficialidad, en tanto discurso del poder, que se logra introducir en la conciencia de su propios habitantes, a tal punto que el conflicto termina siendo explicado en razón de factores endógenos que atribuyen las causas a una supuesta pérdida de valores morales y no por los factores externos económicos y políticos que han determinado la configuración del barrio como espacio deprimido y periférico.

Aunque no se debe ocultar la situación conflictiva de la zona, pues es un hecho los enfrentamientos entre pandillas, atracos, robos y homicidios, lo preocupante es que los conflictos son atribuidos a conductas y comportamientos de la gente que lo habita. Este tipo de mensajes solo se reducen a describir la realidad, debido a la inmediatez del suceso noticioso, desconociendo las causas objetivas, históricas y estructurales que conectan estas zonas al conjunto metropolitano en condición de marginalizadas. De tal

⁴⁷ Todos los fragmentos han sido extraídos del diario El País que circula en la ciudad de Cali.

modo que el origen de los conflictos es percibido en razón de causas internas, producto de las conductas de sus habitantes y hasta por el origen de quienes lo poblaron⁴⁸.

De esta manera, es a partir de este tipo de representaciones que las acciones militares de refuerzo policial son ejecutados por las administraciones municipales y en algunos casos legitimadas por sus habitantes, en tanto desde afuera se pretende dar solución a los problemas internos por la vía de la represión y la presencia policiva, haciendo que la gente no tenga muy presente que las decisiones políticas y la dinámica económica de la ciudad producen la “pauperización” del barrio, mostrando la imagen de una violencia de “negro contra negro,” de jóvenes pandilleros que se autoeliminan, y dejando al barrio a la deriva del destino⁴⁹.

Si tenemos en cuenta, siguiendo a Martini (2000:105) que “el sentido de credibilidad de un discurso periodístico se cruza con otras series de verosímiles culturalmente compartidas que permiten su legitimación,” informaciones de esta naturaleza dejan la sensación de que los conflictos tienen causas individuales y no falta el que piense que responden a caracteres biológicos de una supuesta “agresividad natural” de los negros,

⁴⁸ Incluso, muchos habitantes atribuyen el origen de los conflictos en el barrio por el hecho de que fue fundado por migrantes. “Para la mi el problema de El Retiro es simplemente porque esto ha sido un barrio de colonos, esto es una colonia, no tanto de desplazados, lógicamente que uno se desplaza cuando se viene de su tierra a otra ciudad se desplazada, pero no como lo que ahora le llaman desplazado, pero El Retiro es un barrio que es rara la cuadra donde vos llegas y es rara que no ves un sobrino, un primo que vivan en la misma cuadra”. (Antonio Hurtado). Entrevista realizada en septiembre 12 de 2005.

⁴⁹ Como indica Wacquant (2001) para los guettos norteamericanos, esta representación expresa es la violencia de negros contra negros, por lo que se reproduce una imagen pública del guetto como un espacio violentamente patológico, reemplazando la imagen del guetto comunitario de los años cincuenta que reivindicaba un derecho colectivo de igualdad por el hiperguetto de los años ochenta, centralizado como noticia por su conflictividad interna y ya no por su reivindicación colectiva de orgullo negro. Tal como lo dice don Antonio Hurtado, es el barrio que se autoelimina, donde el primo se elimina con el primo, hermano, contra hermano, mientras que la “ciudad” sigue de espaldas a una realidad que no le interesa comprender más allá de la percepción estigmatizante que se asume como propia y congénita de esa territorialidad. Así se fundamenta la visión patológica que asume a estos barrios como expresiones de desorganización social, desconociendo que se trata de otro tipo de organización social determinada por la estructura objetiva que se le impone.

por lo cual se justifica cierta forma de dominación racial y criminalización de sus pobladores, fundamentada en la verosimilitud construida a través del texto periodístico. Por ejemplo, en el transcurso del 2004, cuando los índices de violencia aumentaron, las medidas represivas no se hicieron esperar. Los informes de prensa reproducían la información proporcionada por las fuentes oficiales, sin presentar informes detallados que explicaran las causas del problema:

Policía pide más plata para combatir el crimen Seguridad. General Jorge Daniel Castro solicitó al Alcalde de Cali que se ejecute el presupuesto de este año. El aumento del pie de fuerza, el envío de parque automotor y la creación de un distrito policial en Aguablanca, serán algunas de las estrategias para combatir la violencia en la capital del Valle. Los recursos del Municipio son inferiores a las necesidades de la institución, dijo Castro. (Octubre de 2004).

Aunque no necesariamente, los informes de prensa tengan la intención de reproducir este tipo de representaciones, lo cierto es que el espacio del medio escrito se convierte en un canal de mediación, por el cual se difunden las visiones de las entidades municipales, particularmente de las fuerzas públicas, quines constantemente endilgan culpabilidad a los habitantes de las barriadas marginales de Aguablanca, de tal modo que la noticia que proviene de la prensa genera un régimen de verdad, mediante el cual la realidad queda configurada por las percepciones de las entidades oficiales, sin ahondar en explicaciones que permitan desconstruir las imágenes esquematizadas que asocian Distrito, población negra, conflicto y folclor.

En consecuencia, la representación del sector como espacio del peligro lleva a justificar la presencia de la policía como la única vía para “pacificarlo”. La intervención institucional en barrios como El Retiro y muchos otros del Distrito de Aguablanca,

además de las ONGs, se reduce a la del policía que representa la imagen del “pacificador” que con la fuerza del poder que le otorga su uniforme, se lo concibe como el más indicado para afrontar con mano dura los problemas que se presentan en un escenario tenso, sin que necesariamente este tipo de acciones signifiquen soluciones a largo plazo. Medidas de esta naturaleza no están distantes de la lógica que se impone en todo el país, *el discurso de la seguridad democrática*⁵⁰, muy en boga en el imaginario nacional, el cual ha terminado siendo legitimado al introducirse en lo profundo del inconsciente colectivo, pues se acepta la idea de que la seguridad que brinda las fuerzas armadas del Estado constituyen la solución a los problemas que siempre han tenido causas sociales y que se reproducen en el barrio a manera de violencias cotidianas.

Estos discursos pone énfasis en los resultados de la lucha contra la delincuencia, medidos por el número de capturas, de encarcelados, allanamientos y no en las dinámicas sociales que producen situaciones de conflicto. Tal como lo afirmó el actual secretario Municipal de Cali Miguel Yusti, quien ha pedido del presidente Álvaro Uribe, luego de evaluar las medidas aplicadas desde marzo del 2004 llegó a la conclusión de que los homicidios en la ciudad se localizaban en los barrios del Distrito, por lo que la ejecución de las políticas de seguridad fueron sectorizadas.

Esto significa que los homicidios se producen en determinadas comunas y barrios y no en toda la ciudad. Por eso el modelo que pensamos aplicar ahora es focalizado. A partir de mayo vamos a apostarle a dos cosas, primero a concentrar más la intervención y en segundo lugar a generar una cultura de convivencia. Los barrios que tendrán que cumplir una serie de medidas de seguridad, en su mayoría están ubicados en el Distrito de Aguablanca, la zona de ladera y el centro de la ciudad (Abril, 30 de 2004).

⁵⁰ Esta política se implementó en el gobierno del actual presidente Álvaro Uribe Vélez.

Lo preocupante de los informes que se emiten a través de la prensa escrita es que son reforzados con imágenes visuales de pobladores que regularmente responden al fenotipo negro, con lo cual se brinda un texto acompañado de fotografías que reproducen la representación estereotipada de la violencia. Al parecer, el mensaje de fondo parece indicar que el crimen esta asociado a la cualidad racial, sin que necesariamente quede explicito en el texto. De ahí que “El material ilustrativo (fotografías, gráficos, dibujos) se constituya cada vez más en el punto de anclaje para la atención del lector. Las fotografías adquieren un valor significante en la construcción del verosímil: lo que no alcanza a describir las palabras lo muestran las imágenes y agregan la fuerza del testimonio” (Martini, Ibidem: 109).

Distrito de Aguablanca. Una menor, de 12 años, recibió un disparo cuando dos pandillas se enfrentaban. A pocas cuadras, la dos pandillas que, como muchas otras veces se enfrentaban en las calles del Distrito de Aguablanca, continuaron su guerra ajenos al cuerpo sangrante de Daniela tendido en el pavimento de la Carrera 34A con Calle 46A, del barrio El Vergel.



VICTIMAS INOCENTES. La guerra entre pandillas en el oriente de Cali, que en los últimos días se ha recrudecido, ha dejado una estela de sangre en este deprimido sector de la ciudad. Y los niños, víctimas inocentes de la violencia, han sido los más perjudicados. El caso de Daniela no es el único hecho trágico que se ha presentado esta semana. Tan sólo el miércoles pasado, miembros de una pandilla del barrio Mojica II por hurtar una bicicleta abrieron fuego indiscriminadamente, hiriendo a una pequeña de 4 años en el

hombro izquierdo. La niña es atendida en el Hospital Universitario del Valle. (Enero 9 de 2004).



En los operativos realizados en la noche del lunes del Distrito de Aguablanca, 180 personas fueron conducidas a las Estaciones de Policía para investigación. (Abril 28 de 2004).

Cuando nos fijamos en las imágenes que acompañan los textos periodísticos, se nota claramente que las personas negras aparecen reforzando el mensaje, dejando la sensación de que en estos lugares solo vive población afro y recargando el significante de negro equiparado a violencia. Por lo tanto, al ser representado como un espacio de negros y de delincuentes en la prensa, se despliegan dispositivos de seguridad que expresan las políticas de racialización del espacio, en base a imágenes que sustentan el texto escrito, reproduciendo estereotipos sobre una identidad que ha sido fijada en el tiempo, a partir de un “repertorio de imágenes y efectos visuales a través de los que la diferencia se representa en cualquier momento histórico como un régimen de representación” (Hall, 1997).

Estas representaciones que emanan de los discursos del poder dominante, son interiorizadas en los mismos personas habitantes de estos barrios sobre los que recaen estas percepciones. Particularmente, las visiones del peligro son reproducidas constantemente en los medios de comunicación y en las instituciones oficiales, especialmente por los organismos de seguridad que se materializan en medidas policiales que algunas veces encuentran complacida en la legitimación de los propios habitantes a quienes se les aplican las medidas represivas.⁵¹

De otro lado, cuando se pretende evidenciar los aspectos positivos de la cultura negra en zonas periféricas como el Distrito, las imágenes se acompañan de las representaciones estereotipadas que revierten en ideas folclorizadas de concebir el aporte de los afros a la cultura del país. Si bien, es loable el hecho de rescatar las manifestaciones artísticas y culturales que enaltecen el orgullo de las poblaciones negras, las imágenes difundidas en los medios no tiene la intención de subvertir este tipo de representaciones; por el contrario se ejercen prácticas de reafirmación de los espacios negros en la doble imagen del peligro y de las imágenes folclorizadas. Particularmente la representación folclórica redundante en expresiones de un nuevo racismo, fundamentado en el discurso de la tolerancia. En palabras de Zizek, podríamos decir que estas representaciones son expresión de:

La “tolerancia” liberal que excusa al Otro folclórico, privado de su sustancia (como la multiplicidad de “comidas étnicas” en la megalópolis contemporánea), pero denuncia a cualquier Otro “real” por su “fundamentalismo”, dado que el núcleo de la Otredad está en la regulación de su goce: el “Otro real” es por definición “patriarcal”, “violento”, jamás es el otro de la sabiduría y las costumbres encantadoras. Uno se ve tentado aquí a reactualizar

⁵¹ Sin embargo, este tipo de construcciones que se fundamentan sobre la realidad conflictiva en muchos barrios del Distrito de Aguablanca es muy compleja, porque, aun, algunos habitantes aceptan la presencia policial como única vía para solucionar los conflictos, mientras hay quienes condena este tipo de presencia estatal, pues consideran que esto solo lleva a agudizar las tensiones, debido a que en no pocos casos, los mismos uniformados se ven involucrados en ventas de armas a las pandillas juveniles.

la vieja noción marcuseana de “tolerancia represiva”, considerándola “ahora como la tolerancia del Otro en su forma aséptica, benigna, lo que forcluye la dimensión de lo real del goce del otro” (1998. 157).

Aguablanca mostró su cara amable



Entre calles polvorientas, ranchos de esterilla y casas a medio construir palpita un potencial por pulir. Esta fue la cara positiva que quisieron proyectar en el evento (Julio 23 de 2004).

Es destacable, como en este texto, acompañado de las imágenes de unas niñas danzando se configura un dispositivo simbólico que expresa las representaciones estereotipadas que se apoyan en los movimientos rítmicos corporales que parecen emitir un sentido de sensualidad casi exótica. Sin embargo, lo más curioso es que estas manifestaciones artísticas son concebidas como prácticas que se desarrollan dentro de lugares polvorientos, ranchos de esterillas y toda una serie de descripciones que recrean un ambiente deprimido, donde existe “un potencial por pulir”, lo cual indica que las danzas no alcanzan la grandeza estética y artística, pues son vistas como expresiones rústicas que apenas alcanzan a ser un potencial, “manifestación artística-cultural” en proceso que debe ser mejorada.

Así visto, el espacio barrial por medio de una representación desde afuera, es decir, la que comúnmente se manifiesta en los discursos de los funcionarios públicos, que encuentran su eco resonante en los mensajes periodísticos, y que se incrusta inevitablemente en la cotidianidad, he intentado mostrar como el Distrito de Aguablanca, sector al que pertenece al barrio El Retiro, constituye un espacio representado sobre la base de lo que Hall (Íbdem) llama *el espectáculo del otro*, entendiendo que el sector en su conjunto es imaginado a partir de la diferencia racial que lo caracteriza y por la condición espacial por la cual ha sido y sigue siendo percibido, es decir, a través de una imagen que es leída a partir de la *diferencia racializada del espacio*. De este modo, raza y espacio cultural significan pues, las dos caras de una misma moneda, desde la cual se fija una representación estereotipada que tiene implicaciones en la vida concreta de las personas, aún, en el hecho de que termina siendo asumida por los propios sujetos que la padecen.

Colonias. Nariñenses, caucanos y paisas dicen que aportan empleo y ayuda social.

Cali, un hervidero de diversidad cultural.

Los paisas, por ejemplo, se sienten orgullosos de dar empleo con sus panaderías y autoservicios, al igual que los pastusos. A su vez, los caucanos apoyan los eventos sociales y los negros afirman la cultura del Pacífico.



(Julio 25 de 2004).

De ahí que podemos inferir que cuando en la prensa, la población negra se hace visible como protagonista de la ciudad, las representaciones muy pocas veces trascienden los modelos estereotipados por los cuales se pretende dar cuenta de la(s) negritud(es). Su aporte cultural reducido a las danzas o expresiones como el rap, parecen ser todo el acervo. Pues mientras los paisas son vistos como “la raza pujante” generadora de empleo, motor de la economía, los negro(as) aportan danza y tradición, grupos del folclor, desconociendo que también aportan a la economía, a través de los restaurantes, sevicherías, que no solo son espacios culturales, sino fuentes de empleo en una ciudad en crisis como Cali. Estas representaciones forman parte de lo que Peter Wade (1997) denomina *la regionalización de la raza*, para indicar que las identidades en Colombia han sido construidas sobre una representación racializada y cultural del territorio nacional que asocia raza y cultura con región. En esta construcción hay regiones que han adquirido un mayor estatus político, económico y aun cultural y otras que son vistas por sus aportes “tradicionales” como la región Pacífica colombiana.

Podríamos decir que en las ciudades esta representación se reproduce con diferentes matices, en la medida que los territorios barriales están sujetos a dinámicas de mediación social, donde se mezclan elementos de la cultura urbana-popular con manifestaciones culturales de migrantes que se mestizan en las urbes. No obstante, en términos de representación, los barrios donde la población negra de origen migrante tiene una fuerte presencia, este imaginario sigue teniendo un peso significativo.

Con danzas, Aguablanca exorcizó la violencia

Este fin de semana fueron asesinadas 18 personas en el oriente de Cali. La Policía Metropolitana y Fundación Sentir Folklórico quisieron arrebatar a los pobladores de esta zona de los brazos del crimen.



Con cada movimiento de sus voluptuosas figuras, con cada frase de una canción de rap los jóvenes de Aguablanca exorcizaron la muerte. Lanzaron un embrujo moviendo cadenciosos la cadera para que la violencia saliera del alma de sus barrios que este fin de semana padecieron una racha criminal. De los 24 crímenes que se presentaron en el área metropolitana entre el viernes y el domingo pasado, 18 fueron en Aguablanca. (Mayo, 25 de 2004).

De ahí, que en términos de un régimen de representación, la construcción del Distrito como lugar de negros y peligroso, escenario del crimen y del folclor, en una visión despolitizada, asocia una serie de estereotipos que tocan la fibra telúrica del espacio social habitado por medio de representaciones que influyen en la exclusión social del sector del sistema metropolitano, pues la imagen que se le ha dado lo han congelado en el tiempo a partir de la representación dualista del goce corporal y del miedo. Retomando a Said, se podría decir que este tipo de imágenes envuelven el “objeto de la representación” en un *eterno intemporal*, por lo que “los objetos son lo que son porque son lo que son de una vez y para siempre, por razones ontológicas que ningún material empírico puede expulsar o alterar” (Said, 1990: 98).

Si esta es la representación eternizada de El Retiro y del Distrito de Aguablanca ¿qué efectos tiene esto en la vida concreta de quienes lo habitan? Si es percibido solamente como lugar del crimen, ¿Cuáles son las medidas tomadas para controlar este tipo de problemáticas? Si sus actividades creativas se reducen a la visión folclorizante que da

cuenta solo de su dimensión erotizada, casi exótica ¿Qué tipo de intervenciones se desarrollan en estos sectores?

Como he demostrado, las medidas policiales han sido y siguen siendo la única vía concebida para solucionar problemas que tiene raíces profundamente sociales, ancladas en la desigualdad y en la exclusión, que por ejemplo se expresa en las pocas posibilidades de acceder al empleo que tienen sus habitantes. Así mismo, los programas de intervención de las ONGs y entidades institucionales del municipio recaen en programas encaminados a “potenciar” las prácticas culturales, siempre y cuando éstas no reviertan en procesos organizativos por el cual los habitantes puedan demandar al Estado programas sociales y hacer de la riqueza artística proyectos de sostenibilidad económica o de mejoramiento de infraestructura en el barrio. De ahí, “que lo que reemplaza a la invisibilidad es cierta clase de visibilidad cuidadosamente segregada, regulada, pero el hecho de nombrarlo como “lo mismo” simplemente no ayuda” (Hall, 2003: 3).

En consecuencia, por medio de las representaciones se puede constatar que la diferencia racializada del espacio, percibida como periferia, esta en el centro de la imaginación que la produce, siguiendo a Babcock, citado por Hall (2001), por lo tanto, “lo que es periférico es a menudo simbólicamente centrado.” De tal modo, que desde las prácticas representacionales construidas y ubicadas en el exterior del Distrito, es decir, en el espacio amplio de la ciudad, Aguablanca y El Retiro en particular, son imaginados como espacios de negros mediante el cual se reproducen representaciones estereotipadas que asocian hechos y actividades relacionadas al parecer a una cualidad ontológica del

ser negro y un lugar de la violencia, es decir, una diferencia centralmente simbólica pero materialmente periférica.

3.1.2. Barrios de la negritud en Quito, territorios anónimos en la ciudad. ¿La cara oculta de las representaciones?

En la ciudad se crearon barrios en donde habita mucha gente de la Costa. Espacios exclusivamente de la negritud, como África Mía, Carapungo, Carcelen, La bota, La Ferroviaria, Atacucho, Santa Anita, La Roldós, La Pisuli, Santa Bárbara, Chillogallo, Comité del Pueblo y San Carlos. El Quito de la negritud es un mundo aparte

Aguirre, Carrión y Kingman⁵²

Cuando desde el ámbito académico se imagina a Quito en su configuración espacial, también se lo percibe con los habitantes que ocupan cada espacio. Para los autores que se han atrevido a imaginar esta ciudad, los barrios de la negritud son representados como espacios casi místicos, diferentes al resto del conglomerado citadino, que bien podría afirmarse, han tatuado el paisaje urbano al marcarlo con huellas que ya tienen una(s) historia(s), con figuras, colores, atuendos, prácticas significativas y culturales que no hacían parte del plano imaginario quiteño y con historias que dan cuenta de sus dramas humanos vividos en ella, por lo cual se percibe que “*El Quito de la negritud es un mundo aparte*”.

Sin embargo, en el escenario cotidiano y aún en las esferas institucionales y en los medios de comunicación, los barrios donde la presencia de la gente negra migrante es

⁵² En Quito Imaginado, 2005.

significativa, no tienen un peso sustancial en el imaginario de la ciudad. Básicamente, las representaciones que sobre la población negra se construyen en la prensa enfatizan hechos “individuales” y las pocas ocasiones en que se registran hechos concernientes a barrios de población negra se enfocan en sus aspectos culturales, principalmente.

De tal forma que en Quito, las representaciones estereotipadas de la otredad, han sido analizadas en base a los marcadores raciales y culturales, particularmente cuando se ha tratado de la diferencia indígena y en menor medida, la referente a grupos negros⁵³. Estos últimos son percibidos en base a imágenes que gravitan en el crimen, la agresividad y la delincuencia en sus rasgos negativos y en las expresiones folclóricas, eróticas y sus potencialidades para el deporte, en lo que intenta catalogarse dentro de sus aspectos “positivos.” Tal como lo afirma De la Torre (2002:52) “Es interesante que si bien los negros y las negras como seres anónimos representan la criminalidad, la violencia y la sexualidad sin límites, los negros y negras conocidos son vistos paternalistamente como “el morenito” o “la morenita.” Al infantilizar a los afroecuatorianos se los convierte en personas dóciles, buenas, e inherentemente inferiores cuya vocación es de servir a los blancos”.

Estas representaciones forman parte de la herencia colonial interiorizada en el imaginario de la ciudad, ubicando a los grupos negros en la estructura social en base a

⁵³ Aunque en Quito existen algunas investigaciones sobre la problemática del racismo y sus representaciones, de la cual es víctima la población negra; éstas adolecen de análisis que articulen la condición racial, la procedencia y su vinculación a los espacios urbanos, al menos para los migrantes que han llegado de regiones como el Chota y Esmeraldas. Por supuesto, las investigaciones a las que hago mención han servido de apoyo para este trabajo. Me refiero al trabajo de Rahier (1993) sobre representaciones de población negra en la Revista Vistazo entre los años 1957 y 1991 y sobre los estereotipos de los cuerpos de mujeres negras en Quito (2003) y el de Carlos de la Torre, sobre la imposibilidad que tiene la población negra de ejercer una ciudadanía real, debido a la estructura racista de la ciudad (2002).

lo que Rahier (2003) llama “*el último otro*” para indicar que la ideología ecuatoriana de la identidad, es el resultado de un mapa racista del territorio nacional que asocia a los negros al mundo rural, concebido como espacio del primitivismo, del atraso económico y de lo tradicional, mientras que lo urbano se representa como el escenario opuesto del progreso, la modernidad y lo civilizado, y asociado al mundo blanco-mestizo, en tanto distribución de un orden hegemónico racial/espacial de la identidad ecuatoriana. Por lo tanto, cuando la población negra se hace visible, en la mayoría de casos es para reafirmar estas representaciones.

Por ejemplo, en el año de 1995, cuando la ciudad de Quito vivió una aparente tendencia de violencia, a raíz de un evento ocurrido en la Plaza de Santo Domingo donde se presentó una balacera que dejó varios muertos y heridos, se desató una serie de comentarios que marcaron un hito en la opinión pública sobre el tema de la discriminación racial en esta ciudad. Lo grave del asunto fue que las autoridades policiales explicaron la creciente ola de violencia por la presencia de población negra migrante en la ciudad. Así se registraron los comentarios de los miembros de la policía en alguno diarios de prensa:

¿La culpa la tienen los negros?

Las cuatro personas asesinadas el sábado, así como la mayoría de heridos, son de raza negra. “Esta inmigración de morenos ha atacado a la ciudad”. “hay un tipo de raza que es proclive a la delincuencia, a cometer actos atroces...es la raza morena, que esta tomándose los centros urbanos del país, formando estos cinturones de miseria muy proclives a la delincuencia por la ignorancia y la audacia que tienen” (hoy, septiembre 9 de 1995).

Aunque estos comentarios no provienen propiamente del periódico, sino de las autoridades policiales, es interesante resaltar como las causas de la violencia son

atribuidas a la población negra migrante, sin que tampoco se desvirtúen estas apreciaciones en los diarios. Lo más importante del asunto es que sin ser mencionado claramente, se atribuye a estas personas la conformación de los “cinturones de miseria” - *entiéndase barrios de concentración de migrantes negro(as)*- que serían espacios propicios para la generación de violencia, dado el tipo de población que se asienta en ellos y por su tendencia “natural” a la delincuencia y el crimen.

En ese mismo sentido, en el año de 1996, a raíz del asesinato de una joven negra a mano de dos hombres, se despertó un debate sobre la tolerancia racial en el país. Algunos informes de prensa registraron el hecho denunciando su gravedad, no sin reproducir comentarios estereotipados que expresaban representaciones tendenciosas. Así apareció en una de los diarios el asesinato de la joven Patricia Congo:

Murió en pelea “hombre a hombre”

Patricia Congo era más ágil que cualquier otra muchacha, más fuerte que cualquier varón de su edad y era “gran trompón”. Quienes la conocieron recuerdan su actitud despierta, alegre su condición de atleta y jugadora de fútbol . Aquel sábado en la tarde cuando Patricia se acercaba a comprar una bolsa de salchipapas, tres individuos que pugnaban por entrar al saloncito estaban borrachos... uno de ellos se acercó a la joven, intento hablarle y tocarle. “Que te pasa, que te pasa” contestó Patricia “Que te crees negra hija de p...le dijo el hombre. Patricia entonces le soltó una cachetada. A los nuevos insultos y ofensas del hombre la joven respondió con una serie de “quiños”. El hombre parecía desconcertado y soltó varios golpes, que Patricia esquivó con gran habilidad...Patricia estaba decidida a ganar la pelea y se colocó en la posición que más le favorecía: se preparaba para usar sus piernas de atleta. (hoy, febrero 23 de 1996).

Llama la atención, que si bien se registra el hecho a manera de denuncia, gran parte del texto priorice las cualidades físicas de la víctima, al punto que se transmite la sensación de que su capacidad atlética es equiparable a la de un hombre. De ahí, lo tendencioso

del mismo titular “Murió en una pelea “hombre a hombre””, con lo cual se puede verificar que los medios, en este caso la prensa, producen informaciones reforzando representaciones estereotipadas que recaen en las destrezas físicas de las personas negras, equiparando la fuerza de las mujeres con la fortaleza masculina y quitándole peso al análisis del racismo que se manifestó en un hecho tan claro como éste.

Es evidente que Quito se ha convertido en los últimos veinte años en uno de los principales centros receptores de población negra migrante ecuatoriana, por lo que al presencia de estos pobladores, no solo genera visiones negativas sobre ellos, sino también sobre los espacios que ocupan⁵⁴. Una de las consecuencias más evidentes de las migraciones son los procesos de segregación socioespacial que han marcado en términos de imaginarios, mundos divididos en su estructura espacial. Así, el sur y el norte han mantenido representaciones racistas de ambos lados, por lo cual se ha configurado dentro de su expansión urbana, territorialidades que conviven sin mirarse o que quizás se miran sin la profundidad del que observa e intenta comprender la humanidad y la interioridad del otro.

De ahí, que en la vida cotidiana, los habitantes del norte, especialmente los de clase media y alta vean a los del sur como marginales y los del sur miran a los del norte como

⁵⁴ En el caso de las poblaciones negras, en los últimos años, éstas se han hecho visibles a partir de los aportes que han venido de la práctica del fútbol, donde han surgido una serie de jugadores nacidos en las regiones del Chota y Esmeraldas, hecho que constituye casi el único referente “importante” para que estas regiones y sus habitantes sean reconocidos en la gran ciudad capital. No obstante, se debe mencionar que este es un tipo de reconocimiento débil, sujeto solo al acto momentáneo que produce un partido de fútbol, el cual se valora dependiendo de la buena o mala actuación de los jugadores. Por ejemplo, en 1996, cuando la selección ecuatoriana jugó un partido frente a Venezuela por las eliminatorias al mundial del Francia 1998, los jugadores negros fueron insultados, debido a que Ecuador no pudo ganar “¡Negro Ladrón!, ¡Negro hijo de puta! ¡Esclavo desgraciado!” “¡Negro idiota!, ¡Negro vago! fueron los comentarios más recurrentes en ese momento: Ver “*Los negros son visitantes*” (Diario hoy, septiembre 3 de 1996). En otras ocasiones, cuando se hace un reconocimiento a las regiones de población negra, se las resalta por medio del fútbol. “En el Valle del Chota el fútbol es el pan de cada día de los niños. La mayoría de ellos ven en él una puerta hacia un futuro mejor y son varios los que han hecho realidad ese sueño”. En: “*Cambié la escuela por el balón: Delgado*”. (El Comercio, mayo 30 del 2000).

añados, olvidándose de que en el norte existen zonas periféricas, muchas de ellas nutridas de una alta población negra. Esto demuestra que no estamos hablando de conglomerados homogéneos, pues hay zonas periféricas en el norte como espacios centrales en el sur.

Por ejemplo, barrios como África Mía⁵⁵ o Carapungo que están ubicados en las laderas altas del norte no tiene la representación de lugares añados, pues recae sobre ellos el peso de la imagen racista predominante en una ciudad como Quito, además, el hecho de que son espacios donde ha llegado población migrante, a pesar de que están habitados también por una gran proporción de población mestiza, -sobre todo en Carapungo- profundiza este tipo de imágenes. Cuando estos espacios se hacen visibles en los medios se ahonda en sus dinámicas folclóricas, recreando la idea de lugares específicamente culturales.

África Mía es la casa de varios Afroquiteños:

África Mía es un barrio “exclusivo...exclusivo de negros” No es muy difícil llegar si se sube por la calle Largada, a la altura de San Carlos. Una vez cerca del jardín residencial África Mía, los visitantes se encuentran con niños que juegan en las calles de tierra, adolescentes que conversan fuera de las viviendas, pocos carros estacionados en las vías. La música Bomba no se oye a diario en las pequeñas casas de África Mía. De hecho durante los días de semana pocas personas se quedan en el barrio. En los fines de semana hay más actividad. El Reguetton y la salsa son parte del repertorio de los jóvenes moradores de la zona (El Comercio, octubre 9 de 2004).

⁵⁵ África Mía es uno de los ejemplos más bellos y dignificantes de organización social, no solo alrededor de la vivienda, sino por la reivindicación identitaria étnico-racial. Fue fundado el 7 de octubre de 2004 por catorce familias negras, encabezadas por madres solteras, a través de ayuda internacional europea. Sin embargo, este tipo de información tan solo ha sido registrado muy esporádicamente por algunos periodistas sensibles, debido a la “novedad” que produce este tipo de proceso. Para los medios de comunicación, este tipo de trabajo no tiene importancia, dado que no responde a las representaciones estereotipadas que se buscan reafirmar cuando se trata de emitir informaciones sobre estos lugares.

Una Doble discriminación

África Mía, el grupo conformado por 14 mujeres negras se inició sin finalidad específica. Compartir los problemas, buscar soluciones, ver que hacían...era la idea inicial. Hace tres meses comenzaron a recibir clases de danza afroamericana. Actualmente bailan en los programas del barrio, pero la idea es perfeccionarse y sacar provecho económico de las actividades (EL Comercio, Julio 11 de 1995).

Es importante señalar que los informes de prensa registran hechos relacionados con la población negra en dos planos. Por un lado, cuando se refiere a los actos delictivos, los textos apuntan a la identidad racial negra, sin que necesariamente se concentren en espacios concretos, de otro lado, cuando se presenta informes sobre algunos espacios se resaltan sus aspectos culturales, los cuales en muchos casos, subordinan la información sobre la segregación espacial y la discriminación a las manifestaciones artísticas y culturales que terminan reforzando -no siempre intencionadamente- las representaciones folclorizadas sobre los barrios, como si estos estuvieran confinados al eterno juego de la cultura en su versión dancística.

Ecuador: no hay tolerancia:

Es evidente la división de clase entre los barrios de la capital. ¿En el norte esta lo chévere, al sur lo gris? Los migrantes también sufren formas de discriminación. Silvia es una mujer negra que nació hace 24 años en San José de Changua, uno de los 150 barrios periféricos de la capital, habitados por migrantes indígenas, negros y mestizos, pero junto con el tapao⁵⁶, las razas se han fisionado: La segregación es solo un velo: (El Comercio, septiembre 2 de 1996).

En Quito, los debates públicos sobre prácticas de discriminación racial no es un tema central, puesto que solo se vuelve de interés público cuando se presentan actos coyunturales. Debido a que el racismo está más anclado en la vida cotidiana, en la estructura del poder simbólico, los textos de prensa ofrecen material para identificar las

⁵⁶ Plato típico de la costa Pacífica Colombiana y Ecuatoriana, hecho a base de pescado y plátano.

diferentes formas en que funciona la discriminación y sobre todo, para develar las representaciones alrededor de lo negro. Tal como aparece en este artículo, los comentarios redundan en exaltar las dinámicas folclorizadas, incluso abogando a los cruces culturales y raciales, al punto que se termina concibiendo la segregación socioespacial como un elemento de menor importancia que la “tolerancia cultural” y la “convivencia racial”, pues “las razas se han fusionado, junto con el tapao” evidenciando una representación que focaliza en los aspectos del mestizaje cultural, a través de las comidas.

Por lo tanto, se puede argüir que las representaciones sobre los barrios negros no escapan a los influjos del orden racial/espacial del que Rahier ha estudiado, y a la regionalización de la raza de las que nos habla Wade, pues básicamente existen miradas que aluden a las conductas transgresoras y amorales de los negros en las ciudades, asociadas a sus procedencias regionales y culturales, pues la mayoría de la población negra se ubica en los llamados mundos de la negritud, los cuales son vistos por las prácticas culturales que rebasan las dimensiones morales del imaginario mestizo, históricamente difundido como símbolo hegemónico de la identidad quiteña.

De ahí que cuando el migrante llega a la ciudad sea visto como un invasor, como ese “bárbaro” que trae consigo las pautas culturales que contaminan las “buenas costumbres,” pero cuando aprende a adaptarse a ella, a conocer y asumir sus espacios y comienza a fundar comunidades geográficas, raciales y culturales, al concentrarse en determinados barrios, por opción voluntaria, en tanto estrategia de defensa frente a la ciudad y por la acción estructurada de los procesos de la economía urbana, la vivienda, los factores de tiempo y los ciclos familiares que afectan la distribución espacial urbana,

las imágenes se articulan a la representación racial y su condición de migrante, por lo cual, las imágenes estereotipadas sobre el sujeto son reforzadas por la centralidad simbólica que recae sobre la colectividad barrial plenamente identificada dentro de un territorio concreto, denominado espacio de la negritud.

Si bien, sobre los barrios de concentración negra recae la visión de espacios de la diferencia cultural, con el tiempo la procedencia va perdiendo importancia, debido a que ciertas dinámicas como el conflicto, la delincuencia y el robo empiezan a ser difundidas en la opinión pública, haciendo que la representación folclorizada empiece a ser “reemplazada” por la imagen del peligro, asociando estas problemáticas a condiciones propias del contexto interno y no por el influjo de la economía y de la política, en tanto causas exógenas que afectan la vida de las personas en estos lugares.

Es aquí donde la raza y el hecho de provenir de otras regiones, se articula a la categoría espacial, por lo cual, las representaciones estereotipadas de los migrantes negro(as) es traslapada a la dimensión del lugar. No obstante, cabe anotar que no hay una constante producción de imágenes⁵⁷ que refuercen este tipo de representaciones sobre los barrios de concentración negra en Quito, básicamente porque están conformados por una mixtura racial-cultural, lo cual lleva a que sobre ellos pese el significante de lugares marginales o quizás estén encuadrados en la representación de las zonas periféricas. Sin embargo, cuando se alude a mundos de la negritud recae la idea de lugares casi extraños, en la medida que las imágenes que históricamente se ha construido sobre la

⁵⁷ Igualmente se puede argüir que la Falta de producción periodística constituye también un acto de invisibilidad frente a una población que solo se hace visible por sus aspectos negativos, asociados al peligro y por sus aparentes rasgos positivos, relacionados con las prácticas culturales folclorizadas.

población negra migrante en la ciudad se ven revertidas en los espacios donde los afros se concentran⁵⁸.

De este modo, Carapungo al igual que los barrios donde la gente negra se ha apropiado de estos territorios son vistos como zonas periféricas y lugares marginales por el hecho de que funciona una tipificación que asocia marginalidad y periferia con lo negro⁵⁹. Pero lo concreto es que estos barrios son “territorios urbanos del anonimato”, en el sentido de que ni aún en las investigaciones se intenta explicar las dinámicas internas que los migrantes negro(as) han podido consolidar en ellos. Los medios registran poca información sobre estos espacios, quizás porque no responden a las imágenes estereotipadas del crimen, la delincuencia o porque no son lugares productores de imágenes folclorizadas que constituyen las referencias históricamente consolidadas como régimen de representación (Hall, 1997) sobre los grupos negros alrededor del mundo. De ahí que los barrios negros en Quito solo están presentes en la dimensión oculta de las representaciones que imagina sin nombrar la otredad.

De tal modo, podemos ver que tanto en Cali como en Quito, las poblaciones negras como protagonistas de la ciudad se hacen visibles a partir de representaciones estereotipadas que redundan en imágenes tradicionalmente asociados a estas personas.

Mientras en Cali los barrios de concentración negra son vistos con mayor rigor por sus

⁵⁸ Por lo tanto, y a diferencia de El Retiro en la ciudad de Cali, visualizado permanentemente por los textos periodísticos como barrio del crimen y del folclor, los barrios de concentración negra en Quito llevan el peso de la invisibilidad, puesto que son espacios anónimos que no están presentes en el imaginario social y al contrario se inscriben como lugares de la diferencia marcados por su negación, su invisibilidad y su visibilidad folclórica en menor medida.

⁵⁹ Esta imagen es bien particular, pues si bien Carapungo podría catalogarse de periferia en razón de su ubicación geográfica respecto a las zonas céntricas de la ciudad, su composición material rebasa esta representación, pues es un sector muy bien condicionada en términos de infraestructura. Sin embargo desde afuera es visto como marginal y periférico, lo cual indica que las representaciones construyen imágenes a partir del prejuicio y el estereotipo y muy pocas veces atendiendo a las realidades concretas de los lugares y de las personas.

dinámicas delictivas, actos de violencia dentro de sus rasgos negativos y representaciones folclorizadas que versan en las danzas y el baile, para resaltar sus aportes a la ciudad, en Quito, estas últimas imágenes son más frecuentes cuando se visibilizan algunos barrios, a diferencia de las dinámicas delictivas, las cuales recaen sobre las personas sin relacionarlas con espacios concretos.

No obstante, al estereotipar a un individuo, se estereotipa una identidad, es decir, a un grupo, debido a que la representación se traslada del sujeto individual al sujeto colectivo. De ahí, que la población negra en Quito, regularmente se hace visible por los hechos negativos que refuerzan un imaginario de grupos proclives a la violencia o actores protagónicos solo por las destrezas deportivas y su “imponderable riqueza cultural”.

CAPITULO 4.

REPRESENTACIONES INTERNAS DESDE LAS RELATOS DE LOS MIGRANTES NEGRO(AS).

4.1. El Retiro: Subvirtiendo desde adentro lo que es construido desde afuera

Aquí siempre me he sentido libre, mira tu llegaste esta la puerta abierta, porque lo único que yo tengo en esta vida es mi vida, es lo único que tengo que cuidar, pero si me roban un televisor, una nevera, la vuelvo a conseguir, pero si me quitan mi vida quien me la devuelve, por eso la perspectiva del Retiro que yo quisiera es que la gente que se expresa mal sean personas que hayan vivido en el conflicto, porque es muy facial hablar de lo que uno no sabe

Antonio Hurtado

Este un barrio prometedor porque hay muchas cosas buenas, mucha gente buena y mucha gente que le sirve a la comunidad. Hay mucha gente que le ayuda al barrio, hay muchos jóvenes que comparten conocimientos con otros jóvenes. Hay talentos en todas las especies desde profesores hasta deportistas. No hay que estigmatizar porque hay delincuentes, así como hay cosas malas, hay cosas buenas

Ana Lesley Rodríguez

De acuerdo con Hall (1999) todo acto de representación es construido desde un lugar de enunciación que puede ser de clase, étnico, racial, religioso, etc. Para los habitantes de El Retiro, su lugar de enunciación responde a tres características: la condición del lugar, o dicho en otras palabras, por la pertenencia a su barrio, en tanto territorio apropiado y por su identidad racial y cultural, esto es, el hecho de asumirse como sujetos

negros(as)⁶⁰ con sentidos artísticos-culturales producidos en sus territorios. Es desde este lugar enunciativo e identificador, pero también desde las vivencias subjetivas del territorio que se representa el barrio y la ciudad, otorgándole imágenes que emergen del hecho constitutivo que brinda la experiencia y por las informaciones recibidas en la interacción con otros actores y espacios, pues el barrio, al igual que territorio de las vivencias cotidianas, es también un espacio de mediación simbólica y material entre la ciudad y sus lugares más “íntimos” como la familia, las cuadras, y otra serie de subespacios que lo definen en su conjunto. Sin embargo, este lugar enunciativo no debe llevar a olvidar que “barrio negro” desde los discursos oficiales es una acepción que regularmente homogeniza, pues niega todo tipo de diferencias intraétnicas existentes al interior de estos lugares.

Siguiendo la diferenciación establecida por Giménez (2000) entre territorio y espacio, se concibe el barrio como el territorio concreto donde se producen y reproducen identidades con usos particulares, mientras que la ciudad⁶¹, si bien, mencionada constantemente en los relatos como un lugar al que el migrante negro(a) siente pertenecer, no deja de ser vista como el espacio abstracto, percibida en su dinámica de exclusión y por las prácticas de racialización que se despliegan en ella frente a los habitantes de El Retiro.

⁶⁰ Los habitantes entrevistados de El Retiro son personas migrantes que llevan más de veinte años viviendo en la ciudad, esta situación influye significativamente en el hecho de que no se asumen ya como migrantes, y al contrario afirman una pertenencia a la ciudad al definirse como caleños, lo cual podría suponer no un acto de negación respecto a su identidad regional, sino un acto de afirmación, puesto que se han convertido en sujetos de derecho, al reclamar un reconocimiento frente a una ciudad de la cual se sienten parte por haber conquistado en ella una vida con familia, amigos y sobre todo, por haber conquistado el anhelo de la tierra que se ha materializado en la obtención de una casa y en el hecho de haber construido un barrio, es decir, de haberse apropiado de un territorio.

⁶¹ Hago alusión a la ciudad como “espacio abstracto”, pues es la forma como es percibida por las personas entrevistadas. Esto no indica que en el resto de la ciudad no hayan experiencias concretas o que se la conciba como un conglomerado homogéneo sin prácticas socioculturales individuales y colectivas. Solo tomo esta afirmación para trabajarla desde el punto de vista de las representaciones, tal como es imaginada por los migrantes, quienes relataron las dinámicas de exclusión que han experimentado en ella.

De tal forma, que dentro de la representación del territorio barrial, se establece una diferencia enunciativa que separa a un *ellos* de un *nosotros* que es imaginado como homogéneo, sin enfatizar en sus rasgos heterogéneos. Por lo tanto, cuando los habitantes aluden a lugares ubicados en la exterioridad del barrio, concretamente, a la ciudad, se habla desde un “nosotros” como pauta de identificación. Lo más visible es que este tipo de separación de un “nosotros” y un “ellos” simbólico, gravita sobre todo cuando se hace referencia a los barrios ricos de la ciudad y sobre todo a las prácticas de discriminación racial experimentadas en diferentes espacios públicos como las calles, las zonas residenciales de clases adineradas, los centros comerciales, etc.

En esta ciudad hay racismo a leguas se nota, en los empleos, el negro mete una hoja de vida y la mete un blanco y se la dan al blanco aunque el negro este más capacitado. Porque esta es una ciudad prácticamente, no se dice blanco porque blanco no existe ya, pero ha sido una raza más de color que la de nosotros, toda una vida ha sido así y aquí ha habido siempre terratenientes, de los de ellos y siempre se han conservado con su gente de ellos, primero los de ellos y después ahora si los allegados, ellos son los blancos, en el grupo de las personas de esa raza (Justo Pastor Arboleda).*

En la ciudad si he sentido discriminación, la gente de otros barrio discriminan al Retiro, lo ven como el patito feo del cuento, lo ven como si todos los que viven son ladrones o viciosos, prostitutas o homosexuales, ósea lo discriminan por la fama que en cierto tiempo tuvo por su alto grado de delincuencia (Ana Lesly Rodríguez).*

A uno lo discriminan si, porque vive en El Retiro y porque uno es negro, las personas creen que uno es menos que ellos y entonces no es justo: por ejemplo iba un día por la sexta⁶², pues prácticamente yo iba mal vestida, entonces una señora agarró su cartera y la

* Íbdem.

* Íbdem.

⁶² Es una de las calles principales de Cali, conocida como la zona rosa, caracterizada por la afluencia de locales comerciales, financieros y culturales.

agarró bien duro pensando que yo se la iba a arrebatarse, entonces a veces las apariencias engañan (Carmen Viveros).*

...somos discriminados pero los negros del Retiro, cuando son los amarillos⁶³, viven bien en El Retiro porque a ellos si le dan la oportunidad, porque si usted ve hay amarillos que trabajan en Cartón Colombia, Carvajal, un negro no, entonces que esta pasando ahí, es el racismo total, más que todo por negros. Pero El Retiro es la otra chapita, usted va a un colegio y dice que va a matricular su hija y dice en El Retiro y dicen no, paso, porque a mi me paso eso, no aquí no la recibimos, busque otro lado. Nos discriminan por ser negros y vivir en El Retiro. (Antonio Hurtado).*

Se podría decir, en base a estas percepciones que mientras la ciudad es representada como el espacio donde se ejerce el racismo y la discriminación, es decir, como el espacio de la exclusión, el barrio con todas sus contradicciones, se imagina como un *lugar de refugio*,⁶⁴ un espacio cultural, simbólicamente homogéneo, aunque es evidente que en términos de identidades y usos territoriales, las prácticas son fuertemente diferenciadas y heterogéneas, pues responden a categorías generacionales, laborales, incluso al lugar de procedencia construidas en el contexto de la ciudad globalizada que no deja de tocar las fibras locales del territorio barrial.

* Oriunda de Tumaco (Nariño). Entrevista realizada en septiembre 23 de 2005.

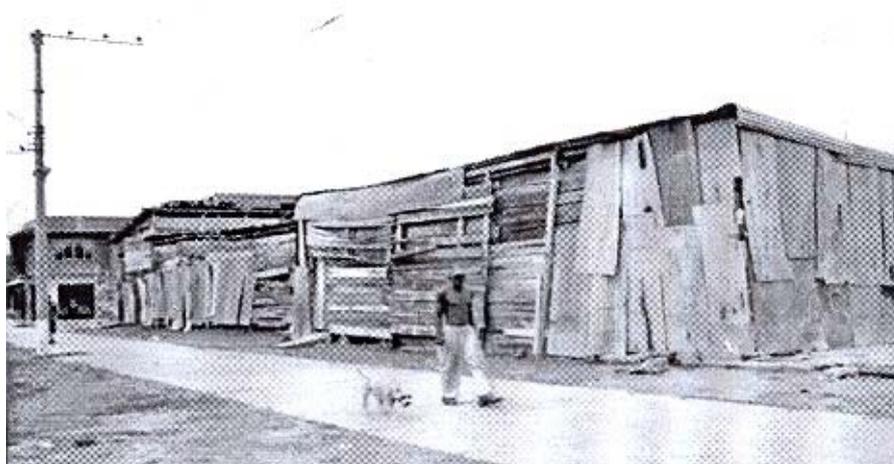
⁶³ Término utilizado para referirse a los blancos y mestizos.

* Oriundo de Buenaventura (Valle del Cauca). Entrevista realizada en Septiembre 11 de 2005. Todas las entrevistas fueron hechas en el barrio El Retiro de la ciudad de Cali.

⁶⁴ Cuando me refiero a lugar de refugio no trato de mostrar que el barrio es un lugar donde la población migrante y sus descendientes se concentran allá por decisiones voluntarias o solamente motivados por una identidad cultural que los diferencia del resto de la ciudad o porque vivan en un permanente estado sicótico o paranoico que no les permite convivir en la ciudad. En el mejor de los casos, lo que pretendo indicar es que por la experiencia de discriminación racial y estigmatización del barrio, los retireños, en tanto pertenecientes a contextos marginalizados construyen una especie de capa protectora en el barrio, donde la experiencia del racismo no es tan manifiesta como en la que se percibida y se experimenta en las actividades laborales, en los espacios públicos, en otros barrios etc., pues no es lo mismo ser negro(a) de clase media que un negro marginal, esta doble identificación complejiza las experiencias subjetivas, al mismo tiempo que pone cuestionamientos a una identidad homogénea y única de la negritud. De ahí que ponga énfasis en la relación migrantes, raza y espacio territorial y las representaciones que estas personas elaboran en base a estos tres lugares de enunciación.

Es claro que se establecen usos diversos en el interior mismo del barrio: por ejemplo, los usos del espacio que han demarcado las bandas juveniles, configurando *geografías simbólicas* y *territorialidades del miedo*, en tanto, transitar diferentes lugares es una experiencia mediada por la representación que se tiene de él, lo cual produce experiencias diversas que se manifiestan en los usos y representaciones del espacio. Así, zonas como África y Hollywood⁶⁵ son imaginadas como los lugares peligrosos del barrio y aún, las zonas donde viven los “negros invasores.”

África, es una caldera ese barriecito pa` llá, eso es una invasión, ya como que repartieron esos lotes, pero eso es una callecita, África puro negrito, allá es que están las chontadureras, la plataneras, eso pa` llá es caliente, hasta allá si bajo, pero pa donde el padre no bajo. Holliwod es por donde el padre, eso es muy peligroso. (Jesús A. Cortez).*



Sector de África en el barrio El Retiro⁶⁶

África es un pedacito del mismo barrio y se le ha denominado África, porque es invadido por negros. La imagen del Retiro como barrio peligroso, esa es una imagen una trayectoria, claro que fue malo, en la época del 93, 93, 92 cuando empezaron las violencias entre bandas del⁶⁷ Vergel y Retiro, los malos, los que portaban el arma, empezaron con una guerra Retiro y Vergel y ahora la tiene en su propio barrio de cada a cuadra, imaginase hasta donde llega, por ese lado me siento mal del barrio porque hay

⁶⁵ Zonas al interior del barrio que son percibidas como las peligrosas.

* Oriundo de Chajal (Nariño).Entrevista realizada en septiembre 18 de 2005.

⁶⁶ Todas las fotos de este trabajo son de mi archivo personal.

⁶⁷ Barrio aledaño a El Retiro.

mucha banda, un promedio de 6,7,8 bandas por Hollywood, un grupo de bandidos que tiene una platica y empiezan a robar, son violentos, usted sabe que Hollywood es lo mejor que hay, la farándula, allá salen los mejores actores de cine, los más famosos. (Justo Pastor Arboleda).*

África es un sector del barrio donde hay mucho desempleo, hay mucha gente en las calles jugando dominó, jugando parques, hay mucho desempleo o trabajan pero les queda mucho tiempo libre, son como muy dejadas o muy del campo, se mantiene allí, y hay muchas personas en las calles, en las casas sentados jugando. (Carmen Benítez).*

Así, la representación del barrio como peligroso no significa la producción de sentido sobre su totalidad, sino que hay una percepción sectorizada del peligro. Es decir, dentro del mismo barrio, hay territorios que son vistas como lugares no aptos para transitar y que son nombrados como los “verdaderos” lugares que afectan negativamente su imagen. Estos sectores son África, una zona de invasión, imaginada como el espacio del conflicto, de la ocupación y algo bien particular, es representada como el espacio de los negros verdaderos o los más negros⁶⁸.

* Ibidem.

* Oriunda de Choco. Entrevista realizada en septiembre 25 de 2005.

⁶⁸ ¿Será esto el imaginario de una África siempre enseñado dentro de una ideología dominante como el espacio de la pobreza, y de la negritud que el régimen de representación europea creó y que se ha expandido en la experiencia colonial y en la experiencia de la migración de posguerra que nos enseña Hall, en tanto hitos históricos que sustentan la imagen de lo negro?, ¿Por qué esta representación de África puede encontrarse en el mismo barrio El Retiro? ¿Pero que nos dice Hollywood? un icono moderno del celuloide, de la plasticidad estética, del séptimo arte, ¿cómo llegó a El Retiro? Hollywood es la representación de la fama que se transmite en los medios de comunicación (revista, prensa, televisión, etc.) pues allá llegan supuestamente las más “importantes” figuras de la pantalla grande, por lo que el símbolo de Hollywood es atribuido a los delincuentes más famosos del barrio, creando un producto representacional propio del mundo globalizado, que permite la translocación (Appadurai, 1996) de un lugar lejano, estético-artístico superpuesto a la fama que adquieren los más temidos pandilleros. Es interesante como estas imágenes se mezclan en un mismo espacio simbólico, al introducir el referente histórico más politizado de la población negra dispórica militante en el mundo y el referente que en muchos casos ha degenerado ese mismo referente al estereotiparlo en sus pantallas. Así, África queda sumergida en la dimensión simbólica Hollywoodense, mientras que Hollywood es incorporado al espacio africano de la invasión, adquiriendo ambos la connotación de lugares peligrosos. Es decir, al interior del barrio también se construyen representaciones diferenciadas acordes con variables generacionales, de género, ocupación laboral, entre otras. Sin embargo el objetivo no ha sido profundizar en ellas, pues esto llevaría a otro tipo de estudio.

Esta diferenciación interna refleja una especie de racismo endógeno de los lugares y de la gente, lo cual expresa la conflictividad interna en los barrios negros, pues esa discriminación producida e interiorizada en la psiquis del negro(a), tal como lo analizó Fanon (1974) para el caso de los negros colonizados, sigue manifestándose como un efecto del colonialismo interno.

Pero si bien, los cruces culturales identitarios son evidentes en cualquier configuración urbana contemporánea, ya sea de migrantes negro(as) o no negro(as) o de ciudadanos marginalizados, las cuales dan cuenta de las tensiones internas existentes entre los mismos grupos negros; es también claro, que en el caso de los habitantes de El Retiro, la historia juega un papel significativo en la representación que se hace de él. Las vivencias en la ciudad, las experiencias de discriminación racial que atraviesan las subjetividades en una ciudad como Cali, y las memorias del poblamiento del barrio están presentes a la hora de autoidentificarse como negro(as) pertenecientes a un territorio que también ha sido históricamente estigmatizado.

Por lo tanto, esto lleva a concebir y en cierto modo a experimentar la vivencia barrial como una “comunidad imaginada” (Anderson, 1993) que brinda un lugar de identificación en un territorio de refugio, dentro del cual estos pobladores asimilan las situaciones internas, en base a códigos culturales y vivenciales que han aprendido a elaborar, a pesar de sus contradicciones permanentes y los dramas que la cobijan cotidianamente. Son estos hechos que los habitantes rememoran selectivamente en los relatos que dan cuenta de sus representaciones.

Para mi este barrio es importante porque lo vi nacer prácticamente, porque antes de llegar aquí al Retiro esto era un millar, esto era zona de finca y pa lo que es hoy en día pues ha cambiado mucho por eso es importante (Milber Tomas Rodríguez).⁶⁹

Cuando llego al retiro: esto estaba muy mal porque no había agua, no había energía, las alcantarillas no habían se pasaba mucho trabajo, teníamos que recoger agua a Antonio Nariño, también tenía que ir a comprar la comida porque por acá no habían tiendas. Ahora ha cambiado bastante, porque ya colocaron la energía buena, esta la alcantarilla y con el esfuerzo de nosotros pavimentamos la calle, todas las calles pavimentada con el esfuerzo de nosotros. (Carmen Viveros).⁷⁰

...lo que más recuerda uno es la inundaciones, eso es lo que mas recuerda uno, esas inundaciones, como la gente salía en canoas, el agua, los vecino, el que vivía aquí quedaba como tullidos. Entonces uno recuerda las invasiones, ahora no hay invasiones, aquí ahora llueve y no queda un agua en la superficie, en cambio en comuneros llueve y la calle se inunda hasta la capilla, yo he pasado, por allá y no esos es hundido en cambio al Retiro no le queda un agua en al superficie, por eso esto esta muy bueno (Jerson Puerto Carrero).⁷¹

El sentido de comunidad imaginada (Ibdem) no niega que existan dinámicas culturales, identitarias y representacionales diferenciadas. Obviamente, al observar las prácticas sociales en su interior se notan sus tensiones, las formas diversas de la identidad⁷² y los usos múltiples que los sujetos hacen de su territorio. No obstante, cuando se representa el espacio de la ciudad *-el exterior-* salen a flote los recuerdos que enfatizan las dos imágenes que han constituido la experiencia subjetiva y colectiva de los habitantes de El Retiro, esto es el hecho de ser negro(as) pertenecientes a un territorio que se lleva en la

⁶⁹ Oriundo de Tumaco (Nariño). Entrevista realizada en septiembre 14 de 2005.

⁷⁰ Ibidem.

⁷¹ Oriundo de Tumaco (Nariño). Entrevista realizada en septiembre 28 de 2005.

⁷² Particularmente los descendientes de los migrantes que han nacido en Cali, construyen otro tipo de identidades, asociadas a nuevos estilos musicales, culturales. Pero al igual que sus padres son vistos como negros delincuentes. Estudios sobre las identidades barriales negras de jóvenes pueden verse en Quintín, (2004) y Urrea (2000).

memoria y que en la actualidad carga con el estigma de lugar del peligro al igual que la condición racial de los habitantes que lo habitan.

Por ello, al analizar los relatos de migrantes negro(as) que tienen más de veinte años viviendo en Cali, se identifican representaciones diversas sobre el territorio vivido: el barrio y su parte dialécticamente constitutiva: la ciudad. Teniendo en claro que no son entidades homogéneas, ni necesariamente excluyentes, es evidente que en términos de representar a cada una de ellas, la experiencia del lugar tiene un peso gravitante.

Por consiguiente, para los migrantes negro(as) de El Retiro, el hecho de haber conquistado un lugar en la ciudad, de haber territorializado en medio de las vicisitudes del que llega con las expectativas de “colonizar” una tierra que es imaginada mucho antes de llegar a ella, tal como ha sido el caso de los migrantes negro(as) venidos del Pacífico y del Cauca a Cali, a partir de sus múltiples flujos y por medio de redes sociales, desplegadas como estrategias solidarias para enfrentar la ciudad y la movilidad espacial interna (Urrea, Arboleda, Arias, 1998, Urrea, 2000) constituyen los materiales de la memoria que sostienen la construcción del sentido en relación a su barrio, produciendo significados que aluden a las remembranzas del lugar concreto, el territorio y su transformación histórica, el espacio donde se ha tenido una familia y un casa para reposar, tal como lo expresa don Nemesio Cuesta⁷³ cuando dice “que tener casa no es riqueza, pero no tenerla sí que es pobreza”.

⁷³ Oriundo de Quibdó (Chocó). Septiembre 30 de 2005.



Calle 34, Pavimentada a través de autogestión comunitaria.

De ahí que la conquista de una vivienda simboliza para el migrante de segunda generación la meta alcanzada, el sueño materializado de ser propietario en un lugar donde se llegó sin nada más que las ilusiones de permanecer en la gran ciudad. La vivienda es la cristalización material de esta nueva especie de colono que supo aprovechar los pocos recursos que pudo obtener en la urbe para anclar su bandera de conquista. Barrio y casa, representan pues, la propiedad posicionada en el territorio que da cuenta de un logro alcanzado que a los ojos de los que miran desde el exterior, a través de los mensajes de los medios que se expanden en el imaginario de la ciudad, donde se pinta al barrio dentro de los cuadros de la pobreza. Sin embargo, para esos migrantes simboliza no la riqueza, pero sí la superación sigilosa de la pobreza.

El mejor recuerdo del barrio, pues me parece que mi casita, ósea mi casa, el recuerdo de mis hijos, aquí llegue, pagaba arriendo, el arriendo lo pagaba allá, después tuve mi casa, yo me vine aquí con la ilusión de una maquina de coser y conseguí una casa, imaginase una casa por una maquina, vivo muy agradecida porque conseguí más que una maquina”.
(Virgelina Longo).⁷⁴

⁷⁴ Ibidem.

Es por eso que el barrio constituye un fragmento de ciudad, un lugar soñado con los recuerdos de lo que fue y con las esperanzas de verlo cada día mejor. Es la representación interior frente a las representaciones exteriores que entran en disputas por el sentido, pues si bien, la ciudad les ha brindado a los migrantes una oportunidad, no deja de ejercer sus prácticas de discriminación y criminalización contra muchos de sus descendientes, hijos y familiares que han nacido, no solo en Cali, sino El Retiro. Son estas experiencias las que permiten identificar una cierta afirmación sobre el barrio.

A mí me gusta vivir en este barrio. No me iría a otro barrio, creo que es muy difícil, porque aquí siento la armonía. Los fines de semana juego mucho domino tomo cerveza donde don Jaime, esa es la cuadra más alegre que hay en El Retiro, porque corren muchos niños desde las siete de la mañana el día sábado y dan la una de la mañana y siguen corriendo y hay una tranquilidad, se ve una cosa sabrosa. Aquí me siento bien porque somos negros y de nuestra tierra, donde hemos nacido todos. A mí me gustaría rescatar esa zona verde, Cecom, la cancha de fútbol, la cancha de básquetbol y que le metan mano a esa zona verde, Usaca, que ese sector es muy lindo, es una fuente de estudio para nosotros mismos, nuestros nietos y bisnietos (Justo Pastor Arboleda).

Me parece bueno que el barrio haya cambiado, porque el cambio es bueno, el progreso es bueno, ya vemos que no hay muchos ranchitos, hay construcciones, casas de material⁷⁵, la gente quiere tener sus casas bien y eso hace que el barrio vaya cambiando de aspecto, ya no se ve como el barrio feo de invasión que viven ahí por vivir sino que se ve que la gente quiere progresar y el barrio va cambiando y se va viendo mejor ante la sociedad (Anal Lesly Rodríguez).

Es a partir de esa triple temporalidad dialéctica de la memoria que trae la experiencia del pasado rememorado, del presente vivido y del futuro soñado, la base subjetiva que sustenta las representaciones y los usos del territorio, es así, como mientras el barrio es el lugar concreto de la(s) identidad(es) fragmentada(s), de los usos sectorizados del

⁷⁵ Casas construidas con material de concreto.

territorio, es al mismo tiempo un lugar de sentido atravesado por la identidad racial y por la pertenencia al lugar. Por lo tanto, al mirar las prácticas representacionales desde el interior del barrio queda explícito un intento por subvertir las imágenes que se construyen desde el exterior, a partir del hecho ocasional que conlleva a la producción de una noticia periodística o las informaciones tomadas de programas temporales de intervención social.

Si muchos migrantes han vivido en el barrio desde su fundación en medio de las dificultades es porque ha desarrollado estrategias de paisanaje, comunitarias y organizativas, no solo para resistir, sino para adaptarse a la ciudad, controlando su medio físico y social. Son precisamente las dinámicas de autonomía y autogestión las que le han permitido a los habitantes de El Retiro sacar su barrio adelante y que muy a pesar de las dificultades les lleva a exacerbar su sentido de identificación con el territorio barrial.



Minga comunitaria para construcción de casa

De tal manera que los relatos dan cuenta de fragmentos de realidad, no de la ciudad como una totalidad, sino de situaciones que pasan en ella, porque el barrio de migrantes

negro(as) y sus renacientes es a la par un mundo dentro de la ciudad, un territorio de resistencia cotidiana y de lucha constante por sobrevivir. Debido a que históricamente las posibilidades de movilidad social que tienen los habitantes de El Retiro han sido y siguen siendo escasas, la consecuencia es la afirmación a su lugar, hecho que conlleva a que se aceleren los *procesos de barrialización* (Davis, 2000) en base a la pertenencia cultural, racial y por la pertenencia al territorio apropiado.

Por eso, cuando se representa el barrio se lo hace desde la experiencia haber estado allí, con los recuerdos que dan cuenta de las memorias de luchas cotidianas que simbolizan la conquista imperceptible de la ciudad. Por lo tanto, las voces de los migrantes negro(as) significan un contrapunteo a las representaciones construidas desde el exterior, simbolizan también una lucha por el sentido, tal como lo afirma (Guerrero, 2002) son enunciados que expresan abiertamente una insurgencia simbólica.



Fin de semana en el Barrio El Retiro

4.1.2. Carapungo: representaciones del territorio racial, cultural y familiar

*El barrio es chévere, porque vivimos con gente conocida,
gente que ha migrado, somos amigos, familia,
es una ambiente como del pueblo mismo porque
todos somos conocidos, me siento como que respiro
cuando salgo del trabajo, el fin de semana me siento liberada,
como estar con mis amigos, mi familia Alquilamos ese barrio,
porque nos gusta ahí y más que todo porque estamos
entre gentes conocida, del pueblo y del pueblo cercano,
otras personas que vienen y dicen no sabes donde pueda
arrendar un cuartito y nosotros le decimos, ven acá, acá vivimos entre negros.
No es que sea racista, pero uno juntarse con su propia raza
es mas chévere, porque los blancos de todas maneras son racistas
y dicen hay que ese negro, siempre hay problemas,
si es mas bueno relacionarse con su propia raza*

Aída Esperanza

*A mi me gusta el barrio porque tiene de todo,
aquí uno compra de todo y es mejor para no salir pa´ fuera.
Mis hijas viven aquí, cuatro, en Esmeraldas tengo tres.
Ellos siempre han vivido aquí, aquí me siento
bien porque vivo mas distraída con mis hijas.
Aquí bailamos, solo aquí bailo, por otra parte no
porque hay mucha corrompición, matan, apuñalean, aquí no.
De aquí solo salgo que me lleven muerta a mi tierra, a mi pueblo.
Aquí tocan es pura bomba, es bonita, pues la bomba y
como mi marido es de Santa Ana, de Ibarra, a él también le gusta.
Yo ya me amañe aquí, solo cuando me muera quiero que me entierren allá*

La Pola

A pesar de que los barrios de la negritud en Quito no son muy visibilizados en el imaginario social de la ciudad, pues son percibidos esporádicamente como lugares folclorizados y en menor grado como cinturones de miseria proclives a la violencia, es importante señalar que para las personas que habitan estos territorios, el sentido construido sobre ellos da cuenta de otras realidades y significados. Dos aspectos sobresalen en la representación que los migrantes negro(as) elaboran sobre Carapungo. Estas prácticas representacionales son construidas en la intrínseca relación que asocia su experiencia subjetiva en la ciudad, pues el hecho de vivir en un centro urbano plagado de prácticas de discriminación racial⁷⁶, ha producido la concientización de los habitantes sobre su condición de discriminados, con lo cual, los migrantes negro(as) se identifican desde un lugar enunciativo de un *nosotros* frente a un *ellos racial y cultural*.

Ese nosotros es referido a la constitución racial que como cualquier identificación se establece en relación a un *otro*, que en este caso son los mestizos y particularmente, los que son nombrados como los quiteños. Aunque para los adultos que llevan muchos años viviendo en esta ciudad, su identificación como migrantes ha ido perdiendo importancia, al punto de que no se le da mucha valor al lugar de origen, el hecho de vivir en un barrio donde habita mucha gente negra constituye un hecho vital que brinda seguridad y posibilita reconstruir redes familiares frente a una ciudad que percibe al negro(a) migrante como un extranjero y que es estereotipado regularmente cuando transita por sus calles, centros comerciales o zonas exclusivas o acomodadas.

⁷⁶ En la primera encuesta sobre Medición del Grado de Prejuicio y Discriminación Racial de los ecuatorianos frente a la población negra del país se indica que los espacios donde más se percibe el racismo están: la calle (63%), luego el barrio (38%), el lugar de trabajo (37%), oficinas públicas y privadas (36%), el autobús (34%) y el supermercado (29%). Estos indicadores son corroborados por la percepción de los mismos discriminados, pues los afroecuatorianos atribuyen a: la calle (71%) y el barrio (50%) los lugares donde más se practica el prejuicio y la discriminación racial. Ver Secretaria Técnica del Frente Social y Sistema Integrado de Indicadores Sociales del Ecuador -SIISE- (2005), Pág. 49.

En primer lugar, el barrio es representado como un “espacio familiar”, en tanto es de vital importancia el hecho de convivir con consanguíneos: hijos, primos, sobrinos, por lo que se establece un sentido de pertenencia parental que se materializa en el espacio barrial. Así, aparece una imagen de *lugar refugio* territorial, dotado de un sentido de parentela, por el cual el migrante mantiene una red familiar que funciona como estrategia para la movilización de recursos dentro y fuera del barrio. La denominación de barrio como un territorio donde habita un *ellos imaginado* significa la producción simbólica de una entidad que se piensa como homogénea, y que resulta constitutiva para crear un sentido de pertenencia frente a una comunidad distintiva, que es catalogada de blanca mestiza.

Es ahí donde se fundamenta la afirmación del *nosotros* respecto a la distancia de un *ellos*, que no solo está en las afueras del barrio, sino en su interior mismo, en relación con los otros grupos raciales frente a los cuales se establecen relaciones cotidianas, caracterizadas por encuentros causales o saludos formales que muy pocas veces generan espacios compartidos, aún, y a pesar de llevar mucho tiempo “conviviendo juntos”⁷⁷.

De ahí que para estos migrantes:

Las nuevas relaciones sociales convierten al barrio en una unidad de parentesco cuya cimentación está dada por los fuertes lazos de amistad y fraternidad que a mi modo de ver no desintegran la familia sino que por el contrario la cualifican, la cohesionan y por qué no, la integran a las nuevas posibilidades de trabajo estrechando sus vínculos para la satisfacción de las necesidades más inmediatas. En este sentido los barrios adquieren cierta

⁷⁷ Lo cual no es indicativo de que el barrio sea un territorio apocalíptico o neurótico, donde la gente no puede vivir, pues es claro que todo barrio está sitiado por procesos de mediaciones sociales, por los cuales se configuran cruces y fragmentaciones raciales y culturales que se evidencian en los usos que se hacen de él. El barrio como tal no es un escenario de conflictos interraciales, dado que las personas conviven con “acuerdos”, pero tampoco es un espacio de total armonía, al contrario es un lugar caracterizado por sus encuentros y desencuentros entre grupos culturales y raciales.

condición económica frente a los sectores que detentan el poder político. (Guevara, 1983: 893).

Por lo tanto, el hecho de convivir con la familiares, formando redes parentales y vecinales que son estratégicas para sobrevivir a la dinámica urbana, producen un sentido de arraigo sobre el lugar, así se establece una identidad con el territorio, mediada por la significación que se le da como lugar de terruño, básicamente porque aquí se encuentran los hijo(as), esposo(as) y demás parientes, lo cual indica que las cosas y las personas más amadas en la ciudad están en este lugar concreto de la familiaridad.

De tal modo, que al representar el barrio como un territorio extensivo de la familia en la ciudad, a partir de las alianzas que han demarcado trayectorias biográficas y tránsitos geográficos, Carapungo ha sido imaginado y visualizado como destino final de llegada, donde se ha marcado una nueva territorialidad, solidificada por los lazos parentales, por lo que el territorio se percibe como el lugar de concentración del núcleo familiar, básicamente porque permite el encuentro, la solidaridad y la unión parental, por medio de la cual se socializan los valores culturales del lugar de procedencia, los de la cultura urbana y en mayor medida, un medio estratégico para sobrevivir e intercambiar recursos disponibles para solventar las vicisitudes que se presentan en el barrio y en la ciudad en general.



Paradero de buses en Carapungo

En segundo lugar, las representaciones aluden a la producción de un sentido de *comunidad cultural y territorio racial* que se evidencia en el contexto barrial. El hecho de compartir con otros coterráneos, y sobre todo con pares raciales permite la construcción representacional de una identificación “unitaria”, un territorio de la *mismidad* que se fundamenta en el hecho de un “estar juntos” en la ciudad. Las relaciones entre paisanos estructuran el sentido de la comunidad cultural, mientras que la imagen de un espacio de la negritud establece el significado del territorio racial.

Al compartirse las vivencias individuales en el afuera simbólico y geográfico del espacio, especialmente, la experiencia del racismo, el barrio brinda un lugar de “protección” simbólica y concreta, frente al dilema histórico que recae sobre la población negra en ciudades como Quito, y que se profundiza cuando se trata de migrantes, quienes son vistos como no pertenecientes al mundo urbano. Este elemento es importante porque en el territorio barrial no se manifiesta con tanta intensidad los

problemas de discriminación, tal como si son representados en los demás lugares de la ciudad⁷⁸ que a menudo son comentados por los migrantes negro(as).

En ese sentido, Carapungo, junto a otros barrios como el Comité del Pueblo, África Mía, Pisuli, para nombrar los más referenciados, llevan la carga simbólica de mundos de la negritud, a pesar de que en ellos habita una alta proporción de población mestiza, indígena en menor grado y muy poca población blanca. Pero la presencia de la población negra, genera un peso relativo con fuertes impactos sociales como para catalogarlo dentro de los barrios de la negritud y lo que es más importante para el análisis sociológico de las representaciones, resulta el hecho de que es imaginado como un mundo “culturalmente propio”.⁷⁹

Por lo tanto, cuando los migrantes negro(as) asumen el barrio como un lugar cultural y un espacio de identidad racial, traen a colación las memorias por el cual se recuerda cómo se llegó a él y por qué se decidió habitarlo. Para ello(as), en este espacio se conformó un lugar de pertenencia, poblado por las ventajas climáticas y el hecho de

⁷⁸ El hecho de que para los migrantes negro(as) Carapungo sea representado como un territorio de la negritud, en el sentido que se le otorga un significado homogéneo por el hecho de que en él vive un alto porcentaje de población negra, no quiere decir que se presenten dinámicas discriminatorias en su interior, al contrario, la experiencia del racismo también está interiorizada en las estructuras psicológicas de los sectores populares, lo cual es consecuencia de la estructura racializada de la colonialidad que sigue anclada en los cuerpos, en las prácticas y en las representaciones y que tiene en la cotidianidad un campo de despliegue pocas veces perceptible. Sin embargo, cuando se presenta alguna manifestación racista entre los diferentes grupos, se generan reacciones que en el caso de los negro(as) se afrontan con mayor sentido de colectividad por el hecho de encontrarse reunidos en un lugar más pequeño, lo cual da un cierto aire de cohesión que permite crear estrategias para combatirlas, tal como sucedió cuando salieron periódicos en contra de los negros acusándolos de haber llevado los problemas de delincuencia al barrio, lo que produjo movilizaciones al interior del barrio por parte de los migrantes negro(as), tanto Choteños, como esmeraldeños. Lastimosamente estos periódicos han desaparecido. (Conversación con Jenny Borja en Agosto 25 de 2005).

⁷⁹ La representación de “mundo propio” puede tener varias connotaciones. Mientras para algunos académicos puede significar un mundo cultural folclorizado por las dinámicas “características” de población negra ecuatoriana, para los medios de comunicación y algunos sectores de clase media, y aún populares, pueden representar espacios del peligro, zonas de delincuencia y crimen, mientras que para los migrantes negro(as) que viven en el barrio, este es el territorio conquistado y un lugar de refugio frente a la experiencia del racismo. No es la representación de la otredad y de la diferencia cultural y racial, sino el espacio de la mismidad constitutivamente vital y humana.

estar con los “suyos,” en tanto motivos suficientes para dirigirse a este lugar. Claro está que la solución de vivienda que se presentó por la vía de las clientelas políticas también favoreció el arribo al barrio, pues en las dinámicas de urbanización, la vivienda es una prioridad vital para el que ha llegado de afuera, pero también el hecho de imaginarse una negritud ha sido uno de los incentivos que movilizó las voluntades de muchos migrantes por ir a Carapungo.

A Carapungo llegamos en una campaña política y a nosotros nos ofrecieron darnos una casa pero es que si hacíamos y votábamos por ese señor, en ese tiempo era la flecha verde, de la democracia popular, era el partido de gobierno, entonces el partido de gobiernos tiene que encontrar con un grupo de apoyo para cuando ellos dejen el poder, para que vayan y griten en el congreso por él porque ya no hay gente que quiera votar por él, entonces nosotros por el interés de la casa estuvimos ahí, ahí, ahí y las casas nuestras no iba a salir aquí en Carapungo, sino en Turubamba nos iba a dar al sur de la ciudad, entonces una sobrina, me dijo no, en Turubamba es mucho frío, mejor cojamos en el norte, entonces nos entregaron en el sur, pero perdimos esa casa porque no cogimos allá, entonces cogimos acá y aquí estuvo toda la gente negra aquí en Carapungo, yo viendo que esta toda la gente negra aquí, yo dije no me voy para allá, entonces unos amigos habían compadro sus casas aquí también, decían que el clima es un clima agradable, muy calido, y yo decía allá vamos a estar entre negros y decía yo no me voy a aburrir nunca. Toda la vida me encantó Carapungo, el clima, me gustó ya le digo me gustó que ya vivíamos entre nosotros, en nuestra tierra misma, me fascinó porque había muchos negros y para que voy a mentir me fascino mucho. (Marianita Villa).*

En Carapungo si estoy contenta de vivir, me amaño, creo que es mas calentito, la gente costeña que vive acá lo hace más calentito, acá somos como son en la costa, alegres, amables, carismáticos, acogedores y muchas cualidades, los quiteños son tristes, será por el frío, son recatados, hipócritas, es una cualidad de ellos, ellos a usted le sonríen y cuando usted vira le clavan el puñal, no se si pasara en mis espaldas, porque yo no miro para atrás, pero si creo. Aquí en Carapungo es especial porque iba a estar con mi esposo, con mi hija, y con gente del pueblo, aquí conozco bastante gente de Esmeraldas, yo soy

* Oriunda de Cuajara, (vía San Lorenzo). Entrevista realizada en agosto 5 de 2005. Todas las entrevistas se realizaron en el barrio Carapungo.

poco amiguera, casi no, pasamos hola y no más, pero me parece que es bien que haya gente de Esmeraldas para compartir, sino no creo que no hubiese venido, usted sabe que negro con negro se entiende (Nelly Hurtado).*

Las condiciones climáticas, el hecho de que vivan más negro(as) y paisanos, explican el tipo de representaciones construidas sobre el barrio como un lugar cultural y de unidad racial. Si las identidades se construyen dentro de las representaciones, en este caso particular se elaboran identidades en relación a la forma como se representa el territorio habitado, hecho que permite desarrollar un estado vital, una experiencia subjetiva mediada por la representación simbólica que se construye sobre el barrio. Carapungo, al ser más caliente, con mayor población negra migrante, es pues la otra cara, el claro-oscuro de la ciudad, vista como lo blanco, lo mestizo, la hipocresía y la falsedad,⁸⁰ calificativos que de alguna manera reflejan las vivencias que los negro(as) migrantes experimentan más allá de sus fronteras barriales, manteniendo en el mundo de las representaciones esa *topografía cultural* (Wade, 1997), a través de la cual los grupos se imaginan mutuamente en base a la relación, raza, cultura y región como elementos “constitutivos” de sus identidad.

Cuando se hace mención a este tipo de representaciones no se pretende justificar un separatismo que en la realidad no existe, al menos en términos materiales, pues como se indicó para el caso de Cali, el barrio está conectado por la lógica de la dinámica urbana, pero articulado con el peso simbólico de la diferencia racializada del espacio, puesto que pocos barrios de negros tienen una imagen positiva, más allá de la representación folclorizada que los ha constituido históricamente dentro del mundo de las imágenes y

* Oriunda de Esmeraldas. Entrevista realizada en agosto 26 de 2005.

⁸⁰ obviamente que este tipo de comentarios también expresan imágenes y representaciones estereotipadas como resultado de la dinámica del racismo, el cual lleva a que los racializados interioricen las mismas prácticas de racialización para nombrar a los otros.

las representaciones de la diferencia racial y cultural. Son estas vivencias las que han ido demarcando las trayectorias internas en la ciudad, hasta terminar en un lugar percibido como un territorio del “estar juntos”

Cuando vivía en El Comité conocía Carapungo porque yo tengo mis hijos que vivían aquí y ellos me trajeron a vivir aquí. Aquí estoy amañada, o quizás más adentro, más afuera, porque aquí estoy con mis hijos y usted sabe que con la familia, la única familia de uno sus hijos, aquí nos vemos, viene la Pola y conversamos, aquí estamos juntos (Rosa Elvira Polo).*

Por ello, las representaciones del barrio como lugar cultural y espacio racial no dejan de señalar un sentido de identificación y pertenencia territorial, pues al ser percibido como el lugar donde conviven los pares, se construye una experiencia de la proximidad, una experiencia colectiva que ha permitido la unión y el encuentro en un contexto eminentemente individualizador e impersonal como son las ciudades. Esto ha permitido la proximidad en la amplitud espacial de la ciudad, pues esa experiencia del “estar juntos”, que no deja de vivirse con tensiones y aún con conflictos, permite, sin embargo, en términos de representaciones, imaginar una comunidad homogénea, un lugar simbólico en base a la *estructura de sentimiento* (Williams, 2000) que funda el lugar, y que permite fortalecer prácticas identitarias⁸¹, pues es el contexto el que da sentido a las prácticas culturales.⁸²

* Oriunda de Santa Ana. Entrevista realizada en agosto 9 de 2005.

⁸¹ Pero hay que mencionar que no se trata de prácticas culturales puras traídas de sus lugares de origen que los migrantes reproducen en las ciudades, pues han pasado muchos años y la adaptación a la ciudad es evidente. Sin embargo, el flujo constante de migrantes nuevos que deciden llegar a Carapungo permite la recreación de algunos elementos culturales que se manifiestan, sobre todo en las prácticas del uso del territorio, pero que son identidades renovadas, reconstruidas en la doble dimensión espacial y cultural del lugar de salida y del de llegada y por las múltiples mediaciones comunicacionales típicas del mundo globalizado.

⁸² Esta idea es fundamental porque remite a la estructura de sentimiento que brinda el sentido del lugar. Entender el sentido de las prácticas sociales a partir del contexto, tal como me lo comento el antropólogo Alfredo Santillán en una conversación informal, es un aspecto central en el análisis de las representaciones del espacio (Agosto de 2005).



Jóvenes descendientes de migrantes en Carapungo

En este sentido, Carapungo funda una comunidad dentro de la comunidad barrial “específica” dentro de la ciudad, no implica esto que estemos hablando de un espacio separado de la dinámica metropolitana o un mundo aparte no permeado por las mediaciones simbólicas o de consumo que se presentan en las ciudades contemporáneas, pero precisamente, la misma dimensión simbólica posibilita imaginar una comunidad de sentido cultural y un espacio racial de autoidentificación, donde se ha fundado una nueva territorialidad, con usos culturales en el territorio y prácticas identificadoras creativas que toman de aquí y de allá, de lo que se vivió y de lo que aún se experimenta, como son las situaciones de discriminación racial. Por eso las representaciones que se elaboran sobre el espacio barrial emergen, en tanto construcciones de sentido, de las vivencias específicas y cotidianas, pues no son relatos producto de la ficción, sino que dan cuenta de las experiencias concretas en la ciudad.⁸³

De ahí que los usos del espacio permiten identificar las prácticas desarrolladas en su interior, las territorialidades construidas y las dinámicas identitarias que se producen y

⁸³ Teniendo en cuenta las diferencias sustanciales respecto a Cali, estos relatos dan cuenta de *prácticas de racialización del espacio*, fundadas en una experiencia histórica de la colonialidad, donde la raza sigue funcionando como un patrón de poder y clasificación social en los lugares donde la población negra tiene presencia.

reproducen en medio de las representaciones que las fundamentan. Si el barrio en tanto espacio territorializado es representado como un lugar de la identidad racial y como comunidad cultural, los usos que se hacen de él, en gran parte responden a las prácticas representacionales. Así, el sentido construido sobre el barrio, es al mismo tiempo un ámbito productor de identidades y generador de usos específicos desplegados en el territorio urbano.

Debido a que en Carapungo confluyen migrantes negro(as) de variadas procedencias, pero con un mayor porcentaje de choteños⁸⁴, seguidos por los esmeraldeños, hay que anotar que la representación del barrio como una unidad compacta y homogénea es vivida con fracturas, fragmentaciones, conflictos y representaciones que los mismos migrantes negro(as) producen sobre sus pares culturales,⁸⁵ pues no faltan algunos conflictos con otros grupos, pero básicamente esto se da por la experiencia del prejuicio y las prácticas de discriminación racial y culturales que recaen sobre los pobladores negro(as) migrantes en la ciudad. Para los primeros migrantes que arribaron al barrio, el hecho de haber llegado a este espacio con el ideal de estar en una comunidad negra ha implicado un lugar de pertenecía, lo cual no descarta el hecho de que muchos manifiestan querer salir debido a los conflictos, atracos y robos que han venido incrementándose en los últimos años.

⁸⁴ Se define choteños a las personas provenientes de la región del Valle del Chota.

⁸⁵ Si bien, las prácticas de representación dan cuenta de un sentido de identificación racial y cultural vivido por la experiencia de la discriminación en la ciudad de Quito, que se manifiesta cuando se hace referencia al afuera, entendiéndolo como los espacios ubicados más allá de la frontera barrial, es necesario mencionar que hacia dentro, es decir, en la dinámica interior del barrio se construyen representaciones estereotipadas, aún entre los mismos negros migrantes. Estas imágenes básicamente se producen por los lugares de procedencia; así por ejemplo: las choteñas consideran que las esmeraldeñas son mujeres fáciles, utilitaristas que aprovechan sus cualidades físicas para aprovecharse de los hombres, mientras que las esmeraldeñas asocian a las choteñas como mojigatas que esconden sus verdaderas intenciones por mostrar una imagen moralista del buen proceder. Esto hace parte de las representaciones regionales que se establece entre la costa y la sierra que son muy marcadas en el Ecuador. No obstante, el vivir en una ciudad racista se convierte en un hecho cohesionador que tiene más peso que las diferencias regionales que los separan. Además para los migrantes que ya tienen muchos años viviendo en la ciudad estas adscripciones regionales han ido perdiendo importancia.

De ahí que la congregación en territorios concretos constituya en proceso de delimitación de territorialidades internas, caracterizadas por los usos culturales que se presentan en ellos. Por ejemplo, los bailes que alguna vez se hicieran en las calles, en la caseta comunal, son dinámicas que configuran intraterritorialidades que fijan fronteras imaginarias internas, pues esos espacios se llenan de prácticas “negras” que son vistas por los otros con la extrañeza del que no está acostumbrado a observar la sintonía musical, la corporalidad expresiva y la novedad de ciertos bailes como la bomba⁸⁶.

Fuera de Carapungo no rumbeamos porque está lejos, es muy complicado irse de acá a bailar por fuera, un taxi es carísimo, 10 dólares de ida y 10 dólares de venida, con esos 20 dólares yo como tres días más o menos, me cuesta algunos días para hacerlo, me quedo en mi Carapungo, la misma música que se baila allá, se baila acá y esos que allá bailan metálicas y esas cosas, gentes locas, que se entienden entre ellos, yo no los entiendo, esa música el rock, el reguetton hasta cierto punto, en cambio allá no me van a poner la música que a mí me gusta, la salsa, la bomba y el vallenato. (Patricia Magali Ogonaga).*

En ese sentido, en Carapungo, los migrantes negro(as) y en especial sus descendientes han edificado un espacio simbólico y vital de la identificación de la negritud en su interior y hacia fuera. Estar en el lecho cultural y racial significa la manera de materializar el barrio racial-cultural, pues en él no solo se han trazado fronteras geográficas, sino culturales y simbólicas, en la medida que son enunciadas a partir de una exterioridad y una interioridad de la representación, que funciona como redes de sentido, donde se solidifican identidades y se establecen los usos del territorio⁸⁷.

⁸⁶ Por ejemplo es común ver en la discoteca El Sitio expresiones musicales como la bomba, baile tradicional de la comunidad choteña, que se mezcla con los ritmos que se podrían denominar urbanos, como la salsa y el reguetton, que si bien se escuchan en toda la ciudad, adquieren un sentido particular que otorga el lugar donde se lo baila y por el tipo de personas que lo bailan. La bomba en la ciudad solo se escucha en los barrios donde hay una fuerte presencia de choteños.

* Oriunda del Valle del Chota. Charla informal. Agosto 15 de 2005.

⁸⁷ Dos cosas deben quedar claras, en primer lugar, que la alusión al barrio étnico refiere a las posibilidades culturales que se pueden desarrollar ampliamente en él, pues ya he mencionado que no es un espacio habitado solo por población negra migrante; en segundo término, la opción por salir no está

Antes salía a lo que es la Amazonas, pero no sé, le dejé, porque uno está más acostumbrado a los bailes de aquí de los negros, de la salsa, no sé, cuando hacían festivales, cuando hacían aquí en Carapungo o en los Textiles, o sea lugares donde uno llegar cuando eran bailes de salsa. Eso se dejó porque salió El Sitio. Allá salgo más ahora. Ya me acostumbré porque es cerca, la gente llega más, gente conocida. (Leonardo Herrera).*

Por consiguiente, aquí se configuran espacios territorializados que expresan dinámicas identitarias que se mezclan sigilosamente con nuevos ritmos, produciendo prácticas culturales que se nutren de todas las mediaciones culturales de la ciudad. Por consiguiente, no significa que los migrantes negro(as) reproduzcan culturas puras traídas de sus lugares de origen, al contrario, lo que se producen son nuevas identidades que apelan a las dinámicas del contexto rural de donde se proviene pero que son abiertamente articuladas a las nuevas realidades urbanas.

Sin embargo, esto no refleja una pérdida de la identidad cultural, sino que devela la riqueza y la capacidad creativa y adaptativa de los migrantes para poder fundir lo que se trae y lo que se encuentra, además de que en los mismos contextos rurales y en ciudades como Esmeraldas y en el mismo Chota, ya de por sí las prácticas culturales son mestizadas, no solo por las dinámicas de consumos de productos globalizados, sino por las experiencias vividas en medio de tensiones, dinamizadas con la experiencia del lugar que es importante para el uso y la representación del territorio apropiado.

determinada solamente por que se desee siempre estar en el lugar, sino porque también pesan aspectos como la distancia, recursos económicos que dificultan cualquier posibilidad de ocupar otras zonas de la ciudad.

* Oriundo del Valle del Chota. Entrevista realizada en Octubre 25 de 2005.



El Sitio. Bailadero donde se encuentran migrantes y sus descendientes

En consecuencia, los usos se trazan en las trayectorias que los migrantes recorren en las visitas a sus familiares, son flujos constantes, movimientos que marcan recorridos dinámicos, por el cual el territorio se ensancha, se vuelve móvil y las fronteras fluidas. Contrario a lo que pasa con los usos de la ciudad, que son más funcionales, orientadas por la lógica instrumental de tener que recorrer ciertos lugares fuera del barrio para hacer diligencias, salir al trabajo o por alguna emergencia, los usos del espacio urbano son territorializados, lo cual también permite crear sentido de pertenencia simbólica. Esto se devela en las reuniones que se hacen los fines de semana en las canchas de fútbol, con el fin de hacer deporte, jugar fútbol, pero sobre todo salir de la rutina del trabajo, desplegando quizás otro tipo de rutina, más lúdicas y recreativas que permite seguir fortaleciendo la comunidad imaginada en medio del barrio⁸⁸. Por lo tanto:

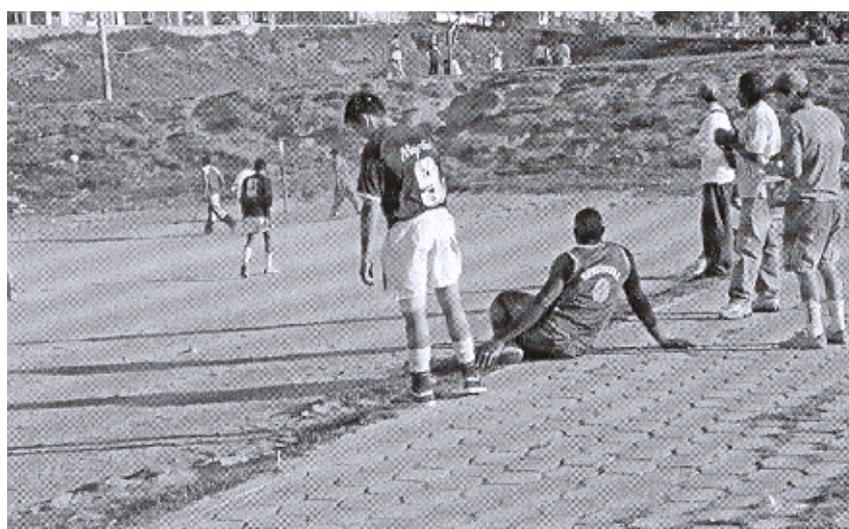
Estudiar las prácticas del espacio implica remitirse a las “maneras de hacer” a las formas de ocupar la ciudad, a las actividades cotidianas que hacen que la zona fronteriza poco a poco devenga en territorio donde el migrante marca sus propios ejes de sentido. El barrio adquiere importancia al constituir un territorio más o menos definido donde se ubican migrantes que proviene de una misma comunidad (Herrera, 2002: 47,51).

⁸⁸ Es común en Carapungo que los hombres se mezclen con las mujeres o que los equipos tengan madrinas. El paso de la cancha a determinadas casas a seguir la rumba marca usos culturales, lúdicos y festivos del espacio.

En ese sentido, el paisaje y la identificación racial expresan un uso cultural del barrio y reflejan porque se construyen representaciones del territorio como un lugar cultural, el barrio de la negritud que se encuentran en medio de la cotidianidad para construir ciudad desde el barrios, como expresión de comunidad que no esta en el imaginario de la gran comarca ni de las comunidades negras ribereñas, pero que fundan una experiencia del “estar allí” frente a una experiencia de la extrañeidad, de la discriminación que se vive en las afueras geográficas del barrio, demarcando fronteras materiales, geográficas, simbólicas y por supuesto experenciales.



Espacios de esparcimiento y recreación en Carapungo



CAPITULO 5

RAZA, MIGRANTES Y TERRITORIO URBANO. A MANERA DE CONCLUSIONES

La experiencia de la urbanización, al menos en Latinoamérica ha configurado una distribución espacial caracterizada por su racialización y la concentración de migrantes pobres en barrios que nacieron en medio de las disputas por el suelo y en otras ocasiones, producto de programas de interés social impulsadas por las instituciones del Estado, pero no por su buena voluntad, sino debido a las demandas por la vivienda de vastos contingentes de población que se “tomaron” las ciudades buscando conquistar sueños por un mejor vivir. Así nacieron muchas barriadas de concentración de poblaciones negras migrantes que a más de veinte años de su consolidación siguen cargando con el peso histórico de la discriminación, la segregación, la exclusión y lo que es peor, son objeto de representaciones estereotipadas, mediante las cuales se reproduce un orden racial espacial que articula raza, origen regional y territorio como un elemento constitutivo de la distribución territorial urbana en el continente.

En ciudades como Cali y Quito se refleja el patrón estructural de desarrollo urbano en Latino América, formado a través del modelo socioespacial de zonas céntricas y zonas periféricas. Aunque este tipo de modelo analítico es cuestionable desde el punto de vista de la supuesta polaridad cultural que imagina al centro y a la periferia como unidades homogéneas separadas, dado que no permite dar cuenta de la diversidad de prácticas culturales, usos espaciales y dinámicas económicas que se presentan, tanto en los lugares denominados centrales, al igual que los ubicados en sus márgenes,⁸⁹ resulta útil

⁸⁹ No obstante, el modelo centro-periferia que aquí utilizo mantiene una imagen convencional, dado que tiene el objetivo pragmático de indicar una división de mundos en términos simbólicos, que si bien

como modelo operativo para indicar cómo en el imaginario de estas ciudades, las periferias y las zonas céntricas, han adquirido la representación de mundos aislados, pues son percibidas como realidades separadas, mutuamente distantes que conviven como extrañas en un mismo espacio, *-la ciudad-* y conectadas solamente por la lógica funcional del sistema metropolitano (red de transporte, actividades laborales que la gente de las periferias realiza en los centros comerciales, financieros e industriales, tránsitos pasajeros, etc.) y por algunas dinámicas de consumo como el hecho de visitar centros comerciales o las corporaciones financieras que cada día se acercan a estas periferias para recaudar su volumen de capital, extrayendo los pocos recursos individuales y/o familiares que circulan en la estructura económica de estos sectores.

Por lo tanto, en el transcurrir histórico de la expansión urbana, el concepto de barrios periféricos y marginales ha connotado un sentido estigmatizador compartido colectivamente; por lo que las periferias responde a imágenes de lugares donde vive gente pobre, escenarios sumergidos en dinámicas delincuenciales, crimen organizado, violencia intrafamiliar y enfrentamientos entre pandillas que se manifiestan por la lógica interna del conflicto social que los “caracteriza”, y no en menor grado, habitados por negro(as) pobres y por migrantes. Precisamente, son estas tres últimas características,

pueden demarcar situaciones diferenciadas en hábitos, consumos, identidades y usos del espacio, no podemos dejar de mencionar que en los últimos años, ciudades como Cali y Quito han emergido tantos centros como periferias; aún en las mismas zonas históricamente consideradas centrales se ubican periferias y viceversa, lo cual implica que este modelo que ha explicado la transformación urbana de estas ciudades, debe ser tomado críticamente, particularmente cuando se trata de analizar la configuración espacial y las lógicas sociales que emanan de él. Por ejemplo, en Quito el sur y el norte responden a imágenes de espacios separados que viven sin mirarse. No obstante, hay periferias en el norte como hay centralidades en el sur. En Cali la centralidad tiene varias zonas periféricas, ubicadas al nororiente (Distrito de Aguablanca) y en el sur oriente de la ciudad, (Siloe), sin embargo, en el mismos Distrito de Aguablanca hay barrios que son considerados periféricos, marcando así, periferias dentro de las periferias.

vinculadas al territorio barrial, lo que me permite hablar de las representaciones racializadas del espacio en ciudades como Quito y especialmente en Cali.

Sin remitirse solo a ellos, he intentado demostrar que los medios de comunicación (Radio, TV y sobre todo la prensa) constituyen los espacios mediáticos donde más se reproducen estas imágenes negativas, proyectadas como “típicas,” produciendo a través de sus discursos e imágenes lo que Martini (2000) denomina *el verosímil construido*, toda vez que se asume una noticia como un discurso de verdad, al enfatizar aspectos que versan sobre la criminalidad y la delincuencia vividas en estos sectores o su aparente contraparte que intenta visibilizarlos a partir de construcciones folclorizadas o en su defecto terminan siendo lugares sometidos al anonimato cuando no responden a las realidades que dan cuenta de las imágenes socialmente aceptadas del crimen, la “desorganización” o la folclorización en los barrios de concentración de población negra migrante.

Si tomamos en consideración que en países como Ecuador y Colombia, las representaciones sobre las identidades conservan el peso histórico de la racialización cultural del espacio, no es descabellado indicar una posible reproducción de este orden imaginario en contextos urbanos. En el primer país ha funcionado lo que Jean Rahier (1999) denomina un *orden racial/espacial* para indicar que la lectura del territorio nacional es racializada, pues se concibe al mundo urbano como depositario de la civilización, el progreso y lo moderno, en relación a su “antagónico” contexto rural, percibido como “primitivo,” “bárbaro” y mundo del “atraso”. De este modo, a través del orden racial/espacial las personas negras han sido representadas como pertenecientes al mundo “primitivo” o “incivilizado”, esto es, adscriptas a lo rural, por lo cual son vistas

en las ciudades como invasoras de un contexto que no es el “suyo” y quienes supuestamente llegan a ellas a habitar un espacio ajeno a su lugar “natural,” al punto que son identificadas como transgresoras de un orden espacial simbólicamente preconstituido, el cual pretende confinar a los negro(as) al campo y a los blanco(as) y mestizo(as) a las ciudades.

Según Rahier, este tipo de representaciones imagina a los pobladores afrourbanos como depredadores sociales, criminales, drogadictos o violadores, es decir, toda una serie de estereotipos que pretenden “explicar” ciertas conductas de los afros en base a comportamientos que se asumen como naturales a su ser. Estas representaciones construidas por la elites blanco-mestizas combina imágenes del terror y del deseo, lo cual indica que no son elaboraciones monolíticas, sino construidas en la dualidad de la sexualidad exotizada y el miedo prejuiciado, por el cual se mira a la gente negra como delincuentes y criminales, adecuando estas imágenes a contextos y situaciones históricas concretas. De ahí, que los negro(as) sean representados como los “*últimos otros*” en la escala del orden racial jerarquizado, lo cual se ve revertido en la invisibilidad o en la visibilización negativa.

En Colombia, Peter Wade (1997) denomina al orden que articula raza, espacio y cultura, *la regionalización de la raza*, para mostrar que por medio de la vinculación de estas tres variables la identidad del país ha sido construida en base a las estructuras espaciales como resultado de las relaciones sociales que son leídas dentro de un discurso racializado del territorio nacional. Por tal razón, la construcción racializada esta inherentemente asociada a espacios regionales, demarcando lo que el mismo autor denomina una *topografía cultural*, mediante la cual se relaciona lo negro con

determinadas regiones, al mismo tiempo que se establecen representaciones que asocian el progreso, lo civilizado y lo moderno a las ciudades y a regiones como la andina y su contraparte, lo “atrasado”, lo “tradicional” y lo “incivilizado” a las zonas rurales y costeras, especialmente a la Pacífica, región característicamente negra, en términos demográficos, culturales y por su conformación histórica.

En ese sentido, la regionalización de la raza constituye un componente fundamental en la construcción de la identidad nacional colombiana, debido a que la articulación entre raza, procedencia y territorio solo puede ser entendida en la inextricable relación de los territorios regionales, en tanto hay una construcción simbólica, una composición económica y un estatus político atribuido a cada una de ellas, según el grado de composición racial y cultural. De ahí que esta caracterización haya configurado representaciones racializadas de los espacios regionales que se mantienen hasta nuestros días.

Sin desestimar las diferencias sustanciales entre los dos países, pues en Colombia los procesos migratorios datan desde los años cuarenta, motivados por causas económicas y dinámicas de violencia, mientras que en Ecuador, las oleadas migratorias de población negra registran una mayor tendencia en los últimos veinte años, al igual que las diferencias de las procedencias regionales, dado que los migrantes ecuatorianos han establecido una marcada distinción entre sierra y costa, situación menos “problemática” en Colombia, donde la población negra migrante ha sido principalmente de la Costa Pacífica, es posible identificar un patrón estructural de poblamiento que tiene a las zonas periféricas como espacios de concentración de población migrante en los dos países.

De ahí que estas diferencias, aunque determinantes en las especificidades de cada contexto, no deben restarle peso al hecho que ha sido analizado en este trabajo, consistente en analizar la relación entre raza, espacio y lugar de origen como orden representacional que “legítima” lecturas culturales y racializadas del espacio⁹⁰ y que en términos más globales, podríamos decir, constituyen representaciones que reproducen un patrón de poder hegemónico donde la raza sigue funcionando como un eje central de clasificación social que Aníbal Quijano (1999) denomina como *colonialidad del poder*.

Por lo tanto, si el espacio nacional ha sido racializado en Ecuador y Colombia a partir de divisiones regionales y divisiones entre el mundo rural y el mundo urbano, entonces cabría preguntarse ¿si se ha configurado la reproducción de este orden racial en ciudades como Cali y Quito como resultado de los procesos migratorios de poblaciones negras? Lo estudiado en esta investigación muestra que sí, pues la configuración urbana también ha producido la racialización del espacio, en la medida que la poblaciones negras migrantes concentradas en barrios periféricos en estas ciudades, producto de la búsqueda de vivienda que constituye una de las principales prioridades de cualquier migrante, han cargado con el peso del estigma que relaciona raza, procedencia cultural y lugar.

⁹⁰ Si tenemos en cuenta que los migrantes negro(as) son vistos como los “otros” cuando llegan a las ciudades, debido a que sus pautas culturales se diferencian de las de la ciudad, -al menos hasta que empiezan a enfrentarse a procesos de negociación y adaptación- es lógico pensar que cuando estas personas se concentran en determinados espacios, ya no solo ellos, en tanto sujetos individuales son vistos como una diferencia racial y cultural, sino también el territorio donde se asientan. De ahí, que tanto el orden racial espacial del que habla Rahier sirva para comprender la lectura racialidad del territorio en Colombia, al igual que la regionalización de la raza de la que habla Wade opere como concepto explicativo en la lectura cultural y racialidad del espacio nacional ecuatoriano, por su puesto, teniendo en cuenta las diferencias contextuales que han sido señaladas a lo largo de este trabajo. Pero lo fundamental, es decir, las representaciones que articulan raza, espacio y lugar de origen son transversales a los dos países.

Así, la conformación de asentamientos negros en Quito, y sobre todo en Cali, catalogados dentro del discurso académico, entidades del Estado y en el imaginario social como periferias y espacios marginados, conservan en los contextos urbanos la representación del orden racial/espacial del que habla Rahier y la regionalización de la raza del que nos habla Wade, pues en ellos no se mira al negro(a) migrante por fuera del territorio que habita.

No obstante, en el caso de Cali, esta situación es más evidente que en Quito, pues en la capital ecuatoriana los barrios donde vive un gran número de gente negra no presentan de manera aguda las problemáticas que se dan en los barrios de la capital vallecaucana, por lo que no son registrados permanentemente en los medios; en la medida de que no son productores de problemáticas que permitan reafirmar las representaciones negativas sobre los barrios de concentración negra.

A diferencia de Quito, tal como se pudo observar, en la ciudad de Cali este tipo de barrios viven entre la encrucijada de la violencia y los deseos de sus pobladores por superar sus conflictos por medio de actividades culturales, dinámicas organizativas, prácticas comunitarias y actividades económicas informales que si bien no son permanentes, si constituyen respuestas a los problemas de los pobladores para solucionar sus necesidades más apremiantes. Sin embargo, en el ojo de la opinión pública, las representaciones responden a las imágenes del crimen, el peligro y la folclorización exotizada como única posibilidad de vida para los habitantes de barrios como el Retiro, produciendo con ello un cuadro social imposible de ser imaginado más allá de estas representaciones.

Estos territorios, es decir, las barriadas caleñas como El Retiro, son registrados en la prensa como lugares habitados por negro(as) con escasos ingresos económicos, debido al tipo de actividades que realizan (obreros de la construcción, trabajadoras domésticas, trabajadores informales, entre muchas otras), escenarios tipificados dentro de los cuadros de “descomposición social” (robos, atracos, enfrentamientos entre pandillas juveniles) y toda una gama de estigmas que entronizan una imagen del miedo, proyectadas y difundidas como lógicas internas, inherentes a la propia constitución del territorio barrial,⁹¹ cuando en realidad son el resultado de problemáticas estructurales irresueltas por Estados que históricamente han sido incapaces de buscarles soluciones. Cuando son visibilizados por sus aspectos positivos, los textos se reducen a mostrar estos barrios como escenarios culturales dinamizados por sus prácticas folclóricas, por las cuales se objetiviza el espacio y a sus pobladores en la reafirmación de fantasías raciales, acerca de la diferencia de la cultura negra.

En el caso de las barriadas negras quiteñas, la realidad es relativamente distinta, pues la información registrada en la prensa parece indicar que éstas poco importan como escenarios constructores de ciudad, siempre y cuando vivan sus vidas aisladamente, en su “mundo propio” y no reporten las dinámicas de delincuencia, crimen, “desorganización social” que se asume en el imaginario como problemáticas inherentes a las formaciones urbanas periféricas, habitadas por un alto porcentaje de población negra. Se podría decir que en Quito, estos espacios son “territorios del anonimato”, lugares invisibilizados, en tanto no son productores de eventos o sucesos noticiosos que

⁹¹ Pero al mismo tiempo que estas zonas son clasificadas por sus dinámicas negativas, ampliamente difundidas, se confrontan con actividades culturales, artísticas, grupos de hip hop, rap, organizaciones juveniles, militancia política, microempresas, entre otro tipo de organizaciones y actividades (difundidas en menor grado) que confluyen en ellas y que dibujan un paisaje urbano complejo, dinamizado entre el conflicto estructural del que forman parte y el sueño de crear arte, cultura como ejercicio reivindicativo en medio del drama humano de la exclusión.

permitan reproducir lo que esta en la mente de todos, es decir, mientras no hagan posible reafirmar el verosímil construido, la descripción mecánica que busca en la periferias las noticias negativas que harían parte constitutiva de sus realidades.

En las pocas ocasiones que los barrios de población negra migrante se hacen públicos en Quito, es cuando son registrados por dinámicas sociales que dan cuenta de sus penurias, sus agravios, sus dramas humanos o por su resonada riqueza cultural. Riqueza o acervo, que sin embargo es reducido a las danzas, las comidas, las potencialidades para el deporte y toda una serie de imágenes que enfatizan en la cultura de las poblaciones negras como productos materiales y no como un campo de disputa simbólica. Aunque se debe mencionar que los textos periodísticos que visibilizan a la poblaciones negras migrantes en esta ciudad, no necesariamente tienen la intención de reafirmar imágenes estereotipadas, pues en muchas ocasiones las noticias buscan denunciar problemáticas como la discriminación racial; no obstante, los informes rayan en mensajes estereotipados que terminan reproduciendo representaciones negativas consciente o inconscientemente. De este modo, la población negra en Quito es visibilizada en la prensa, no tanto en relación con sus territorios, sino como una identidad racial y cultural.

Por consiguiente, al tomar el modelo explicativo de zonas céntricas y zonas periféricas no pretendí centrarme en una explicación del comportamiento urbano a partir de él, pues tampoco fue mi interés profundizar en este aspecto, dado que no estaba dentro los objetivos de esta investigación; en el mejor de los casos, lo adopté solamente con propósitos descriptivos con la intención de señalar cómo este tipo de “discurso experto”, ha promovido la institución de un imaginario sobre los espacios denominados

periféricos, creando una *imagen síntesis*⁹² sobre los barrios ubicados en los linderos de la centralidad -*sectores peligrosos, ollas, zonas rojas, etc.*, - que bien podría decirse, han configurado en la dimensión simbólica del espacio lo que Edward Said (1990) llama una *geografía imaginaria*⁹³, donde la representación que se hace de un objeto, lugar o grupo cultural, es puramente arbitraria, pues está elaborada sobre la base de su (des)conocimiento, buscando corroborar las preconociones que se tiene de ellos, siempre que se intenta un acercamiento para “estudiarlos” o intervenirlos a través de programas sociales o por medio de acciones militarizadas.

Si tenemos en cuenta estas características, entonces cabría preguntarse ¿cuáles el peso simbólico y material de las imágenes que se construyen desde representaciones externas sobre estos espacios y gentes? Tal como se trabajó en el capítulo anterior, en la ciudad de Cali, los territorios donde se concentra la población negra migrante están en el centro de la imaginación pública y cotidiana, a diferencia de Quito, donde barrios como Carapungo están relativamente invisibilizados en los discursos mediáticos, en las entidades oficiales como territorios de negritud, lo cual no indica que no sean percibidos en base a las imágenes comúnmente asociadas a ellos, puesto que los migrantes negro(as) son visibilizados en la prensa en base a imágenes que redundan en visiones

⁹² Las imágenes síntesis se construyen en base a referencias culturales que sustentan proyectos ideológicos por parte de grupos de poder, básicamente económicos, los cuales tienden a homogenizar la representación del ambiente urbano a partir de una imagen sintetizada de las ciudades. Por ejemplo, la idea de “Cali como capital de la salsa”, negando las diferencias que la constituyen. Esto puede ser pensado para los barrios marginales, pues alrededor de ellos también se crean imágenes que los homogeniza, por decir, bajo la idea de “zonas rojas” lo cual genera un estigma que opaca sus actividades creativas y sus diferencias internas.

⁹³ Si bien, hay que tomar con cautela este concepto, en la medida que Said lo utiliza para mostrar como el oriente es una construcción imaginaria del occidente, puede ser útil para indicar como sobre los barrios de negro(as), asociados la mayoría de veces como sectores periféricos, también se construye una imagen estática que adquiere validez después de que se le ha otorgado el significado. Por ejemplo, términos como “zonas rojas,” “ollas,” “barrios calientes” consagrados al designio del mal ó del peligro, generan una imagen congelada en el tiempo que se refuerza a través de discursos, programas de intervención social, planes de acción municipal –regularmente policivos-, entre otros, llevando a que estos espacios de la diferencia sean vistos como lugares patológicos de la desorganización social, tal como sucede en algunos barrios de Cali.

folclorizadas, habilidades deportivas y como criminales potenciales, particularmente cuando se refieren a los hombres. De ahí que por el hecho de que sean visualizados en menor medida o debido a que las representaciones estereotipadas se concentren más sobre individuos, no indica que sobre estos lugares no recaigan representaciones igualmente negativas, pues lo que no se enuncia reposa en la dimensión silenciosa de la imaginación como la cara oculta de las representaciones.

Por lo tanto, al analizar las construcciones estereotipadas que se elaboran sobre los barrios negros en Cali y Quito, acudiendo principalmente a recortes de prensa, a las pocas investigaciones que se han realizado sobre estas temáticas, intente extrapolar el peso histórico negativo que siguen teniendo las poblaciones afrourbanas, las cuales se ven revertidas en políticas de criminalización, exclusión, tal como sucede a menudo en las barriadas caleñas e invisibilización o visibilizaciones exotizadas en el caso de los pobladores y territorios de concentración negra en Quito. Con ello se pretendió mostrar que las poblaciones dispóricas negras siguen cargando con el peso de la fijación intemporal y que las representaciones de los negro(as) rebasan los contextos, más allá de que los repertorios por los cuales se los imagina se adecuen a las condiciones específicas de cada lugar. Así pues, a pesar de estas diferencias, determinadas por los contextos situacionales de estos barrios, se puede notar que dentro de sus características generales, coexisten situaciones transversales y comunes a estas poblaciones urbanas, “sin importar” sus realidades “disímiles”.

De ahí que cuando se producen representaciones externas, se proyecta un régimen de representación que articula a la diferencia racial, la variable del territorio barrial urbano, por medio de las cuales los territorios de población negra parecieran quedar congelados

en el tiempo como lugares del miedo, el crimen y su otra cara amable: riqueza cultural. Estos repertorios de representación se constituyen en mecanismos que no solo reproduce el orden espacial urbano, sino que también se manifiesta un orden de poder que legitima la exclusión, la segregación y la discriminación sobre la base de lo que se percibe sobre los otros, o de aquellos grupos y lugares que han sido tipificados dentro de las zonas periféricas o territorios marginales, lo cual indica que el espacio, es también otra de las formas por la cual se distribuye y se ejerce el poder.

No obstante, cuando se comprende que la experiencia subjetiva del espacio social está atravesada por la vivencia del lugar y la apropiación del territorio, lo cual influye en las formas de construcción identitaria, inscritas en las representaciones que se hacen de él, es posible entender que todo aquello que es imaginado desde afuera en su negatividad, es posible que sea reimaginado desde adentro en su positividad. Si representar, en el sentido ya indicado, es otorgar una imagen a algo y construir sentido sobre ella, entonces su elaboración se desarrolla en base a la experiencia *-del pasado y del presente-* que se tenga respecto a lo que se le otorga sentido y por los mecanismos de mediación que influyen en su significación. Retomando a Hall (1999), las prácticas de representación implican una condición, ya sea de lugar, étnica, racial, de género o clase, por lo cual, todo acto de representar se hace desde un lugar de enunciación que los migrantes negro(as) tienen presente a la hora de percibir sus territorios urbanos.

Por lo tanto, al adoptar la perspectiva constructivista de las representaciones, partí de un fundamento teórico que entiende que las prácticas identitarias que se producen en el barrio son diversas y están influenciadas por múltiples mediaciones sociales y experienciales. Asumir que la realidad es elaborada por las representaciones de los

actores a partir de una construcción subjetiva, (Barth, 1969 citado por Agudelo, 2004) me ha llevado a identificar cómo en base a las representaciones de los sujetos se presenta el sentido de la acción en las interacciones sociales, es decir, en el contexto situacional concreto. Es aquí donde se consideraron los usos del territorio barrial, en tanto aluden a las prácticas representacionales específicas, construidas dentro y fuera de él y que significan lugares de posicionamiento a través disputas de sentido, dado que los relatos de los migrantes expresan luchas simbólicas, en la medida que sus representaciones constituyen visiones de mundo.

De ahí que, tal como lo expresa Araujo, “una relación de sentido, es una relación de poder” (2002: 51), en tanto las representaciones internas son manifestaciones que, negocian, reelaboran o subvierten las imágenes externas, debido a que los grupos sociales elaboran significaciones acorde a sus prácticas e historias, lo cual les permite construir sentidos sociales que pueden ser valorados como disputa política, en la medida que se oponen a las visiones de mundo hegemónicas.

Fue en esta dirección que se analizaron las representaciones internas y usos que los habitantes de El Retiro y Carapungo construyen sobre sus territorios apropiados en estas dos ciudades. Si en el tercer acápite se pudo notar que las representaciones externas, no solo funcionan en el ámbito del imaginario, sino que tiene efectos concretos en la vida colectiva de la comunidad barrial, como las practicas de criminalización y militarización en El Retiro, el hecho de rescatar con mayor tono enunciativo las voces de los sujetos inmersos en el territorio específico, enfatizando en una “mirada nativa” o en las percepciones construidas desde el interior de los barrios, trabajadas en el capítulo cuarto, me permitió contrastar en el plano de las representaciones, lo que los sujetos

elaboran sobre sus entornos cotidianos. Se trató de analizar cómo las imágenes que se elaboran desde la prensa, tienen su contrapeso desde las experiencias producidas desde un adentro no solo imaginado, sino también vivido, en tanto, el espacio territorial es percibido como un lugar de sentido que los emigrantes negro(as) hacen de él, un territorio concreto, construido en medio de las disputas por el suelo, utilizando diferentes medios para apropiárselo.

De este modo, se pudo observar que en El Retiro las dinámicas sociales agudizadas por los conflictos internos que han generado imágenes estigmatizadas sobre el espacio y sus habitantes, conllevan a que sus pobladores produzcan representaciones donde se revaloriza la pertenencia espacial, afincada en el lugar de enunciación racial y territorial, socavando en las memorias del poblamiento, la historia que recorre la apropiación del barrio y las situaciones de segregación que enfrenta cotidianamente en el conjunto de la ciudad. Estas vivencias significan sentidos que subvierten o contrarrestan lo que se dice externamente sobre el Retiro, de ahí que las representaciones internas signifiquen luchas de sentido por escamotear las imágenes que lo han dado a conocer en el Distrito de Aguablanca y en la ciudad.

Por su parte, en Carapungo, el lugar enunciativo de los migrantes se sustenta sobre todo en sus “arraigos” culturales y familiares, pues al estar “despojado” de dinámicas conflictivas del delito y el crimen, sus significados instauran sentidos que sobrevaloran las capacidades de la gente para adaptarse a la ciudad, en base a las redes de parentesco, el paisanaje y el fortalecimiento cultural. Así, en los relatos de los migrantes negros de Carapungo se exalta el sentido de una topografía cultural urbana revitalizada, mediante

la cual, estos pobladores se hacen visibles no solo por el estereotipo, sino por sus agencias cotidianas.

Sin embargo, al tomar un poco de “distancia” con las especificidades situacionales de los dos contextos, se puede dar cuenta de algunos elementos transversales sobre estos dos contextos de la diferencia. Un primer aspecto indica que para los migrantes de segunda generación esta condición ha perdido fuerza, en la medida que muchos de ellos se asumen como parte de la ciudad, debido a que han podido conquistar sus sueños en ella, al construir una familia e irrigarla con sus descendientes que han nacido en las ciudades y sobre todo, por el hecho de haber conquistado un lugar, un pedazo de tierra en suelo extraño. De ahí, que sean las situaciones de la discriminación lo que permite crear identificación, en tanto experiencia concreta que sigue atravesando sus subjetividades y que tiene mayor peso simbólico y experiencial a la hora de afirmar su identificación racial.

En segundo lugar, se puede notar que tanto en Cali como en Quito, la relación raza, procedencia geográfica, territorio periférico y condición socioeconómica forman parte de una dinámica histórica-estructural de las sociedades latinoamericanas, en tanto expresión de la segregación socioespacial que se conserva con el peso simbólico de las representaciones negativas y de la invisibilidad sobre las poblaciones negras. Precisamente, el hecho de vivir en ciudades hegemónicamente consideradas como blanco-mestizas, constituye una condición compartida de la negritud en ambos lados.

En tal sentido, al centrarme en los niveles de percepción subjetiva en su doble dimensión, esto es, representaciones externas y representaciones internas desde

territorio barrial, he pretendido dar cuenta de la otra cara de la segregación racial, socioespacial y la marginalidad urbana, socavando el mundo de las representaciones, a partir de las visiones individuales que son reforzadas por la fuerza de la colectividad que no se develan en las estadísticas, en los índices de pobreza, en las metodologías que miden la pobreza por la vía de las necesidades básicas insatisfechas, sino en ese plano imperceptible que constituye la producción de sentido anclado en las mentes.

Por ello, se ha dejado constancia de que desde las percepciones de los migrantes, sus relatos dan cuenta de otras realidades, donde sobresalen las agencias cotidianas, las luchas diarias por la sobrevivencia, el sentido de pertenencia sobre un territorio ganado a punta de tesón en las ciudades, las formas como han controlado su medio físico y social, las solidaridades comunales, familiares y también las tensiones y conflictos que se viven al interior de ellos. Adentrarse en las representaciones de los migrantes negro(as) me ha permitido identificar las estrategias que estas personas llevan a cabo en el transcurrir diario.

No son agencias que se manifiestan a través de movilizaciones o discursos de identidad, sino estrategias y tácticas cotidianas o "*artes del débil*" como las llama Michel De Certeau (1996) que se expresan en las pequeñas conquistas obtenidas en las ciudades, donde sobresale el hecho de crear identificación racial y territorial, asumiendo de manera "pasiva" y simbólica la pertenencia a una comunidad barrial, (Padilla, Citado por Davis, 2000) que tiene en la experiencia de haber llegado de afuera y de ser vistos como extraños por su condición racial, el motivo de su agrupamiento y la defensa de su negritud y su territorio urbano.

De ahí, que El Retiro y Carapungo sean imaginados como territorios de la negritud, lugares refugios, territorios concretos en la inmensidad de las ciudades, lugares donde los migrantes han reconstruido sus identidades y sus territorios con las remembranzas del pasado, las experiencias y las memorias del barrio y la ciudad, personas que se reclaman como protagonistas de la sociedad, hacedores ciudad a través de su identidad barrial y no solo visibles por medio de los estereotipos que intentan confinarlos en un tiempo inmóvil, sino demostrar que son actores activos, quines han fundado comunidades barriales, espacios de convivencia y sentido de pertenencia territorial. En consecuencia, más allá de las distancias geográficas que separan estos barrios, es evidente que están unidos por las experiencias históricas que los “igualan” aquí y allá, en contextos situacionales diferentes, pero atravesados por la experiencia de la colonialidad que sigue anclada en los cuerpos, en las prácticas y en las representaciones.

Es por ello que sus experiencias, sus historias, memorias, recuerdos y el peso gravitante de sentirse juntos en ciudades, que aunque sientan suyas, los siguen viendo “extraños” por su diferencia constitutivamente racial y por la construcción estigmatizada del lugar al que pertenecen, -particularmente en Cali- sean la base sobre la cual se ha creado pertenencia con el lugar, esa pertenencia que solo se adquiere en la vivencia cotidiana del barrio.

BIBLIOGRAFÍA

Agudelo, Efrén Carlos, “No todos vienen de río: construcción de identidades negras urbanas y movilización política en Colombia,” En: Eduardo Restrepo y Axel Rojas (editores), *Conflicto e (in)visibilidad. Retos de los estudios de la gente negra en Colombia*, Popayán, Editorial, Universidad del Cauca, Colección Políticas de la alteridad, 2004.

Aguirre Milagros, Fernando Carrión, Eduardo Kingman, *Quito Imaginado*, Bogota-Colombia, Distribuidora y Editora Aguilar, Althea, Taurus, Alfaguara, S.A., 2005.

Alban, Achinte Adolfo, *Patianos Allá y Acá. Migraciones y Adaptaciones Culturales 1950-1997*, Popayán-Colombia, Junio de 1999.

Anderson Benedict, “Introducción,” *Comunidades Imaginadas*, México, F.C.E, 1993.

Appadurai Arjun, “Parte I. Flujos globales” En: *La modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización*, Montevideo, Ediciones Trilce, S.A., 1996.

Aprile-Gnisset Jacques y Mosquera Gilma, *Clases, segregación y barrios*, Cali, Universidad del Valle, 1984.

Araujo Inesita, “Mediaciones y poder”, En: Guillermo Orozco Gómez (Coordinador) *Recepción y mediaciones. Casos de investigación en América Latina*, Buenos Aires, Editorial Norma, 2002.

Arboleda, Quiñónez Santiago, *Le dije que me esperara, Carmela no me esperó. El Pacífico en Cali*, Cali-Colombia, Fonds, 1998.

Barbero Jesús Martín, *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*, Barcelona, Ediciones Gustavo Gili, S.A. de C.V. 1983.

Carrión, Fernando, “Las nuevas tendencias de la urbanización en América Latina,” En: *La ciudad construida. Urbanismo en América Latina*, Quito, FLACSO, Sede-Ecuador, 2001.

Carrión Fernando, “Notas para una caracterización de las fases del proceso de urbanización en el Ecuador,” En: *Economía Ecuador: 1830-1980*. Segunda parte, Corporación Editora Nacional, 1983.

Carrión Fernando, *Quito: Crisis y Política Urbana*, Quito, Editorial El Conejo/CIUDAD. 1987, 1987.

Castro Chiriboga Alfonso, “La población negra en el Quito de 1840,” En: Rafael Savoia (coordinador), *El negro en la historia. Aportes para el conocimiento de las raíces en América Latina*, Quito, Centro Cultural Afroecuatoriano, 1990.

CEPAL, BID, *Población indígena y afroecuatoriana en Ecuador: Diagnostico sociodemográfico a partir del censo de 2001*. Santiago de Chile, Naciones Unidas, 2005.

Davis Mike, "Urbanismo Mágico. Los latinos reinventan la gran ciudad estadounidense," En: *New Left Review, Emigración, etnicidad y fuerza de trabajo*, Madrid-España, Ediciones Akal, S.A., No. 3, Julio-Agosto, 2000. Págs. 19-64.

De Certeau Michel, *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*, México. D.F., Universidad Iberoamericana, 1996.

De la Torre Espinosa Carlos, *Afroquiteños: Ciudadanía y Racismo*, Quito-Ecuador, Centro Andino de Acción Popular -caap-, Agosto, 2002.

Diagnostico de la Problemática Afroecuatoriana y Propuestas de Acciones Prioritarias, Quito, Banco Interamericano de Desarrollo (BID), 2004.

Espinoza Apolo Manuel, *Pueblo repentino. Historia local de Calderón*, Quito, IMQ, 2005.

Fanon Frantz, *Piel negra, mascara blancas*, Buenos Aires, Schapire Editor, 1974.

Fuentes Gomes José H. "Imágenes e Imaginarios urbanos: su utilización en los estudios de las ciudades," En: *Imaginarios urbanos, ciudades, Revista trimestral de la red nacional de investigación urbana*, México, No. 46, Universidad Autónoma de Puebla, Junio de 2000.

Giménez Gilberto, "Territorio, cultura e identidades. La región sociocultural" En: *Cultura y región*, Colombia, Editores CES, Universidad Nacional, Ministerio de Cultura; 2000.

Guerrero Patricio, *La cultura. Estrategias conceptuales para comprender la identidad, la diversidad y la diferencia*, Quito, Ediciones Abya-Yala, 2002.

Guevara Rubén Darío, "El barrio como un medio que contribuye a la integración familiar," En: Boletín de Antropología, Medellín, Volumen 5, No. 17-19, Universidad de Antioquia, Facultad de Ciencias sociales, Departamento de Antropología, 1983. Págs. 883-900.

Hall Stuart, "El espectáculo del otro," En: Stuart Hall (editor), *Representation: Cultural Representations and Signifying Practices*, London, Sage Publications, 1997.

Hall Stuart, "Identidad Cultural y Diáspora," En: Santiago Castro-Gomes, Oscar Guardiola-Rivera, Carmen Millán Benavides (editores), *Pensar (en) los intersticios. Teoría y práctica de la crítica poscolonial*, Bogota, Centro Editorial Javeriano, Ceja, 1999.

Hall Stuart, "Significao, representacao, ideología. Althusser e os debates pos-estruturalistas," En: *DA DÍASPORA, Identidades y Mediacoés Culturais*, Brasilia, Editora Universidad Nacional de Minas Gerais (UFMG), 2003.

Herrera Lucia, *La ciudad del migrante. La representación de Quito en relatos de migrantes indígenas*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar/Abya-Yala/Corporación Editorial Nacional.

Lobeto Claudio, “Acciones y Representaciones en los espacios urbanos,” En: *Antropología del ciberespacio*, Leonela Cucurella (comp.), Quito, Abya-Yala, 1999.

Martini Stella, “El espacio urbano hoy: una arquitectura social en movimiento,” En: *Teoría y Política de la construcción de identidades y diferencia en América Latina y el Caribe*, Caracas, Nueva Sociedad, VE, 1994.

Martini Stella, *Periodismo, noticia y noticiabilidad*, Bogota-Colombia, Editorial Norma, 2000.

Oslender Ulrich, “Espacializando resistencia: perspectivas de espacio y lugar en las investigaciones de movimientos sociales,” En: Eduardo Restrepo, Maria Victoria Uribe (editores), *Antropologías Transeúntes*, Bogota, Instituto Colombiano de Antropología e Historia -ICANH-, Marzo de 2000.

Quijano, Aníbal, “Colonialidad del poder, cultura y conocimiento en América Latina,” En: Santiago Castro-Gomez, Guardiola-Rivera, C. Millan, (editores). *Pensar (en) los intersticios. Teoría y práctica de la crítica poscolonial*, Bogota, Colección Pensar/Pontificia Universidad Javeriana, 1999.

Rahier Jean Muteba, “Mami ¿qué será lo que quiere el negro?: representaciones racistas en la revista Vistazo, 1957-1991,” En: Emma Cervone, Fredy Rivera (editores). Quito, *Ecuador Racista. Imágenes e Identidades*, FLACSO, Sede-Ecuador, 1999.

Rahier, Jean Muteba, “Racist Stereotypes’ and the Embodiment of Blackness. Some Narratives of Female Sexuality in Quito,” En: Edited by Norman E. Whitten Jr, *Millennial Ecuador. Critical essays on cultural transformation and social dynamics*, Iowa-United States of America, States University of Iowa city, 2003.

Rojas Carlos Alberto, *Educación y Pedagogía en Derechos Humanos. Experiencias de formación juvenil en la ciudad*, Cali-Colombia, Corporación Juan Bosco/Zinder Postzegels/Programa por la Paz/Compañía de Jesús, 1991.

Said Edward, “Representar al colonizado. Los interlocutores de la antropología,” En: Beatriz Gonzáles Stephan (comp.), Caracas, *Cultura y Tercer Mundo 1. Cambios en el saber académico*. Editorial Nueva Sociedad, 1996.

Said Edward, *Orientalismo*, Madrid, Libertarias/Prodhufo, S.A.,1990.

Sánchez Jhon Antón, “Vivir y sobrevivir en Quito, la realidad urbana de los afroecuatorianos,” En: *Quito Distrito metropolitano, Serie, Cuadernos de Capacitación en Desarrollo Humano Sustentable*, Quito-Ecuador, No. 3, 2004.

Secretaría Técnica del Frente Social, Sistema de Indicadores Sociales del Pueblo Afroecuatoriano -SIISPAE-, Racismo y discriminación racial en Ecuador 2005, Quito, 2005.

Sue Fine Catherine, *Cotacollao ideología, historia y acción en un barrio de Quito*, Quito, Ediciones, Abya-Yala, 1991.

Urrea Fernando y Barbary Oliver (editores) *Gente negra en Colombia*, Medellín, Editorial Lealon, Cidse/Univalle/IRD/Colciencias, 2004.

Urrea Fernando y Murillo Fernando, “Dinámica del poblamiento y algunas características de los asentamientos populares con población afrocolombiana en el Oriente de Cali,” En: Fernando Cubides, Camilo Domínguez (editores), *Desplazados, migraciones internas y reestructuraciones territoriales*, Bogotá, Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, 1999.

Urrea Fernando, Arboleda Quiñónez Santiago, Arias Mejía Javier, *Construcción de redes familiares de la costa pacífica y sus descendientes en Cali*, Cali, Documento de trabajo, CIDSE (48), Universidad del Valle, Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, 2000.

Vásquez Benítez Edgar, *Historia de Cali en el siglo 20. Sociedad, economía, cultura y espacio*, Darío Henao Restrepo, Pacífico Abella Millán (editores), Cali, Noviembre de 2001.

Wacquant Loic, *Parias Urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del nuevo milenio*, Buenos Aires-Argentina, Ediciones Manantial SRL, 2001.

Wade Peter, *Gente negra, nación mestiza. Dinámicas de las identidades raciales en Colombia*, Bogota, ediciones Uniandes, 1997.

Williams Raymond, *El campo y la ciudad*, Buenos Aires; A.R; Piados, 2000.

Zizek Slavoj, "Multiculturalismo o la lógica cultural del capitalismo multinacional," En: Jamenson y Zizek. *Estudios Culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo*, Barcelona, Paidós, 1998.

Artículos de Internet

Cortes David, "Los discursos de "ecuatorianidad" en revistas de inmigrantes," En: www.uasb.ed.ec/padh/revista12/migración/ponencias/david_cortez.htm

Hall Stuart, "¿Qué es lo "negro" en la cultura popular negra?," En: <http://catedras.fsoc.uba.ar/rubinich/articulos.htm-complementarios>.

Hall Stuart, "El trabajo de la representación," En: Representaciones Culturales y Prácticas Significativas, En: <http://socioeconomia.univalle.edu.co/profesores/docuestu/pdf/EltrabajodeR.StuartH.PD>

F

Santisteban Silva Rocío , “*La diáspora como realidad espacial y como identidad colectiva. La invención de “lugares” en la ciudad de Buenos Aires,*” En:

www.lainsignia.org/2001/febrero/cul_023.htm

www.quito.gov.ec/segur2/index.htm

Artículos de Prensa

El Pais, “*Hay una cultura belicista*”, Cali, Marzo 14 de 2004.

El Pais, “*Policía pide más plata para combatir el crimen*”, Cali, Octubre 4 de 2004.

El Pais, “*Medidas de seguridad se centraran en 34 barrios*”, Cali, Abril 30 de 2004.

El Pais, “*Distrito de aguablanca. Una menor, de 12 años recibió un disparo cuando dos pandillas se enfrentaban. Una bala perdida segó la vida de una niña*”, Cali, Enero 9 de 2004.

El Pais, “*Policía insiste en la ley zanahoria para Cali,*” Cali, Abril 28 de 2004

El Pais, “*Aguablanca mostró su cara amable*” ,Cali, Julio 23 de 2004.

El Pais, “*Colonias. Nariñenses, caucanos y paisas dicen que aportan empleo y ayuda social. Cali, un hervidero de diversidad cultural*”, Cali, Julio 24 de 2004.

El País, “*Con danzas, Aguablanca exorcizó la violencia*”, Cali, Mayo 25 de 2004.

hoy, “*¿La culpa la tienen los negros?*”, Quito, Septiembre 9 de 1995

hoy, “*Murió en pelea “hombre a hombre”*”, Quito, Febrero 23 de 1996

hoy, “*Lazos contra el racismo*”, Quito, Diciembre 19 de 1996

hoy, “*Los negros son visitantes*”, Quito, Septiembre 3 de 1996

El Comercio, “*África Mía es la casa de varios Afroquiteños*”, Quito, Octubre 9 del 2004

El Comercio, “*Una doble discriminación*”, Quito, Julio 11 de 1995

El Comercio, “*Cambié la escuela por el balón: Delgado*”, Quito, Mayo 30 del 2000

El Comercio, “*Ecuador: no hay tolerancia*”, Quito, Septiembre 2 de 1996

Textos Orales

Cali

Arboleda Puertocarrero Justo Pastor

Benítez Carmen

Cortés Jesús Alberto

Cuesta Nemesio

Hurtado Antonio

Longo Virgelina

Puertocarrero Gerson

Rodríguez Magallanes Ana Lesley

Rodríguez Milber Tomas

Viveros Carmen

Quito

Borja Genny

Borja Miriam

Domínguez Carmen

Esperanza Aída

Herrera Leonardo

Hurtado Nazareno Nelly

La Pola

Ogonaga Magali Patricia

Polo Rosa Elvira

Valencia Limberg

Villa Marianita

ANEXOS

Anexo 1

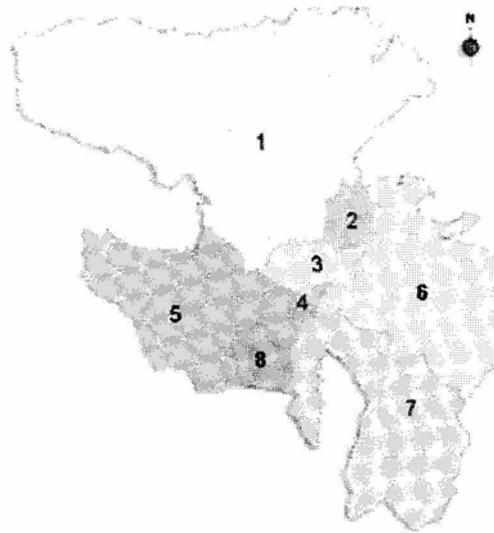
Barrios de Quito con población negra aproximada

<u>Barrio</u>	<u>No de familias</u>
La Bota	1.250
La Roldós	480
Pisulí	350
Comité del Pueblo I y II	2.500
Carcelén Bajo	800
Carcelén Alto	30
Carapungo	300
Chillogallo	100
Atacucho	300
Nambija (Chota Chiquito)	150
La Ferroviaria	60
Cochabamba	160
Turubamba	60
La Mena 2	150
La Forestal	60
Toctiuco	120
La Ofelia	40

Fuente. Pablo Minda (2003). Tomado de Jhon Antón Sánchez (2004)

Anexo 2

Ubicación de Calderón en Quito. Zona donde se ubica Carapungo



1. Zona Equinoccial (La Delicia)

2. Zona Calderón

3. Zona Norte (Eugenio Espejo)

4. Zona Centro (Manuela Sáenz)

5. Zona Sur (Eloy Alfaro)

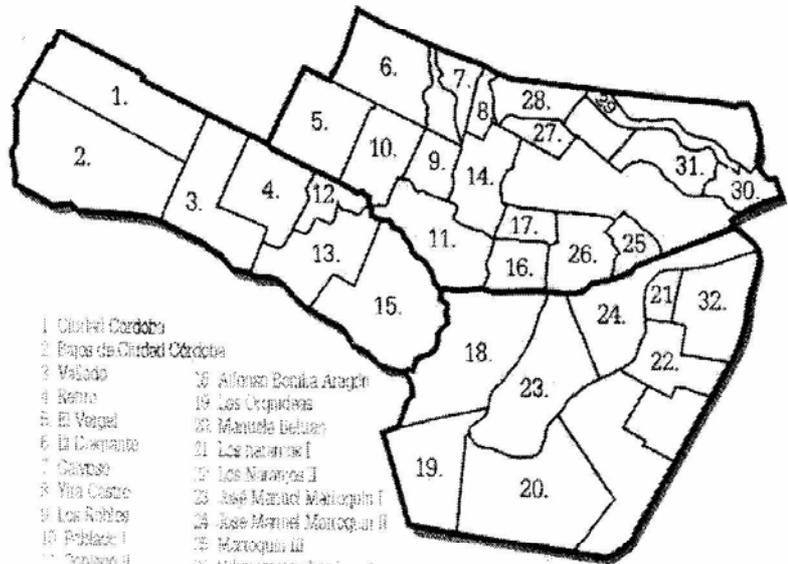
6. Zona de Tumbaco

7. Zona Valle de Los Chillos

8. Zona Quitumbe

Fuente: www.quito.gov.ec/segur2/index.htm

Anexo 4



- | | |
|---------------------------|---------------------------|
| 1 Ciudad Cordoba | 16 Alfonso Bonilla Aragon |
| 2 Baños de Ciudad Cordoba | 17 Los Orquideas |
| 3 Valledo | 18 Mantula Beltran |
| 4 Remo | 19 Los Naranjos I |
| 5 El Vogel | 20 Los Naranjos II |
| 6 La Chorrera | 21 José Manuel Montoya I |
| 7 Gavaso | 22 José Manuel Montoya II |
| 8 Yira Castro | 23 Marcoquin II |
| 9 Los Robles | 24 Urbanización Los Lagos |
| 10 Poblado I | 25 Villa Rica |
| 11 Poblado II | 26 El Pongale |
| 12 Leoncio Gomez | 27 Lleras Restrepo |
| 13 Chiribivros I | 28 Obispo Azuá |
| 14 Socunero I | 29 Villa del Lago |
| 15 Mojaca | 30 Alina María Bernal |

Barrios que corresponden a las Comunas 13, 14, 15 en el Distrito de Aguablanca en la ciudad de Cali.

